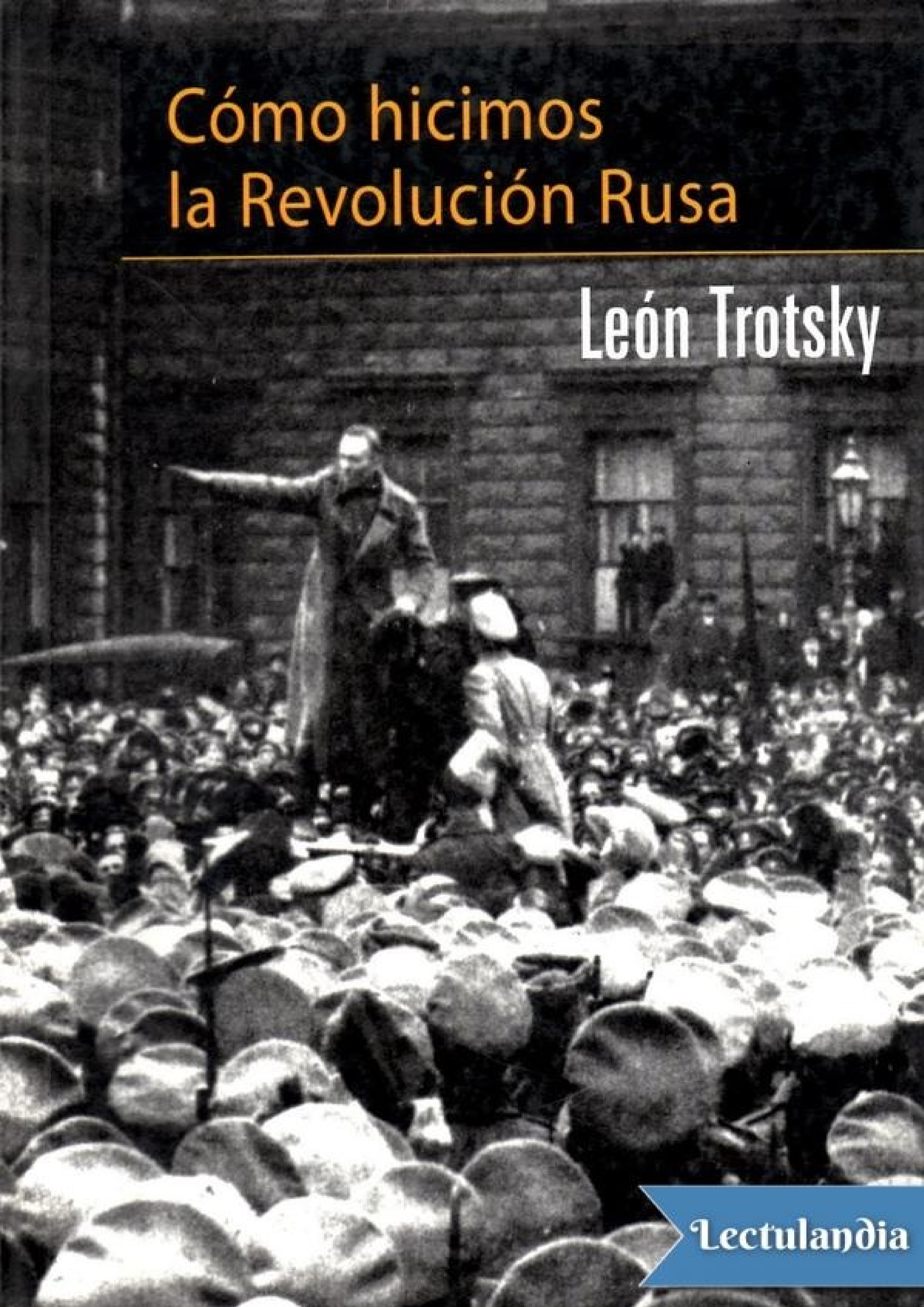

Cómo hicimos
la Revolución Rusa
León Trotsky
Lectulandia

Aquí tenemos un libro que demuestra cómo la teoría y la práctica se interrelacionan mutuamente, que a su vez es fácil de leer para los principiantes y está presentado con una narrativa muy placentera. Trotsky da al mismo tiempo lecciones básicas de teoría revolucionaria, política y organización, junto con una educación básica en la historia de la más grande conquista jamás lograda por la clase obrera. Y cuando tantos, que se reclaman revolucionarios, desde hace mucho tiempo están enterrando ansiosamente la Revolución Rusa y todo lo que ésta significa, esta defensa hecha por un exponente excepcional permanece tan clara y convincente como en el día que fue escrita.

Leon Trotsky

Cómo hicimos la Revolución Rusa

ePub r1.1
Titivillus 20.12.2019

Leon Trotsky, 1918
Prólogo: Al Richardson

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Presentación

León Trotsky escribió este libro en 1918, poco después de la conquista del poder de la clase trabajadora rusa que creó el primer Estado obrero, y poco antes de vencer con el Ejército Rojo a los ejércitos conjuntos del viejo régimen, la burguesía y las potencias extranjeras en la guerra civil.

Los grandes obstáculos a los que se enfrentó la revolución, especialmente el desarrollo atrasado de Rusia y las enormes penurias de la población agudizadas por la Primera Guerra Mundial (1914-1918), hacían mucho más acuciante la extensión de la revolución hacia Europa, en particular a Alemania. El Tratado de Paz de Brest Litovsk con el que termina este libro —con el que el naciente Estado obrero se verá obligado a hacer importantes concesiones para lograr la paz—, era justamente reflejo de esta situación interna tan difícil y de la conciencia del Partido Bolchevique de la necesidad de darle tiempo al proletariado alemán para desarrollar su revolución. A este proletariado dirige Trotsky este trabajo, acercándole la grandiosa experiencia que las clases trabajadoras rusas estaban viviendo aún en ese mismo momento.

Más de sesenta años de dominio del stalinismo desvirtuaron y distorsionaron ampliamente las enseñanzas de la Revolución Rusa. La burocratización de la URSS, la falsa identificación del stalinismo con el socialismo, y finalmente la descomposición de los estados obreros, alimentaron el triunfalismo del imperialismo que decretó el «fin del comunismo» en los 90. A la par, numerosos intelectuales dieron por muerta a la clase obrera y reforzaron la idea de la desaparición de la revolución socialista como perspectiva de emancipación de los explotados y oprimidos del mundo.

En la actualidad, vemos como los imperialismos, en su decadencia, combinan democracias burguesas cada vez más degradadas con una ofensiva guerrerista y represiva, a la vez que agudizan al extremo las desigualdades

sociales. Frente a esto, la clase trabajadora vive un lento, pero sostenido, proceso de recomposición.

En este camino, es imprescindible retomar la perspectiva de la revolución como horizonte para las nuevas generaciones de trabajadores y jóvenes.

El objetivo del CEIP León Trotsky con la reedición de este libro —agotado en nuestro país— es brindar un nuevo aporte a estas generaciones, para que sus luchas no «partan desde cero» adoptando y recreando las tradiciones dejadas por las anteriores revoluciones y los revolucionarios, tomando lo mejor de las lecciones tácticas y estratégicas. Difundir la idea de revolución socialista y de la necesidad de un partido revolucionario a través de uno de sus dirigentes más experimentados y uno de sus mejores propagandistas, creemos que es un buen homenaje para León Trotsky en el 65.º aniversario de su asesinato a manos de un agente de Stalin.

A la edición original, le hemos incorporado un artículo —a modo de prólogo— del recientemente fallecido historiador marxista e investigador del movimiento trotskista, Al Richardson, gran colaborador del CEIP «León Trotsky» donde reivindica la importancia de este libro: «El mismo incluye síntesis teóricas increíblemente concentradas de temas tales como la superioridad del poder soviético sobre la democracia burguesa, por qué la conciencia de la clase obrera se desarrolla tan rápidamente en situaciones de crisis, la necesidad de la insurrección armada para derrocar el viejo orden, y cómo un partido revolucionario gana a la mayoría para esta insurrección planteando a los líderes reformistas la consigna del poder para la clase obrera. Estos temas son los que le dan al libro un valor permanente».

Esta edición fue realizada en base a la publicada por Ediciones del Siglo, Bs. As., 1973. Incorporamos algunas correcciones, cotejado con distintas ediciones que aparecen bajo otros títulos: *Cómo hicimos la Revolución de Octubre* o *El triunfo del bolchevismo*. Hemos agregado una importante cantidad de notas, así como fotos y mapas para facilitar la lectura y permitir una apreciación más completa de ella.

Los editores

Un clásico olvidado

«La historia de la revolución rusa hasta Brest-Litovsk» de León Trotsky por Al Richardson[1]

La historia de la Revolución Rusa hasta Brest-Litovsk, de León Trotsky, fue publicada en el verano de 1918[2], y luego traducida a siete idiomas, incluyendo el chino, turco y el yídich. La versión inglesa se editó por primera vez por Allen and Unwin, para la venta general a mediados de agosto de 1919, e inmediatamente después, luego de un acuerdo con el Socialist Labour League, se publicó una versión más económica. Se reeditó sólo una vez, en el año 1963 dentro del libro *The essential Trotsky,* como parte de una serie de trabajos de pensadores modernos que incluía a Marx, Engels, Lenin, Schopenhauer y Vasari. Denominado por Deutscher como «*uno de los clásicos menores de Trotsky*[3]» y por Segal como «*un relato incisivo de los hechos*[4]», la primera edición se agotó en sólo cuatro semanas[5]. Incluso hasta los opositores en ese momento describieron a este trabajo como «*escrito con una gran destreza —claro, fácil de leer, vivido*[6] *—». «Su lectura es esencial… para conocer la posición actual de Europa del este*[7]*», y* elaborado con una «*destreza política y mordaz*» y una «*obra maestra de la narrativa*[8]». Es difícil dar cuenta de la razón por la cual dicho trabajo ha sido olvidado desde entonces.

Una razón quizás sea que dicho trabajo pronto fue eclipsado en alcance y extensión por la obra clásica de Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa.* Comparándolo con éste último sólo parecería «*una breve idea general de la historia soviética*[9]». Desde ya que se ve perjudicado si se lo compara con la *Historia de la Revolución Rusa,* que «*es un trabajo más sólido, con más imaginación y ritmo, que recrea los hechos en vez de limitarse a relatarlos*». Pero sería un error explicar la superioridad de este libro más voluminoso solamente por «*los beneficios que surgen de mirar hacia atrás después que ocurrieron los hechos y por el tiempo libre que le permitió el exilio*

forzoso[10]». Suponer esto sería confundir los diferentes propósitos que hay detrás de cada libro. *Historia de la Revolución Rusa*, es la historia de una revolución completa, con todos sus entretelones, orígenes, desarrollo y fuerzas motoras expuestas de una manera clara; tenía el objetivo de explicarle al movimiento obrero en todo el mundo cómo se hacen las verdaderas revoluciones, en un momento en el cual la memoria de la gente sobre este hecho empezaba a borrarse debido a la neblina de la propaganda estalinista. El primer libro no parece estar destinado a ser una historia de la revolución como un proceso general, sino que es un estudio particular de la insurrección de 1917[11]. El libro fue dictado a un equipo de estenógrafos de la ex-Duma durante los intervalos en las sesiones de las negociaciones de Brest-Litovsk, «*en un primer momento estaba pensado para los trabajadores extranjeros*» debido a «*la necesidad de explicarles lo que había pasado*[12]». Sólo cuando analizamos las circunstancias en las cuales fue escrito queda claro cuál fue exactamente esa «necesidad» primordial, que Trotsky ya había discutido con Lenin antes de ir a la conferencia de Brest.

Lenin y Trotsky jamás creyeron en «el socialismo en un solo país». No tenían expectativas en que la revolución sobreviviera si no se extendía a otros países, y el libro termina con la esperanza de que «el cerco imperialista que nos está ahogando se rompa por la acción de una revolución proletaria». La verdad es siempre la primera víctima en una guerra, y en el momento de Brest-Litovsk la guerra mundial ya llevaba más de tres años. La simpatía por la revolución que sentía la clase obrera en el extranjero sólo podía ser aprovechada corriendo la cortina de la propaganda de los tiempos de guerra que rodeaban a la Unión Soviética, con una clara explicación de sus causas y objetivos. A menos que estos sean entendidos, no sería posible para otros imitar el ejemplo ruso.

En gran parte la oposición a la Primera Guerra Mundial de la clase obrera a nivel internacional tenía una base pacifista confusa, envuelta en vagos sentimientos democráticos. La primera necesidad de Trotsky era explicar a la clase obrera en el resto del mundo por qué había sido necesario para los bolcheviques recurrir a la revolución armada, y por lo tanto usar la fuerza para disolver la Asamblea Constituyente. Kautsky, casi Inmediatamente denunció la disolución de la Constituyente, y Kerensky estaba por aparecer ante la Conferencia del Partido Laborista en junio de 1918 para atacar el derrocamiento del Gobierno Provisional[13]. Los comentaristas de este país (se refiere a Gran Bretaña -NdT) rápidamente señalaron a Trotsky por su «*extensa apología a favor de derribar la Asamblea Constituyente a través de*

la fuerza[14]», e incluso W. N. Ewer, quien poco tiempo después se hizo comunista, admitió que la *«disolución de la Asamblea Democrática era una afrenta a las instituciones democráticas como Occidente ya sabe». «Ya tuvimos la versión de Kerensky de un episodio del otoño de 1917 en Rusia»,* señaló, «*Ahora llega el relato de Trotsky de los hechos desde la revolución de marzo al Tratado de Brest-Litovsk. Es más breve y mucho más fácil de leer que la apología de Kerensky*[15]». La prensa burguesa, que apoyaba a Kolchak al mismo tiempo que atacaba a los bolcheviques por ser antidemocráticos, resaltaba naturalmente aquellas partes del libro donde Trotsky explica la necesidad de la revolución armada y la superioridad de los soviets sobre la democracia burguesa. «*La publicación de este libro sería muy útil en ciertas regiones de Inglaterra donde se insiste en ver una conexión entre el bolchevismo y la democracia, y se denuncia como una amenaza contra la democracia cualquier intento que irrite al gobierno bolchevique*», escribió quien hizo la reseña en *The Morning Post: «Es mejor que esos caballeros lean lo que Trostky tiene que decir sobre la democracia. La desprecia por completo*[16]». No tenemos que tomar muy seriamente las pretensiones democráticas del *The Morning Post* en este momento. Su reseña empezaba con las palabras «El judío Bronstein» y el tono antisemita usado cada vez que se hablaba de los asuntos rusos era tan pronunciado que Lord Rothschild, Gollancz y otros se vieron obligados a escribir que «recibimos con agrado la sugerencia» que «los judíos británicos deberían separarse de este curso que le está haciendo tanto daño a los judíos en todas partes del mundo[17]».

La segunda necesidad fue explicar por qué el gobierno ruso se había visto obligado a retirarse de la guerra y negociar sólo una paz en términos tan perjudiciales con la fuerza más reaccionaria en Europa, el gobierno imperial alemán. Había muchos revolucionarios, tanto en Rusia como en el exterior, que se oponían tenazmente a la firma de la paz de Brest[18], además del sentimiento de inquietud que despertó en los círculos democráticos o la escandalosa hostilidad de la propaganda de la Entente. La reseña de Ewer se concentró por completo en el punto de que «*La necesidad de Rusia era la paz, y la paz era literalmente inevitable, porque el ejército era incapaz de seguir peleando. Sólo los bolcheviques estaban dispuestos a hacer la paz. Por eso llegaron al poder*[19]». *William Paul, citando una observación de «Mr. Winston Churchill» al Aldwych Club*[20]*, que decía «cada soldado británico y francés asesinado el último año fue asesinado por Lenin y Trotsky, no en una guerra justa, sino como el resultado de la deserción traidora de un aliado sin ningún paralelo en la historia del mundo», usó el libro para contestar que*

«toda persona inteligente y honesta sabe que los aliados fueron invitados a participar en la conferencia de paz entre Alemania y Rusia. Cualquiera sea la duda que se pueda tener sobre este asunto está completamente aclarada nada menos que por el mismo Trotsky[21]*». Hasta este punto el libro es una extensión lógica de la propaganda revolucionaria hecha por Trotsky en Brest-Litovsk, y tiene que ser entendido dentro de ese contexto.*

Decir esto no significa que el libro tiene sólo un valor puramente histórico y efímero. El mismo incluye síntesis teóricas increíblemente concentradas de temas tales como la superioridad del poder soviético sobre la democracia burguesa, por qué la conciencia de la clase obrera se desarrolla tan rápidamente en situaciones de crisis, la necesidad de la insurrección armada para derrocar el viejo orden, y cómo un partido revolucionario gana a la mayoría para esta insurrección planteando a los líderes reformistas la consigna del poder para la clase obrera. Estos temas son los que le dan al libro un valor permanente. Y no debería sorprendernos encontrar tales joyas en un libro tan corto. Muchas de las grandes exposiciones marxistas, incluyendo *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* y *El Estado y la revolución* fueron escritos rápidamente en momentos precisos y con objetivos particulares. Extraer lo general de lo particular es una de las disciplinas esenciales del marxismo.

Al mismo tiempo su estilo lacónico y las circunstancias en las que el libro fue escrito requieren con frecuencia aclaraciones posteriores. A este fin nos ayuda el hecho que también en el equipo de la delegación rusa a Brest-Litovsk estaba Karl Radek[22], sometido al mismo período de inactividad forzosa y trabajando en el mismo tipo de proyectos escritos, quien debe de haber debatido muchos de los puntos en discusión con Trotsky. Por ejemplo, Trotsky se refiere, sin identificarlos, a los «teóricos de nuestro partido» que formularon la teoría de la revolución permanente, pronosticando que «*inevitablemente pondría el poder del estado en las manos del proletariado, apoyado por las amplias masas del campesinado más pobre*». El hecho que diga que esto era así, «incluso antes de la revolución de 1905» muestra que no sólo pensaba en él, y una comparación con el texto de Radek, *The Paths of the Russian Revolution*, demuestran que esta observación iba dirigida a Plejanov[23]. El análisis de Trotsky de cómo el campesinado, una clase normalmente difusa y desorganizada, se transformó en compacta y políticamente activa a causa de la guerra es luego desarrollado con mucho más detalle en el trabajo de Radek, *The driving Forces of the Russian Revolution*[24]. Del mismo modo, Trotsky no hace ningún intento posterior de explicar que si los mencheviques y los socialistas revolucionarios, que juntos

eran mayoría en los soviets antes de noviembre de 1917, hubieran roto su coalición con el gobierno provisional «*la lucha del proletariado por el poder se hubiera trasladado naturalmente hacia la base de las organizaciones soviéticas, y se hubiese desarrollado de una manera más fácil*». La evidencia de esto está en los escritos de Lenin, que se encuentran resumidos muy bien por Victor Serge[25]. «El alférez B» que desarmó los cadetes en las academias militares de Pavlovskoie y Vladimirskoie en noviembre de 1917 puede ahora ser identificado como el hermano menor de Raskolnikov, A. F. Illyin-Zhenevsky (1894-1941[26]). La razón por la cual Trotsky se negó a identificarlo es probablemente porque en el momento de las negociaciones de Brest-Litovsk estaba jugando un rol central en la construcción de Ejército Rojo, y en la primavera de 1918 hubiera quedado expuesto a represalias. Pero la mejor guía para entender lo que Trotsky en realidad quiere decir es generalmente el mismo Trotsky, en su posterior historia completa. Su extraña observación de que la revolución «en realidad empezó» en 1912, por ejemplo se explica a través de su discusión sobre las cifras de la oleada de huelgas demostrando la recuperación en la combatividad de la clase obrera luego de la derrota de la revolución de 1905 en su segundo libro[27].

Paradójicamente, las faltas que Carmichael y Segal ven en este libro porque es breve y compacto, lo hacen una publicación ideal en nuestros días. Gran parte de los trabajos que han sido considerados como teoría revolucionaria por una generación, ahora aparecen como francamente academicista, extenuantemente largos e increíblemente complicados. Los jóvenes que se acercan al movimiento revolucionario se desconciertan ante el aparente acopio de datos que ven delante de ellos, algo parecido a lo que pasa en la historia del emperador y sus ropas nuevas[28]. Pero aquí tenemos un libro que demuestra cómo la teoría y la práctica se interrelacionan mutuamente, que a su vez es fácil de leer para los principiantes y está presentado con una narrativa muy placentera. Trotsky da al mismo tiempo lecciones básicas de teoría revolucionaria, política y organización, junto con una educación básica en la historia de la más grande conquista jamás lograda por la clase obrera. Y cuando tantos que se reclaman revolucionarios, desde hace mucho tiempo están enterrando ansiosamente la Revolución Rusa y todo lo que ésta significa, esta defensa hecha por un exponente excepcional permanece tan clara y convincente como en el día que fue escrita.

Prólogo

por León Trotsky

Este libro fue escrito en circunstancias poco propicias para un esfuerzo concentrado. Tenía ya hechos los capítulos de que consta, y para reunirlos en un conjunto armónico aproveché los momentos que me quedaban libres entre una y otra sesión de la Conferencia de Paz de Brest-Litovsk[29].

Mi trabajo tiene por objeto explicar a los obreros de todos los países el sentido de la Revolución Rusa efectuada en noviembre [30].

La historia ha querido que los delegados del régimen más revolucionario de la tierra, tomaran asiento en la mesa de conferencias a que acudían, por otra parte, los enviados de la casta más reaccionaria entre todas las que forman las clases dominantes. En nuestras reuniones, no perdimos de vista un solo momento el recuerdo de que estábamos allí por obra de una clase revolucionarla. Nuestros discursos se dirigían a los obreros del universo, cansados de la guerra. Y nuestra energía se sostuvo incólume gracias a la profunda convicción de que la última palabra en este asunto de la guerra, como en todas las cuestiones actuales, no podría ser pronunciada sino por los obreros de Europa. Mientras dialogábamos con Kühlmann y Czernin[31], veíamos a lo lejos las figuras de Karl Liebknecht y de Friedrich Adler[32]. En los momentos libres, preparaba yo este libro que debía circular entre los obreros de Alemania, de Austria-Hungría y de los otros países.

La prensa que sirve de órgano a la burguesía de Europa insulta con voz unánime el régimen del proletariado ruso, para cuya condena no cree suficientes las más ignominiosas injurias. Y la prensa del socialismo patriótico, carente de calor y de fe en su propia obra, ha revelado una incapacidad completa para comprender e interpretar el verdadero carácter de la Revolución Rusa.

Creo que los obreros revolucionarios de Europa y de todas partes del mundo nos entenderán, y creo que muy pronto iniciarán la misma obra a que

nosotros estamos entregados. Aprovechando su experiencia, que es mayor, y los medios técnicos e intelectuales de que disponen, más perfectos que los nuestros, su acción tendrá toda la eficacia necesaria y podrán darnos el auxilio que necesitamos para sobreponernos a todas las dificultades.

Brest-Litovsk, 12 de febrero de 1918

1. LA REVOLUCIÓN RUSA

Los acontecimientos se suceden con tanta rapidez, que es difícil para la memoria reproducirlos aún en su simple orden cronológico. No tengo a mano fuentes documentales de ninguna especie. La periódica interrupción de las negociaciones de Brest-Litovsk, me da una coyuntura que difícilmente volverá a presentarse, y quiero aprovecharla para hacer un esbozo de la Revolución de Noviembre, aun cuando lo haga fiándome de mis recuerdos y reservando para más tarde un nuevo relato, que será más completo y exacto y estará apoyado en testimonios escritos.

Lo que distinguió a nuestro partido casi desde los primeros pasos de la Revolución, fue la firme convicción de que la lógica de los acontecimientos lo llevaría al poder. No me refiero a los teóricos de nuestro partido que muchos años antes de la Revolución y aún antes de la de 1905[33], estudiando de cerca las relaciones entre las clases sociales rusas, habían llegado a la conclusión de que un movimiento revolucionario victorioso pondría inevitablemente el poder del Estado en manos de los proletarios, apoyados por las amplias masas del campesinado más pobre. La base fundamental de esta creencia era la insignificancia social de la clase media democrática y la concentración de la industria en pocas manos, factores que daban una importancia social inmensa a la clase obrera. En efecto: la insignificancia de la clase media no es sino el reverso del poder del proletariado. Verdad es que la guerra produjo apariencias engañosas en este punto, y que quien más sufrió de esta ilusión fue la parte directora de la clase media democrática. La guerra dio un papel decisivo al ejército en el movimiento revolucionario, y ese ejército estaba formado por campesinos.

Un desarrollo más normal de la revolución, o en otros términos, una revolución iniciada en tiempos de paz, como la paz que prevalecía en 1912[34], que fue propiamente el momento de las primeras manifestaciones revolucionarias, hubiera dado el papel principal a los proletarios y los campesinos habrían sido arrastrados a ella gradualmente. Pero la guerra alteró la lógica de los acontecimientos. El ejército había organizado a los

campesinos, y los había organizado sobre una base militar, no política. Así es que antes de que los campesinos se viesen unificados por un conjunto de aspiraciones e ideas, lo estuvieron en regimientos, divisiones, cuerpos y ejércitos. Los demócratas de la clase media baja, diseminados en esos ejércitos, sobre los que influían por razones militares e intelectuales, estaban imbuidos casi totalmente de los sentimientos revolucionarios propios de su clase. Entre tanto, el descontento social de la masa crecía, se intensificaba y buscaba expresión, gracias sobre todo al desastre militar del zarismo. No bien comenzó el movimiento revolucionario, las secciones avanzadas del proletariado restauraron las tradiciones de 1905, y convocaron a las masas para que se organicen formando cuerpos representativos, o sea consejos de delegados (*soviets*)[35].

El ejército tenía que enviar representantes a los cuerpos revolucionarios antes que su conciencia política correspondiese al nivel revolucionario que tomaban los acontecimientos. ¿A quiénes podían enviar los soldados como representantes suyos? Naturalmente, sólo a los intelectuales y medio intelectuales que había entre ellos, que al menos poseían un mínimo de conocimientos políticos y la capacidad para dar expresión a sus ideas. Así fue cómo, por voluntad del ejército en su despertar, los intelectuales de la clase media baja se encontraron súbitamente poseedores de una enorme influencia. Médicos, ingenieros, abogados y periodistas que antes de la guerra habían llevado una vida carente en absoluto de significación política, se vieron de la noche a la mañana dueños de la representación de cuerpos y ejércitos y se sorprendían despertando como «jefes» de la Revolución[36]. La vaguedad de sus ideas políticas correspondía plenamente al estado informe de la conciencia revolucionaria de las masas. A nosotros nos miraban despectivamente por encima del hombro, como insignificantes sectarios, cada vez que formulábamos nuestras demandas en favor de los obreros y campesinos, empleando el tono más resuelto y libre de trabas.

Sin embargo, a pesar de esa actitud, se veía que los demócratas de la clase media baja, por más orgullosos que estuvieran de sus gallardías revolucionarias, se mostraban desconfiados de las propias aptitudes y del valor de las masas que los habían elevado inesperadamente a una situación tan sobresaliente. Llamándose socialistas, y creyendo que en realidad lo eran, aquellos intelectuales no deponían su actitud respetuosa ante la autoridad política de los liberales burgueses, cuya sabiduría y cuyos métodos acataban. De ahí la tentativa hecha por los jefes de la clase media baja para obtener a

toda costa el concurso de la clase media liberal formando con ésta una alianza o coalición.

El programa del Partido Socialista Revolucionarlo[37], basado como está en fórmulas de un vago humanitarismo, y pródigo en expresiones de sentimientos generales y en prédicas morales, con lo que sustituye los métodos de la guerra de clase, era la vestidura espiritual más apropiada para los improvisados directores del movimiento. Los esfuerzos que hacían para suplir su impotencia intelectual y política, acudiendo a la ciencia consagrada de la burguesía, encontró una sanción teórica en las enseñanzas de los mencheviques[38] quienes creían que la revolución debía ser de carácter burgués y no podía realizarse sin una participación de los individuos de esta clase en el gobierno. Se formó inevitablemente un bloque entre los socialistas revolucionarios y los mencheviques, como expresión del tímido y vacilante espíritu político de los intelectuales de la clase media y de la situación de vasallos en que se colocaron bajo el liberalismo imperialista.

Para nosotros era perfectamente claro que la lógica de la lucha de clases destruiría tarde o temprano aquella combinación temporal, y que los jefes del período de transición quedarían a un lado. La hegemonía de los intelectuales de la clase media baja no significaba en el fondo sino que los campesinos, súbitamente llamados a tomar parte en la vida pública, como miembros del ejército, que era un instrumento de acción política, imponían con el peso del número una momentánea eliminación del proletariado.

Más aún. Mientras los jefes de la clase media habían subido a aquellas alturas deslumbrantes por las fuerzas poderosas de las masas del ejército, los miembros de la clase obrera, salvo sus fracciones más adelantadas, tenían que acatar a los directores del movimiento y mantenerse en contacto con ellos, a riesgo de quedar divorciados de las masas campesinas.

La situación planteaba un problema muy arduo, puesto que la generación de edad más avanzada tenía vivo el recuerdo de las lecciones de 1905, y de la derrota que sufrió entonces el proletariado justamente por no haber acudido en su auxilio las imponentes masas de campesinos, cuando se libraron las batallas decisivas. A esto se debió que en la primera fase de la revolución, los proletarios se mostrasen tan accesibles a la ideología política de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Por otra parte, la revolución parecía haber despertado de un sueño a los obreros políticamente más atrasados, y el impreciso radicalismo de los intelectuales era para esos obreros una escuela rudimentaria. En tales condiciones, el Consejo de Obreros, Soldados y Campesinos significaba el predominio del elemento amorfo de estos últimos

sobre el proletariado socialista, y el del radicalismo intelectual sobre aquel mismo elemento amorfo.

El edificio del sovietismo alcanzó con rapidez una altura gigantesca, gracias a la participación que tomaron los intelectuales en aquella labor, aprovechando para ella sus conocimientos técnicos y sus relaciones con la clase media. Pero para nosotros era perfectamente claro que el edificio carecía de base sólida, y que caería por tierra al iniciarse la siguiente fase de la revolución.

2. LA CUESTIÓN DE LA GUERRA

La revolución fue una emanación directa de la guerra y ésta fue a su vez la piedra de toque en que se probaron los partidos y fuerzas de la revolución.

Los jefes intelectuales habían sido enemigos de la guerra. Muchos de ellos, reinando aún el zar, se consideraban solidarios de la izquierda internacional, y figuraban entre los zimmerwarldianos[39]. Pero no bien se vieron dueños del poder, todo cambió a sus ojos. Seguir por una vía de la revolución socialista hubiera significado en aquellas circunstancias una ruptura con la burguesía rusa y con la burguesía de los aliados. Ahora bien, como queda dicho, la impotencia de los intelectuales de la clase media y de sus amigos los intelectuales de poca monta, hacía imperioso para ellos buscar la protección del liberalismo burgués. De ahí el papel tan lamentable, verdaderamente bochornoso, que desempeñó el directorio de la clase media en la cuestión de las hostilidades, pues se limitó a quejas retóricas y a secretas exhortaciones y súplicas a los gobiernos de la Alianza, sin apartarse en realidad del camino que había seguido el liberalismo burgués. Los soldados que estaban en las trincheras no alcanzaban a comprender por qué arte iba a cambiar de naturaleza la guerra que sostenían desde hacía tres años, ya que ellos no veían otro cambio que el de ciertos individuos llamados socialistas revolucionarios y mencheviques, elevados a puestos de importancia en Petrogrado.

Miliukov había sucedido al *chinovnik*[40] Pokrovsky; Terechenko[41] había sucedido después a Miliukov. Eso significaba que la perfidia burocrática, reemplazada por el imperialismo de los cadetes[42], veía después ocupado el sitio por un servilismo político, tan nebuloso como carente de principios. Pero todo ello no implicaba ningún cambio objetivo, y no se veía la salida del círculo vicioso de la guerra. Tal fue la causa primaria a la que se debió la disolución del ejército. Los agitadores habían dicho que el gobierno del zar llevaba a las masas hacia el matadero, sin objeto ni sentido claro de las causas

de la lucha, y los sucesores del zar no sabían cambiar el carácter de la guerra, ni buscar el camino de la paz.

Durante los primeros meses de la revolución, todo permaneció inmutable. El ejército se impacientaba, y a la vez los gobiernos aliados daban señales de irritación. De ahí nació la ofensiva del 1.º de julio[43]. Esta ofensiva la exigieron los aliados, quienes insistían que el nuevo gobierno hiciese honor a los compromisos del zar. Asustados por la propia impotencia y por el creciente descontento de las masas, los jefes de la clase media baja aceptaron sin titubeos las demandas de los aliados, pues creían que bastaría un ataque del ejército ruso para que se hiciese la paz.

La ofensiva era la salida del desierto, la fórmula para resolver el problema de la situación, la esperanza salvadora. Difícilmente podría imaginarse una ilusión más criminal y monstruosa. Se hablaba por entonces de la ofensiva como habían hablado los socialistas patriotas de los todos los países cuando comenzó la guerra, invocando la causa de la defensa nacional, el robustecimiento de los sagrados vínculos de la nación, etc. Todo el internacionalismo zimmerwaldiano se desvanecía como por encanto.

Para nosotros, que formábamos un partido de oposición, era cosa evidente que la ofensiva constituía un paso terriblemente peligroso y que podría ser causa de que la revolución fracasara. Exhortábamos al gobierno para que no se cometiese el error de enviar a la pelea un ejército que acababa de despertar y que no veía claramente la causa de la tempestad revolucionaria, pues para la lucha se necesita sugerirle ideas nuevas y lograr que las asimilase. De las exhortaciones pasábamos a las admoniciones, y de las admoniciones a las amenazas. Pero los gobernantes, ligados a la burguesía, no tenían otro camino que el indicado por ésta, y nos respondieron declarándose nuestros enemigos y jurándonos un odio implacable.

3. LA CAMPAÑA CONTRA LOS BOLCHEVIQUES

Los historiadores que estudien esta época leerán con profunda emoción los periódicos rusos de mayo y junio de 1917. Eran los momentos en que se preparaba el espíritu del pueblo para la ofensiva. Casi todos los artículos de la prensa, sin excepción de periódicos, ya fuesen oficiales o semioficiales, atacaban a los bolcheviques. No había ultraje ni calumnia que se les escatimase. La campaña era dirigida principalmente por la burguesía cadete, cuyo instinto de clase le revelaba que la cuestión planteada no era sólo la ofensiva, sino el curso del movimiento revolucionario, y ante todo, la forma de gobierno. La máquina burguesa encargada de fabricar la «opinión pública» fue puesta en movimiento, con toda la fuerza disponible en las calderas. Los institutos oficiales, las publicaciones, la tribuna y la cátedra obedecían a esta consigna: procurar la inutilización de los bolcheviques como un partido político. En este esfuerzo concentrado y en esta campaña de difamación contra los bolcheviques, se hallan los primeros gérmenes de la guerra civil[44] en que debía consistir la siguiente fase de la revolución. El único objeto de las excitaciones e injurias era crear un muro impenetrable de separación y enemistad entre las clases laboriosas por una parte y la «sociedad culta» por la otra.

La burguesía liberal se daba perfecta cuenta de que no podría alcanzar el apoyo de las masas sin el concurso de los demócratas de la clase media baja, que, como ya dijimos, habían alcanzado temporalmente la jefatura de las organizaciones revolucionarias. Como consecuencia de esto, el objetivo inmediato de las provocaciones contra los bolcheviques era la creación de una enemistad irreconciliable entre nuestro partido y la gran mayoría de los intelectuales socialistas, ya que estos últimos, después de haber roto sus lazos con el proletariado, tuvieron que someterse a la burguesía liberal.

El trueno precursor de la próxima tempestad se oyó en el Primer Congreso de todos los Soviets de Rusia[45]. Nuestro partido había proyectado una

manifestación armada en Petrogrado para el 23 de junio, cuyo objetivo inmediato era ejercer presión en el Congreso.

«*Aduéñense del poder público*». Eso era lo que la clase obrera de Petrogrado quería decir a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques de todo el país que acudían a la capital. «*Prescindan de la burguesía. Abandonen toda idea de coalición, y tomen en sus manos las riendas del Estado*». Teníamos la seguridad de que si los socialistas revolucionarios y mencheviques cortaban sus relaciones con la burguesía liberal, tendrían que unirse a los elementos más enérgicos y adelantados de las clases proletarias y asumirían el papel directivo de la revolución. Esto era precisamente lo que asustaba a los jefes de la clase media baja. En conjunción con el gobierno, del que formaban parte, y en reunión estrecha con los burgueses liberales y contrarrevolucionarios, abrieron una campaña realmente salvaje contra la mencionada manifestación, no bien tuvieron noticia de que iba a efectuarse. Todo se puso en movimiento para contrarrestar nuestra acción. Éramos una pequeña minoría en el Congreso, y tuvimos que retroceder. La manifestación fue suspendida.

Pero, no obstante esto, los dos partidos contendientes quedaron profundamente impresionados por aquel incidente; el abismo se ahondó más y el antagonismo cobró mayores proporciones. En sesión secreta de la mesa directiva del Congreso, en la que había representantes de todos los partidos, Tseretelli[46], que a la sazón era miembro del gobierno de coalición, hablando con la resolución propia de la estrechez mental de un doctrinario perteneciente a la clase media baja, declaró que el único peligro para la revolución estaba en la amenaza bolchevique y en los obreros de Petrogrado, armados por este partido. Pedía por lo mismo que se privase de sus armas a individuos que no sabían hacer buen uso de ellas. Al hablar de individuos que no sabían hacer buen uso de sus armas, se refería no sólo a los obreros de la capital, sino al sector de la guarnición que nos era adicto. Sin embargo, el desarme no se llevó a cabo pues las condiciones políticas y el estado psicológico de la población no permitían esa medida extrema.

Para dar a las masas una compensación por la manifestación frustrada, el Congreso de los Soviets organizó otra demostración que debía efectuarse el 1.º de julio, sin armas. Ése fue el día de nuestro triunfo político. El pueblo acudió en masas compactas, pero, si bien lo hacían en virtud de la convocatoria oficial del soviet —que buscaba una especie de alternativa de la frustrada demostración del 23—, los obreros y soldados inscribieron en sus banderas y cartelones las demandas y declaraciones de nuestro partido:

¡Abajo los tratados secretos!
¡Abajo la política de ofensivas estratégicas!
¡Viva una paz honrosa!
¡Abajo los diez ministros capitalistas!
¡El poder para los soviets!

Sólo había tres cartelones con expresiones de confianza en el gobierno de coalición. Uno de esos cartelones pertenecía a un regimiento de cosacos[47]. Otro era obra de un grupo de Plejanov[48]. El tercero había salido de la *Liga*, asociación formada principalmente por elementos no proletarios. La manifestación hizo evidente, no sólo para nuestros adversarios sino para nosotros mismos, que teníamos en Petrogrado mayor fuerza de la que se creía.

4. LA OFENSIVA DEL 1.º DE JULIO

Como resultado de la manifestación popular revolucionaria, parecía inevitable una crisis gubernamental. Pero la impresión que produjo la manifestación fue borrada por las noticias que llegaban del frente anunciando la ofensiva del ejército revolucionario. El mismo día en que los obreros y la guarnición de Petrogrado exigían la publicación de los tratados secretos y una oferta de paz, pública también, Kerensky[49] lanzaba las tropas revolucionarias contra el enemigo. El hecho no era una coincidencia fortuita. Todo se había arreglado previamente, y el momento de la ofensiva no fue escogido por razones militares sino políticas. El 2 de julio hubo en Petrogrado una serie de supuestas manifestaciones patrióticas. La avenida Nevski, arteria principal del barrio burgués, estaba llena de grupos animadísimos, entre los que predominaban oficiales, periodistas y damas elegantes, cuya actividad consistía en una tenaz propaganda contra los bolcheviques.

Las primeras noticias de la ofensiva fueron favorables, y los periódicos más importantes de la burguesía liberal declaraban unánimemente que se había alcanzado el objetivo supremo, pues el golpe descargado el día 1.º, fueran cuales fueran sus consecuencias militares, sería en todo caso decisivo para impedir nuevos progresos revolucionarios. Se restablecería la antigua disciplina en el ejército y se robustecería la posición dominante de la burguesía liberal en todo el país. Nosotros, por nuestra parte, hacíamos otras previsiones. En una declaración especial que leímos en el primer Congreso de los Soviets, pocos días antes de la ofensiva, habíamos dicho que ésta destruiría inevitablemente la cohesión interna del ejército, que surgirían dentro del mismo grupos divididos por una profunda hostilidad y que cobrarían una enorme preponderancia los elementos contrarrevolucionarios, puesto que para restaurar la disciplina en un ejército desorganizado no era posible apelar sino a uno de dos medios: nuevos ideales o los procedimientos de la represión brutal. En otras palabras, predijimos en esa declaración todas las consecuencias que más tarde se llamaron *kornilovismo*[50]. Para nosotros, era indudable que la revolución peligraba, ya sea en el caso de un buen éxito

de la ofensiva —éxito en el que no creíamos—, o en el de un fracaso, que nos parecía casi del todo inevitable. La victoria habría tenido por efecto reunir a la clase media baja con la superior para la realización de aspiraciones patrioteras, y el aislamiento consiguiente del proletariado revolucionario, en tanto que la derrota podría conducir a una disolución completa del ejército, a una retirada caótica, a la pérdida de mayor número de provincias y al desengaño y desesperación del pueblo.

Los acontecimientos tomaron el rumbo de esta segunda alternativa. Las noticias del avance victorioso no duraron mucho tiempo, y fueron seguidas por siniestras comunicaciones en las que se hablaba de la negativa que oponían secciones enteras del ejército a sostenerse contra el ataque del enemigo, de las terribles pérdidas que sufría la oficialidad, agrupada a veces en batallones de resistencia, y de cosas por el estilo.

En el fondo de estos acontecimientos militares, se veía la dificultad creciente que presentaba la vida del país. El gobierno de coalición no había dado un solo paso decisivo para resolver los problemas agrarios, económicos y nacionales. Los servicios de transportes y provisión de subsistencias se hacían cada vez más desordenadamente. Los conflictos locales se planteaban con extraordinaria frecuencia. Los ministros «socialistas» procuraban calmar la Inquietud recomendando al pueblo que aguardara. Todo se aplazaba hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente[51]. La insolvencia y la inestabilidad del régimen eran evidentes.

Había dos medios de salvación: derrocar a la burguesía y abrir paso a la revolución, o emplear la represión brutal para dominar a las masas. Kerensky y Tseretelli seguían una política de contemporizaciones, y sólo consiguieron aumentar la confusión. Cuando los cadetes, que eran los miembros más inteligentes y previsores de la coalición, se dieron cuenta de que el fracaso de la ofensiva de julio podría significar un golpe de muerte no sólo para la revolución sino para quienes controlaban la situación dominante, se apresuraron a dejar el puesto, momentáneamente al menos, echando toda la carga de las responsabilidades sobre los colegas izquierdistas.

El 15 de julio se planteó la crisis ministerial, ostensiblemente por causa de la cuestión de Ucrania[52].

Eran momentos de gran tensión en todo sentido. Llegaban continuamente diputados y delegados individuales de todos los puntos del frente con el testimonio del caos que reinaba en el ejército a consecuencia de la ofensiva. La prensa oficial solicitaba medidas de represión enérgica, y la prensa socialista repetía cada vez más frecuentemente las mismas demandas.

Kerensky se acercaba con mayor rapidez cada día, o digamos más bien, con mayor ostentación, a las filas de los cadetes y de sus generales, mostrando no sólo enemistad sino odio contra todos los elementos revolucionarios.

Las embajadas de los aliados presionaban sobre el gobierno para el restablecimiento de la disciplina y la reanudación de la ofensiva. Pero la confusión era extrema en los círculos oficiales, en tanto que la indignación del pueblo crecía diariamente y exigía una solución. «*Aprovechen la ocasión que les presenta la renuncia de los ministros cadetes, y asuman la dirección total de los negocios públicos*». Tal era la recomendación que los obreros de Petrogrado dirigían a la mayoría del Soviet, o sea a los socialistas revolucionarios y mencheviques.

Recuerdo la reunión del Comité Ejecutivo de los Soviets, celebrada el 15 de julio. Los ministros socialistas informaban a los miembros del Comité sobre la nueva crisis. Nosotros esperábamos con el mayor interés el partido que tomarían aquellos grupos, después de ver disuelto sin gloria un gobierno que caía bajo los golpes de la misma coalición. Tseretelli era el órgano informativo. Nos explicó muy pormenorizadamente que las concesiones otorgadas por él y Terechenko a la Rada de Kiev[53] no significaban de ningún modo el desmembramiento del país, ni justificaban la renuncia de los ministros cadetes. Tseretelli pretendía que éstos eran centralistas doctrinarios, y que no se daban cuenta de la necesidad que había de entrar en transacciones. La impresión que produjo este informe fue verdaderamente lamentable. ¡El impertinente doctrinario de la coalición acusando de doctrinarios a los cadetes! ¡Doctrinarios los cadetes, campeones políticos del capitalismo, libres de toda contaminación de ideas teóricas! ¡Doctrinarios aquellos hombres que aprovechaban la primera oportunidad para cargar a sus testaferros con las responsabilidades, y pasar a su cuenta todo el costo del sesgo fatal que había tomado la situación por causa de la ofensiva de julio! Después de todo lo ocurrido, parecía no quedar otro recurso que romper con los cadetes y formar un gobierno exclusivamente soviético. La correlación de fuerzas en el interior de los soviets era tal en aquel tiempo, que un gobierno soviético habría significado, desde el punto de vista de los partidos, la concentración del poder en manos de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Nosotros tendíamos deliberadamente hacia ese fin dado que las constantes reelecciones de los soviets[54] proporcionaban los instrumentos necesarios para que estuviese representada fielmente la radicalización cada vez mayor de las masas de obreros y soldados. Preveíamos que después de la ruptura de la coalición con la burguesía, las tendencias radicales preponderarían

necesariamente en los soviets. La lucha del proletariado por el poder derivaría por ello mismo hacia las organizaciones soviéticas, y se desenvolvería sin sacudimientos dolorosos.

Roto el vínculo que los unía a la clase burguesa, los demócratas de la clase media baja serían el blanco de todos los ataques, y tendrían que buscar una estrecha alianza con los socialistas obreros, y así, tarde o temprano, el grupo amorfo e irresoluto, sería dominado por las masas obreras, bajo el influjo de nuestra propaganda. Por esto instábamos a los dos principales partidos del Soviet para que tomaran las riendas del gobierno, aun cuando no teníamos confianza en ellos, y lo decíamos con toda franqueza. Pero, aún después de la crisis ministerial del 15 de julio, Tseretelli y sus seguidores, se mantuvieron fieles a la idea de coalición. Decían en el seno del Comité Ejecutivo que los cadetes sufrían la desmoralización del doctrinarismo y de las simpatías contrarrevolucionarias, pero que había en las provincias muchos elementos burgueses resueltos a ponerse de acuerdo con la democracia revolucionaria, y que se aseguraría la cooperación de esos elementos si al formarse el nuevo ministerio se llamaba a algunos de los representantes de la clase media alta. Se cifraba una gran esperanza en la formación del partido radical democrático, que estaban organizando algunos políticos de dudosos antecedentes. Al saberse en Petrogrado que de los restos de la antigua coalición surgía otra coalición, la ciudad se vio arrasada por una ola de descontento e indignación, nacida en los centros de obreros y soldados. Ése fue el origen de los acontecimientos del 16 al 18 de julio[55].

5. LOS DÍAS CRÍTICOS

Ya desde que estaba en junta el Comité Ejecutivo, se nos avisó por teléfono que el regimiento de ametralladoras preparaba una manifestación. Tomamos las medidas convenientes y dimos las órdenes del caso, por teléfono también pero, entretanto, se preparaban ocultamente otros acontecimientos. Los representantes de las unidades armadas, disueltas por insubordinación, acudían del frente trayendo noticias alarmantes de represiones que sembraron el descontento y la inquietud entre los miembros de la guarnición de Petrogrado.

A la vez, los obreros de la capital estaban profundamente disgustados con sus jefes, y la desconfianza llegó a su punto máximo cuando se supo que Tseretelli, Dan y Cheidze[56] no vacilaban en falsear los sentimientos del proletariado a fin de impedir que el soviet de la capital se hiciese eco de las nuevas orientaciones surgidas en las clases laboriosas. El Comité Ejecutivo elegido en el Congreso de junio, y apoyado en los votos de las provincias más atrasadas, hacía los mayores esfuerzos para que el Soviet de Petrogrado le dejase libre el campo, e incluso llegó a tramitar asuntos que eran exclusivamente locales. El conflicto parecía inevitable. Los obreros y soldados ejercían una presión que cada vez se hacía más enérgica, y expresaron con violencia su descontento contra la política del Soviet. Exigían que nuestro partido tomase medidas resolutivas. Nosotros considerábamos que no había llegado la hora de tomar esas medidas, pues las provincias se hallaban todavía muy inclinadas en sentido contrario, pero temíamos a la vez que los acontecimientos del frente produjeran una inmensa confusión en las filas de los obreros revolucionarios y que los exasperaran. En el seno de nuestro partido, la actitud que debía asumirse frente a los acontecimientos del 16 al 18 de julio, se había definido perfectamente. Por una parte, temíamos que fuesen cortadas las comunicaciones de Petrogrado con las provincias más remotas y por la otra, abrigábamos la esperanza de que una intervención nuestra, enérgica y activa, haría cambiar la situación en nuestro favor. Los

propagandistas del partido se pusieron en contacto con las capas inferiores del pueblo y sembraron una agitación radical.

Quedaba todavía la esperanza de que una exhibición de fuerzas hecha por las masas revolucionarias rompería las obstinadas resistencias del doctrinarismo coalicionista, y le pondría de manifiesto que el único medio que le quedaba para conservar el poder era romper todo vínculo con la burguesía. Pese a lo dicho por la prensa adversaria, nuestro partido no abrigaba la intención de apelar a un movimiento armado para adueñarse del poder. Sólo queríamos hacer una manifestación revolucionaria, aprovechando tendencias que se dibujaban espontáneamente e imprimiéndoles un sentido político. El Comité Ejecutivo estaba reunido en el Palacio de Táurida[57] cuando las olas agitadas de los soldados y de los obreros rodearon el edificio. Los soldados tenían armas, pero sólo una minoría insignificante de anarquistas quería hacer uso de la fuerza contra el centro soviético. También había algunos individuos, pagados indudablemente, y pertenecientes a las Centurias Negras que pretendieron aprovechar la ocasión para desencadenar el motín y hacer pogroms[58]. Estas gentes eran las que pedían la captura de Chernov[59]. Supe después todo esto en la cárcel de Kresty por un marinero que había tomado parte en esa tentativa y que no era sino un preso común, aprehendido como responsable del delito de robo en casa habitada. Pero la prensa burguesa y coalicionista había descrito el movimiento como un mero pogrom y un levantamiento contrarrevolucionario, si bien lo presentaba a la vez como resultante de una maniobra bolchevique cuyo objeto directo era conquistar el poder por medio de la coalición contra el Comité Central Ejecutivo.

El movimiento del 16 al 18 de julio mostraba con perfecta claridad que los principales partidos políticos del soviet estaban completamente aislados en la ciudad. Debe reconocerse, sin embargo, que la guarnición no era toda nuestra. Había unidades vacilantes, indecisas, pasivas. Pero fuera de los aspirantes a oficiales, ni una sola de las unidades que componían la guarnición habría estado dispuesta a tomar las armas contra nosotros en defensa del gobierno o de los partidos que formaban la mayoría del soviet. Había que llevar tropas del frente. La estrategia de Tseretelli, Chernov y socios, consistía en ganar tiempo para que Kerensky pudiese llevar tropas de «confianza» a Petrogrado.

Las delegaciones llegaban una tras otra al Palacio de Táurida, que estaba rodeado por una muchedumbre armada, y solicitaban la ruptura completa con la burguesía, medidas enérgicas de reforma social y la apertura de las negociaciones de paz. Nosotros, es decir los bolcheviques, recibíamos a los

manifestantes, ya sea en la calle o en el palacio, y los invitábamos a la serenidad, asegurándoles que dada la fermentación de los ánimos, sería imposible que los transaccionistas pudieran formar un gabinete de coalición. Los delegados de la ciudad de Kronstadt eran los más resueltos, y tuvimos no poco trabajo para conseguir que se contuviesen dentro de los límites de una simple manifestación. El día 17, ésta asumió un carácter más formidable, y se hizo ya bajo la dirección de nuestro partido. Los jefes del soviet habían perdido la cabeza al parecer; sus discursos eran meras evasivas; las respuestas dadas a los delegados por Cheidze, el *Ulises* de la coalición, carecían de todo sentido político. Nosotros veíamos cómo los jefes de la desquiciada situación no se proponían más que ganar tiempo.

En la noche del 17 comenzaron a llegar las tropas de «confianza». Durante la junta del Comité Ejecutivo en el Palacio de Táurida se oyeron las notas de la Marsellesa, tocada por una banda militar. Inmediatamente cambió la expresión de los miembros de la junta, y se les vio llenos de una confianza que no habían tenido en los días anteriores. La causa de este cambio era la presencia del Regimiento de Volinia, que pocas semanas después habría de marchar a la cabeza de la Revolución de Noviembre bajo nuestras banderas.

Quienes controlaban la situación ya no creyeron necesario guardar miramientos con las delegaciones de obreros y soldados, ni con los representantes de la flota del Báltico. La tribuna del Comité Ejecutivo resonó con discursos en que se hablaba de una «rebelión dominada» por las tropas leales y del carácter contrarrevolucionario del bolchevismo.

El miedo que se había apoderado de la burguesía durante las treinta y seis horas de manifestaciones armadas se transformó en un odio rabioso que no sólo aparecía en sus periódicos, sino en las calles de Petrogrado, sobre todo en la avenida Nevsky, donde se apaleó despiadadamente a los obreros y soldados que se empeñaban en su «criminal» agitación. Aspirantes, oficiales, miembros de los batallones selectos y caballeros de San Jorge, tales eran los amos a cuyo amparo empezaron a actuar los más fervientes contrarrevolucionarios. Las sociedades obreras y las de nuestro partido eran disueltas con toda energía. Hubo detenciones, asaltos domiciliarios, palizas colectivas y asesinatos individuales. En la noche del 17 al 18, el ministro de Justicia, Pereverzev, dio a la Prensa «documentos» en los que se demostraba que los jefes del bolchevismo eran agentes pagados por los alemanes.

Los directores del partido socialista revolucionario y del menchevique nos conocían suficientemente como para creer esas acusaciones, pero a la vez tenían demasiado interés en el buen éxito de la jornada y dejaron circular esta

calumnia. Aún hoy es Imposible recordar sin disgusto el diluvio de mentiras que llenaban las columnas de la prensa burguesa y coalicionista. Nuestros periódicos dejaron de aparecer. Todo el Petrogrado revolucionario sintió que el ejército y las provincias estaban muy lejos de simpatizar con él. Hubo un corto momento en que el desmayo se apoderó de los obreros. En la guarnición de Petrogrado los regimientos desbandados fueron castigados enérgicamente y muchos individuos fueron desarmados. Los jefes del soviet fabricaban entretanto un nuevo ministerio con grupos de la clase media baja de ínfimo orden que, lejos de dar fuerza al gobierno, lo privaba de todo vestigio de carácter revolucionario.

Los acontecimientos del frente tomaban el curso fatal que esperábamos. Todo el ejército estaba minado hasta en sus cimientos. Los soldados se habían dado cuenta que los oficiales eran profundamente hostiles al nuevo régimen, aunque en los primeros días hubiesen hecho y dicho cosas para fingir adhesión. En el cuartel general se procedía abiertamente a una selección de elementos contrarrevolucionarios. Las publicaciones bolcheviques eran perseguidas duramente.

A la ofensiva había sucedido una trágica retirada. La prensa burguesa se entregaba a una implacable difamación contra el ejército, y sin pensar que en la víspera de la ofensiva los partidos burgueses nos habían declarado minoría insignificante, desconocida y despreciada en el ejército, esos mismos partidos decían que el espantoso desastre militar era obra nuestra y de nuestra propaganda en las filas. Los soldados y obreros de tendencias revolucionarias llenaban cárceles, y para descubrir a los responsables de los acontecimientos del 16 al 18, fueron azuzados los lobos de la justicia zarista.

Aún hubo algo más. ¡Los socialistas revolucionarios y mencheviques se atrevieron a solicitar de Lenin, Zinoviev[60] y otros camaradas que se entregasen voluntariamente a la «justicia»!

6. DESPUÉS DE LAS JORNADAS DE JULIO

Pronto desapareció el desaliento en las masas obreras, y fueron arrebatadas por una nueva ola de entusiasmo revolucionario que se propagó en la guarnición de Petrogrado. Los coalicionistas perdían toda influencia y la onda bolchevique comenzaba a extenderse por el país y a penetrar en el ejército, a pesar de todos los obstáculos.

El nuevo ministerio de coalición, presidido por Kerensky, entró en la vía de las represiones. Restableció la pena de muerte para los soldados, no permitió la publicación de nuestros escritos y dispuso que fuera detenido todo individuo que se dedicara a la propaganda.

Estas medidas sólo sirvieron para aumentar nuestra influencia. A pesar de todos los obstáculos que se sembraron para impedir la reelección del Soviet de Petrogrado, la fuerza relativa de los partidos se había alterado tan profundamente que teníamos mayoría en muchos puntos de importancia.

Lo mismo sucedió en el soviet de Moscú. Yo estaba por entonces preso en cárcel de Kresty[61] con otros muchos camaradas, acusados de haber tomado parte en la agitación y en la organización del movimiento armado del 16 al 18 como agente del gobierno alemán con el fin de ayudar los planes militares de los Hohenzollern[62]. El conocido juez instructor Alexandrov, que en tiempos del zarismo había hecho muchas pesquisas contra elementos revolucionarios, tenía entonces la misión de proteger a la República del peligro antirrevolucionario bolchevique. Bajo el sistema del antiguo régimen, los presos formaban dos categorías: políticos y delincuentes comunes; con el nuevo sistema, se introdujo otra nomenclatura: los dos grupos se llamaban delincuentes comunes y bolcheviques.

Muchos de los soldados presos estaban dominados por una dolorosa perplejidad. Eran jóvenes aldeanos, ajenos por completo a la política, convencidos de que la revolución significaba la conquista definitiva de la libertad, que miraban con asombro los cerrojos de las puertas y las rejas de las ventanas. Cuando paseábamos por el patio para tomar sol, algunos de ellos

me preguntaban lo que aquello quería decir y cómo acabaría su proceso. Yo los consolaba hablándoles de nuestra futura victoria.

7. EL LEVANTAMIENTO DE KORNILOV

A fines de agosto se efectuó el movimiento de Kornilov. Éste era un resultado inmediato de la movilización de fuerzas contrarrevolucionarias, activada por la ofensiva de julio.

En la célebre Conferencia de Moscú[63], que se reunió en la segunda quincena de agosto, Kerensky se propuso seguir una política transaccional entre las clases pudientes y los demócratas de la clase media baja. Los bolcheviques estaban fuera de la ley.

Kerensky fue aplaudido frenéticamente por los hombres influyentes y acogido con un silencio traidor por los demócratas de la clase media baja, cuando anunció la política de sangre y fuego contra los perturbadores bolcheviques. Pero las exclamaciones histéricas de Kerensky y sus amenazas no dejaron satisfechos a los jefes de la causa contrarrevolucionaria. Veían con toda claridad la ola revolucionaria que avanzaba sobre el país, envolviendo a los obreros, soldados y campesinos, y consideraban un deber imperativo emplear las medidas más extremas para dar a las masas una lección inolvidable.

En total acuerdo con la casta de los ricos, que hizo de ese hombre su héroe, Kornilov tomó a su cargo la aventurada empresa. Kerensky, Savinkov, Filonenko y otros socialistas revolucionarios que ocupaban el poder o estaban cerca de los que mandaban participaban del movimiento, pero traicionaron a Kornilov al darse cuenta de que la victoria del general significaría su eliminación.

Yo continuaba en la cárcel y seguí el episodio en los periódicos, pues la única diferencia del régimen carcelario entre los tiempos del zar y los de Kerensky, era que éste permitía el libre acceso a los periódicos.

La aventura del general cosaco fue un desastre. Seis meses de revolución habían inculcado suficiente ánimo a las masas para rechazar toda tentativa contrarrevolucionaria. Los partidos del soviet coalicionista se asustaron hasta lo indecible por las consecuencias que pudiera tener la intriga de Kornilov amenazadora no sólo para los bolcheviques, sino para los grupos que

dominaban en el nuevo régimen. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques creyeron entonces oportuno dar estado de legalidad al bolchevismo, aunque lo hicieron sólo a medias y con muchísimas reservas, para ponerse a cubierto de futuros peligros.

Los mismos marineros de Kronstadt[64], acusados de salteadores y contrarrevolucionarios después de las jornadas de julio, fueron llamados a la capital para que defendieran la revolución contra el peligro que la amenazaba. Acudieron sin tardanza, y, borrando todo recuerdo de pasados agravios, tomaron el puesto de mayor peligro. Yo entonces pude recordarle con todo justicia a Tseretelli las palabras que dije cuando este hombre insultaba a los marineros de Kronstadt: «*El día en que un movimiento general contrarrevolucionario quiera ahorcar a la revolución, los cadetes prepararán la soga y los marineros de Kronstadt vendrán para salvarla y morir con nosotros*».

El alzamiento de Kornilov encontró por doquier un sovietismo lleno de vitalidad que se le opuso con todas sus fuerzas. Casi no hubo lucha. A las masas revolucionarias sólo les restaba paralizar los movimientos del conspirador. Así como en julio no habían encontrado los coalicionistas un soldado de la guarnición que luchase contra nosotros en la capital, Kornilov no encontró un soldado del frente que quisiese combatir contra la revolución. Todo lo que consiguió fue obra del engaño, y la acción de los propagandistas puso pronto término a la maniobra.

Juzgando por lo que decía la prensa, yo esperaba un desenvolvimiento rápido de los acontecimientos y la entrega próxima de la autoridad gubernamental a los soviets. El desarrollo de la fuerza e influjo de los bolcheviques era indudable, y acababa de recibir nuevo ímpetu. Los bolcheviques habían sido adversarios de la coalición, se habían manifestado hostiles a la ofensiva de julio, y por último, habían anunciado el levantamiento de Kornilov. Las masas populares podían ver que estábamos en lo justo.

Durante los momentos críticos de la empresa de Kornilov, cuando la División *Salvaje* del Cáucaso[65] marchaba sobre Petrogrado, el soviet de la capital, obteniendo a duras penas la connivencia del gobierno, armó a los obreros. Los regimientos llamados contra nosotros se habían transformado desde tiempo atrás en la atmósfera ardiente de Petrogrado, y eran ya totalmente nuestros. Por último, la tentativa de Kornilov debía abrir los ojos del ejército, respecto de la inadmisibilidad de una nueva inteligencia con los burgueses contrarrevolucionarios. Podía esperarse por lo mismo que la

derrota de Kornilov estaría seguida de un esfuerzo inmediato de las fuerzas revolucionarias, guiadas por nuestro partido, para conquistar el poder. Pero los acontecimientos se desarrollaron más lentamente.

A pesar de la intensidad del sentimiento revolucionario, las masas estaban poco animosas desde que pasaron las jornadas de julio, y aguardaban pasivamente el llamamiento de sus jefes. Pero también ellos se mantuvieron a la expectativa. A esto se debió que la voz de alerta dada por la aventura de Kornilov, aún cuando hubiese alterado fundamentalmente en favor nuestro la correlación de fuerzas, no condujera a cambios políticos inmediatos.

8. LA LUCHA EN EL INTERIOR DE LOS SOVIETS

Por aquellos días ya era Indudable el predominio de nuestro partido en el Soviet de Petrogrado. La evidencia del hecho adquirió una forma dramática al constituirse la mesa directiva. Cuando los socialistas revolucionarios y mencheviques dominaban como señores absolutos de los soviets, hicieron todos los esfuerzos imaginables para aislar a los bolcheviques. Éramos dueños de la tercera parte de votos del Soviet de Petrogrado, y a pesar de ello no admitieron una sola representación de nuestro partido en la mesa directiva. Poco después de haberse resuelto por el soviet de la capital que el gobierno fuera exclusivamente soviético, lo que se consiguió por una mayoría insignificante, pedimos que la mesa directiva se integrase con miembros de los distintos grupos, según el principio de la representación proporcional.

La antigua junta de gobierno, en la que estaban Cheidze, Tseretelli, Kerensky, Skobelev[66] y Chernov, se negó rotundamente a aceptar nuestra proposición. Debe recordarse este hecho, ya que ciertos elementos no cesan de hablar de «frente único» y nos acusan de exclusivismo. La cuestión que nosotros planteamos entonces fue objeto de una reunión especial. Todos nos preparábamos para la lucha, movilizando nuestras fuerzas y alistando nuestras reservas. Tseretelli pronunció un discurso-programa, y dijo que la constitución de la junta directiva era asunto de mera administración. Nosotros, por nuestra parte, creíamos tener la mitad de los votos de la asamblea, y hubiéramos considerado esto como una victoria, pero con gran sorpresa para todos, el resultado del escrutinio dio una mayoría de más de cien votos en nuestro favor.

> *«Durante seis meses —dijo Tseretelli—, hemos estado nosotros al frente del Soviet de Petrogrado, y lo hemos llevado de victoria en victoria. Esperamos que ustedes permanezcan tres meses por lo menos en el puesto que van a ocupar».*

En el soviet de Moscú se produjo un cambio análogo, y los soviets de provincia fueron pasando unos tras otros a manos de los bolcheviques.

Entretanto, se aproximaba el día de la convocatoria del Segundo Congreso de todos los Soviets, pero el Comité Ejecutivo Central se empeñaba en que esa convocatoria fuese aplazada para las calendas griegas, con la esperanza de que no se reuniese nunca la Asamblea. Era evidente para todos que en el nuevo Congreso nuestro partido tendría la mayoría y que el Comité Ejecutivo Central correspondería a la orientación de los partidos, privando a los coalicionistas de la ciudadela en que estaban refugiados. La cuestión capital para nosotros consistía, por lo mismo, en que se convocase al Congreso de los Soviets. Los mencheviques y socialistas revolucionarios pedían por su parte que se citase para una Conferencia Democrática, pues en ella esperaban derrotarnos y deshacerse de Kerensky.

Éste, en efecto, había tomado entonces una actitud independiente y personal. Elevado al poder en el primer período de la revolución por obra del Soviet de Petrogrado entró en el ministerio sin que el soviet hubiese tomado decisión previa sobre el asunto, pero posteriormente aprobó el hecho. Según el acuerdo del Primer Congreso de Soviets, los ministros socialistas eran responsables ante el Comité Ejecutivo Central; los cadetes lo eran ante su propio partido. Mas, como las jornadas de julio crearon al Comité Central una nueva situación política, ya que sirvió a los intereses de la burguesía, los ministros socialistas quedaron relevados de responder de sus actos ante los soviets, con el fin de establecer una dictadura revolucionaria, según se dijo entonces. Recuérdese esto también, pues los mismos que fraguaron aquella dictadura oligárquica, gritan hoy contra la dictadura de una clase y la cubren de insultos.

La Conferencia general de Moscú en la que se equilibraban los pudientes y demócratas, mediante una selección artificiosa, tenía como fin principal que se consolidase el poder de Kerensky sobre todas las clases y partidos. El programa se realizó aunque sólo aparentemente, pues en realidad la Conferencia de Moscú fue la revelación de la impotencia de Kerensky, individuo tan extraño a las clases acaudaladas como a los demócratas de la clase media baja. Pero como liberales y conservadores aplaudieron sus parrafadas antidemocráticas y los coalicionistas le brindaron una gran ovación cuando mostró cautamente desvinculado de los contrarrevolucionarios, la impresión general fue que lo apoyaban los dos bandos y que disponía de una autoridad ilimitada. Amenazó, pues, a los obreros y a los soldados revolucionarios, y declaró que se los perseguiría a sangre y fuego.

Su política siguió por el camino de las conspiraciones, unido a Kornilov, y esto lo comprometía a los ojos de los coalicionistas. Tseretelli, con su característica ambigüedad diplomática, habló de los factores personales en política y de la necesidad de limitarlos. Ésta era la tarea que incumbía a la Conferencia de Moscú, compuesta como estaba por los representantes de los soviets, de los consejos municipales, de los zemstvos[67] y de las uniones de trabajadores y sociedades cooperativas, en una selección de lo más arbitraria. Sin embargo, el problema principal era asegurar la tendencia conservadora de la reunión, disolver los soviets para que se confundiesen con la amorfa masa democrática y consolidar el poder por medio de una nueva organización que impidiese el avance de la marea bolchevique. No estará de más establecer aquí en pocas palabras la diferencia que hay entre el papel político de los soviets y los órganos democráticos del gobierno libre. Los filisteos nos han dicho en más de una ocasión que los nuevos consejos municipales y zemstvos, elegidos por sufragio universal, son infinitamente más democráticos que los soviets y reflejan más fielmente las aspiraciones de todo el pueblo. Este criterio democrático formalista carece de sentido en tiempos de revolución. En efecto, la revolución se caracteriza por el rápido cambio que se efectúa en la conciencia de clase. Ciertos grupos del pueblo que adquieren experiencia, revisan las ideas consagradas, forman concepciones nuevas, deponen a sus antiguos jefes, nombran otros y avanzan con ellos. En tiempos de revolución, las organizaciones democráticas establecidas sobre la complicada base del sufragio universal quedan inevitablemente al margen del desarrollo que toman las ideas políticas de las masas. No así los soviets. Estos dependen directamente de grupos orgánicos, tales como talleres, fábricas, minas, compañías, regimientos, etc. Es verdad que en estos casos no existen las garantías legales de una elección exactamente computada, como en el caso de los consejos municipales y de los zemstvos, pero se dan las garantías más importantes del contacto directo e inmediato del diputado con sus electores. El miembro del consejo urbano o zemstvo depende de una masa amorfa de electores que lo invisten de una autoridad anual y se disuelven inmediatamente. Los electores del soviet, por el contrario, permanecen constantemente ligados entre sí por las condiciones mismas de su existencia y de su trabajo cotidiano. El diputado está siempre sometido a la fiscalización directa de los electores, y en cualquier momento éstos pueden impartirle nuevas instrucciones, censurarlo, revocar su mandato y nombrar otro representante. Como la evolución política general de los meses anteriores se había caracterizado por la influencia creciente que tomaban los bolcheviques

a expensas de los coalicionistas, era natural que este proceso se reflejara más clara y fielmente en los soviets. Los consejos municipales y zemstvos, a pesar de su carácter democrático formal, no expresaban en igual grado los sentimientos actuales de las masas, sino los de ayer. Esto explica la gravitación hacia los consejos municipales y zemstvos que se notó en los partidos cuya influencia menguaba en las filas de la clase obrera revolucionaria. El problema aparecerá otra vez cuando se hable de la Asamblea Constituyente.

9. LA CONFERENCIA DEMOCRÁTICA

La Conferencia Democrática[68], convocada por Tseretelli y sus socios hacia mediados de septiembre era de carácter puramente artificial y consistía en una combinación de representaciones de soviets y de los órganos de gobiernos locales, en una proporción que daba la preponderancia a los partidos coalicionistas. Como resultado de tanta confusión e impotencia, la asamblea acabó tristemente.

La burguesía acaudalada veía con extremada animosidad aquella Conferencia, y la consideraba como una tentativa para dislocarla de la posición adquirida en la junta de Moscú. Por otra parte, los obreros revolucionarios y las masas de soldados y campesinos condenaban de antemano los métodos de fraude que se utilizaron para la convocatoria.

La tarea a que se dedicaron los coalicionistas fue la formación de un gabinete «responsable» pero incluso esto fracasó. Kerensky no era partidario del principio de responsabilidad ni permitía que se aplicase, porque la burguesía que lo apoyaba no le daba facultades para avanzar en ese sentido. Efectivamente, la irresponsabilidad en presencia de los órganos de la llamada democracia significaba responsabilidad para con los cadetes y las embajadas de los aliados. De momento, eso era suficiente, y la burguesía no pidió más. Respecto de la coalición, la Conferencia se mostró totalmente incapaz. El número de votos favorables al principio de alianza con la burguesía excedía apenas del que se dio contra toda clase de coaliciones, y la mayoría de votos condenó la coalición con los cadetes. Ahora bien, fuera de los cadetes no había grupo burgués con el que pudiese hacerse una coalición, y Tseretelli explicó el hecho ante la asamblea. ¡Si ésta no lo entendía, peor para ella! Así fue cómo, a espaldas de ella, se abrieron negociaciones, precisamente con los cadetes, excluidos por el voto reciente. ¡Y se resolvió que se les trataría no como miembros de un partido, sino como personalidades aisladas! Bajo las presiones de la derecha y de la izquierda, los demócratas de la clase media baja tenían que someterse a esta situación ridícula, prueba de su impotencia.

Se eligió un Consejo en el seno de la Conferencia Democrática, y se acordó agregarle algunos representantes de las clases ricas. Este Parlamento Provisional[69] llenaría el hueco hasta la reunión de la Asamblea Constituyente. El nuevo ministerio de coalición, contrario al plan primitivo de Tseretelli, pero de acuerdo enteramente con el de la burguesía, debía mantenerse independiente del Parlamento Provisional. Todo esto producía la impresión de un engendro lamentable, obra de mentes divorciadas de las corrientes vivas, y en el fondo se veía claramente la capitulación de la clase media baja ante esta misma burguesía liberal que no hacía un mes aún sostenía abiertamente la tentativa contrarrevolucionaria de Kornilov. En suma, todo se reducía a restaurar y perpetuar la coalición con la burguesía liberal. Ya nadie dudaría que sin tenerse en cuenta la composición de la futura Asamblea Constituyente, el poder gubernamental quedaría en manos de la burguesía, pues los partidos coalicionistas, a pesar de la preponderancia que les habían dado las masas populares, mantenían el propósito inalterable de seguir unidos a los cadetes y consideraban imposible formar un gobierno que no estuviese sostenido por la burguesía.

Las masas populares eran profundamente hostiles al partido de Miliukov. En las elecciones efectuadas durante el período revolucionario, los cadetes fueron invariablemente derrotados, y derrotados por grandes márgenes. Sin embargo, esos mismos socialistas revolucionarios y mencheviques, indiscutibles vencedores del partido cadete, le abrían siempre las puertas del gabinete y le daban los primeros puestos. Era natural que las masas advirtieran cada vez con mayor claridad que los coalicionistas no eran sino agentes subalternos de la burguesía liberal.

10. DIFICULTADES EN EL FRENTE Y EN EL INTERIOR

Entretanto, la situación interna se complicaba. La guerra proseguía sin objetivo, sin dirección, sin perspectiva. No se veía que el gobierno diese pasos para salir de aquel círculo vicioso. El plan grotesco de enviar a Skobelev para que intentase influir en París sobre los imperialismos aliados, era tal que nadie daba la menor importancia a esa medida. Kornilov entregó la ciudad de Riga a los alemanes para alarmar a la opinión pública y aprovecharse de la coyuntura estableciendo una disciplina de hierro en el ejército. La amenaza que se cernía sobre Petrogrado era bien vista por los elementos de la clase media, con evidente malignidad. Rodzianko[70], antiguo presidente de la Duma, decía abiertamente que la entrega de la desmoralizada Petrogrado a los alemanes, no sería una pérdida lamentable. Y se refería al caso de Riga, en donde los alemanes disolvieron los soviets y restablecieron el orden más estricto con ayuda de la antigua policía. Cierto que se perdería la flota del Báltico, pero la flota del Báltico estaba desmoralizada por la propaganda revolucionaria, y esto disminuiría la importancia de aquella pérdida. Tal cinismo en labios del charlatán «gran señor» era una expresión fiel de los ocultos pensamientos de la burguesía. La entrega de Petrogrado no sería su pérdida pues por el tratado de paz la devolverían y entretanto el militarismo alemán ejercería su acción disciplinaria. La revolución quedaría decapitada y no habría dificultades para dominarla.

El gobierno de Kerensky no tenía la Intención de resistir en la capital y se preparaba a la opinión para que aceptase la entrega de Petrogrado. Las oficinas públicas se trasladaban a Moscú y a otras ciudades.

Tales eran las circunstancias cuando se reunieron en junta plena los soldados del Soviet de Petrogrado. Imperaba una gran agitación, y todos estaban muy preocupados. Si el gobierno reconocía su incapacidad de defender la capital, debería obtener la paz. Y si no podía obtener la paz, que

se fuera. Así se resumía la opinión de los soldados. Y ésta fue la primera señal de la Revolución de Noviembre.

En el frente, la situación empeoraba cada día. El otoño se anunciaba frío y lluvioso. Y el ejército entreveía la perspectiva de una cuarta campaña de invierno en la que al fango sucedería la nieve, y en la que cada día serían menos abundantes las raciones. Los que estaban en el interior no pensaban en los soldados. No se les enviaban provisiones, refuerzos ni abrigos. Las deserciones aumentaban cada día. Los antiguos comités del ejército, nombrados en los primeros días de la revolución, seguían en sus puestos y apoyaban la política de Kerensky, la reelección estaba prohibida. Así se formó un abismo entre los comités del ejército y los soldados hasta que éstos acabaron por detestar a aquéllos. Diariamente llegaban delegaciones que preguntaban categóricamente al soviet: ¿En dónde está la fórmula para resolver la situación? ¿Qué clase de guerra es ésta y quién va a ponerle fin? ¿Por qué calla el Soviet de Petrogado?

11. LA INEVITABLE LUCHA POR EL PODER

El Soviet de Petrogrado no estaba silencioso. Pedía el traslado Inmediato del poder al Soviet Central y a los locales, la entrega de la tierra a los campesinos, el establecimiento del dominio de los obreros sobre la industria y la apertura de las negociaciones de paz. Mientras estuvimos en oposición, nuestro grito de guerra fue: ¡Todo el poder a los soviets! Pero cuando constituimos la mayoría de ellos, o de los principales, comenzamos a luchar para adueñarnos del poder.

En el campo, la situación era complicada y confusa a más no poder. La revolución había ofrecido la tierra a los campesinos, pero prohibió que éstos se la apropiaran hasta la reunión de la Asamblea Constituyente. Los campesinos comenzaron por aguardar pacientemente y cuando dieron señales de actividad, el gobierno de coalición apeló a medidas represivas. Entretanto, la reunión de la Asamblea Constituyente era una perspectiva cada día más remota. La burguesía se empeñaba en que la Asamblea Constituyente fuese convocada después de la paz. Por su parte, las masas campesinas se impacientaban cada vez más y parecían cumplirse las predicciones que habíamos hecho en los primeros días de la revolución. Efectivamente, los campesinos se apoderaban de las propiedades inmuebles por su propia cuenta. Cada día eran más frecuentes y severas las medidas de represión, y muchos miembros de los Comités Revolucionarios de Tierras[71] estaban en la cárcel. Kerensky había proclamado el estado de sitio en algunos distritos. Los delegados de las aldeas comenzaron a presentarse en Petrogrado y se quejaban de que eran perseguidos por aplicar el programa del Soviet en lo relativo a la entrega de las tierras de los propietarios privilegiados a los miembros de los comités de campesinos. Éstos solicitaban nuestra protección. Nosotros respondíamos que sólo sería posible hacer algo en su favor cuando el poder estuviese en nuestras manos. La situación era tal que para impedir la degeneración de los soviets hasta verlos convertidos en centros de discusión académica, debíamos esforzarnos por llegar al poder. Nuestros amigos más moderados nos decían que era absurdo abrir la campaña mes y medio o dos

meses antes de que se reuniese la Asamblea Constituyente, pero nosotros no estábamos dominados por el fetichismo asambleísta. En primer lugar, nadie nos garantizaba que dicha Asamblea Constituyente fuese convocada, pues la desorganización del ejército, la deserción en masa que teníamos a la vista, el caos del reparto de víveres y la revolución agraria creaban una atmósfera muy poco propicia para las elecciones. Además, en el caso de que esas elecciones pudieran hacerse, la entrega de Petrogrado a los alemanes constituía una amenaza que por sí sola haría totalmente ineficaz la convocatoria. En segundo lugar, aún reunida la Asamblea Constituyente bajo la dirección de los viejos partidos, con sus listas, no sería otra cosa que una reunión protectora y confirmadora del principio coalicionista. Ni los socialistas revolucionarios ni los mencheviques eran capaces de asumir la autoridad, a menos que lo hiciesen apoyados por la burguesía. Sólo una clase revolucionaria podía romper el círculo vicioso en que se agitaba y desintegraba la Revolución. Era esencial que el poder fuese arrebatado de las manos de aquellos elementos que directa o indirectamente estaban sometidos a los intereses de la burguesía y que empleaban la maquinaria gubernamental para oponerse a las demandas revolucionarias del pueblo.

12. LA LUCHA POR EL CONGRESO DE LOS SOVIETS

¡Todo el poder a los Soviets!

Tal era el grito de guerra de nuestro partido.

En el período anterior, eso significaba autoridad completa para los socialistas revolucionarios y mencheviques, contra la idea de coalición y de participación con la burguesía liberal. Pero en noviembre de 1917, nuestra demanda implicaba ya la total supremacía del proletariado revolucionario, bajo la jefatura del Partido Bolchevique. La cuestión debatida era la dictadura de la clase obrera que dirigía, o más bien, que era capaz de dirigir a los millones de individuos que forman la paupérrima población de los campos. Ésta fue la significación histórica del levantamiento de noviembre.

Todo concurría a indicar este camino. Desde los primeros días de la revolución habíamos insistido en la necesidad y en la inevitabilidad de que toda la autoridad pública pasase a los soviets. La mayoría de éstos adoptó nuestro punto de vista e hizo suya la demanda, no sin una intensa lucha dentro de su propio seno. Nos aprestábamos para el Segundo Congreso de todos los Soviets, en el que esperábamos la total victoria de nuestro partido. El Comité Ejecutivo Central estaba dirigido por Dan, pues el cauto Cheidze se fue al Cáucaso muy oportunamente, y el Comité hizo todo lo posible para impedir la reunión del Congreso de los Soviets. Después de muchos esfuerzos, y con el apoyo del grupo soviético de la Conferencia Democrática, conseguimos que se fijase día para la reunión de nuestro Congreso. Ese día era el 7 de noviembre, fecha para siempre memorable en la historia de Rusia y la más grande de todas. Como medida preliminar, convocamos en Petrogrado una Conferencia de Soviets de las Provincias del Norte, en la que tomaron parte la flota del Báltico y el Soviet de Moscú. En esa Conferencia tuvimos mayoría, y nos apoyó también la derecha, que estaba formada por el ala izquierda de los socialistas revolucionarios. Así pudimos echar las bases prácticas para el levantamiento de noviembre.

13. EL CONFLICTO EN LA GUARNICIÓN DE PETROGRADO

Pero antes de aquello, y antes de la Conferencia de los soviets del Norte, había ocurrido algo que debía influir considerablemente en la próxima lucha política. A mediados de octubre se presentó en una sesión del Comité Ejecutivo un representante soviético agregado al Distrito Militar de Petrogrado, y nos dijo que el Cuartel General pedía el envío de dos tercios de la guarnición que había en la capital a las trincheras. ¿Cuál era el objeto de aquella medida? ¡La defensa de Petrogrado! La orden no debía efectuarse inmediatamente, pero se necesitaba hacer los preparativos del caso. El Distrito Militar pedía que el Soviet de Petrogrado diera su aprobación a la medida. Nosotros aguzamos el oído. Ya a fines de agosto, cinco regimientos revolucionarios habían sido sacados de la capital en su totalidad o en parte, lo que se hizo por indicaciones del entonces comandante general Kornilov, quien a la sazón preparaba su División Caucásica de *salvajes* contra Petrogrado para ajustar definitivamente sus cuentas con la ciudad revolucionaria.

Sabíamos, pues, por experiencia lo que significaba una redistribución de fuerzas, efectuada bajo el pretexto de operaciones militares. Y no sería ocioso anticipar aquí que, según documentos irrefutables caídos en nuestro poder después de la Revolución de Noviembre, la proyectada evacuación parcial de Petrogrado era del todo extraña a las operaciones militares, y se imponía al Comandante en Jefe Dujonin, contra la voluntad de éste, y nada menos que por el propio Kerensky, ansioso de ver la ciudad libre de soldados revolucionarios, es decir, de individuos que eran personalmente hostiles al dictador.

Pero a mediados de octubre esto no se sabía, nuestras sospechas despertaron una tempestad de indignación patriótica. La Comandancia de las armas nos dirigía, amenazas apremiantes, y Kerensky se mostraba muy impaciente, porque sentía que el suelo se hundía bajo sus pies. Nosotros no

nos dábamos prisa con la respuesta. Cierto que Petrogrado corría peligro y el terrible problema de su defensa nos preocupaba en alto grado. Pero después de lo acaecido en los días de Kornilov, y después de las palabras de Rodzianko sobre la salvación consistente en una ocupación temporal de la ciudad por los alemanes, ¿quién nos garantizaba que Petrogrado no sería entregada al enemigo como una sanción penal por su espíritu de rebeldía?

El Comité Ejecutivo no consentía en dar su firma a la petición de envío de dos tercios de la guarnición de Petrogrado, sin examinar previamente el asunto. Pedíamos pruebas de la realidad del fundamento en que se apoyaba la demanda y que se crease un organismo capaz de estudiar los hechos. Así nació la idea de establecer, junto a la Sección de Soldados de los Soviets, es decir junto a la representación política de la guarnición, un órgano puramente activo, o sea el *Comité Militar Revolucionario* que posteriormente adquirió un poder enorme y que fue prácticamente el instrumento de la Revolución de Noviembre.

Sin duda, cuando proponíamos la creación de un órgano que concentrara la dirección militar de la guarnición de Petrogrado, nos dábamos cuenta de que se forjaba un arma revolucionaria de valor inapreciable. Ya en aquellos momentos nos encaminábamos deliberadamente, y sin ocultarlo, hacia el levantamiento y nos organizábamos con ese fin. Como ya dije, la apertura del Congreso de los Soviets, se había fijado para el 7 de noviembre, y ya no cabía duda que la asamblea se declararía partidaria de la entrega del poder a los soviets. Pero había que poner en práctica la resolución para que ésta no fuese una simple frase sin sentido.

La lógica de la situación parecía indicar que nuestro alzamiento se efectuase el 7 de noviembre. Los periódicos burgueses lo creían así. Pero la suerte del Congreso dependía, en primer lugar, de la guarnición de Petrogrado. ¿Permitiría ésta que el Congreso fuese rodeado por Kerensky, al frente de algunos centenares o millares de oficiales y sargentos, con batallones de toda confianza? ¿El mero hecho de pretender que la ciudad fuese desocupada, no era el indicio más cierto de que el gobierno preparaba la disolución del Congreso de los Soviets? Lo contrario hubiera sido muy extraño, ya que nuestra movilización se hacía públicamente, de cara al país, reuniendo las fuerzas de todos los soviets para asestar el golpe de muerte a la Coalición.

Y a esto se debió que el conflicto tuviese su desenlace con motivo de la cuestión relativa a las tropas de Petrogrado. Desde luego, los soldados tenían interés en el asunto, pero no era menor el de los obreros, pues una vez fuera

de la ciudad aquéllos, los cosacos y oficiales caerían con todas sus fuerzas sobre las masas revolucionarias. El conflicto se acercaba a su fase decisiva, y la forma en que se había planteado ofrecía un aspecto muy desfavorable para Kerensky.

Paralelamente al problema de la guarnición, se desarrollaba la lucha relativa a la convocatoria del Congreso de Soviets. Proclamábamos abiertamente en nombre del Soviet de Petrogrado y en nombre de la Conferencia de los Soviets del Norte que el Segundo Congreso liquidaría el gobierno de Kerensky y se adueñaría de Rusia. El levantamiento entretanto se había iniciado ya, y proseguía en todo el país. Durante el mes de octubre, esta cuestión fue la principal entre todas las que tramitaba nuestro partido. Lenin, oculto en Finlandia, escribía frecuentemente e insistía en que se adoptase una táctica más audaz. La fermentación aumentaba en las filas y el desconcierto crecía, por no verse en vías de realización las fórmulas del Partido Bolchevique, no obstante la mayoría con que contaba en los soviets. El día 28 de octubre hubo una junta secreta del Comité Central de nuestro partido y Lenin estuvo presente. La cuestión del levantamiento figuraba en la orden del día. Por gran mayoría, con sólo dos votos en contra, se decidió que el levantamiento armado era el único medio de salvar la revolución y el país. Los soviets deberían adueñarse de la autoridad suprema.

14. EL CONSEJO DEMOCRÁTICO Y EL PARLAMENTO PROVISIONAL

El Consejo Democrático, hijo de la Conferencia Democrática, fue el heredero de la impotencia de ésta. Los antiguos partidos soviéticos, socialista revolucionario y menchevique habían conquistado una mayoría artificial en el Consejo, que sólo les servía para poner de manifiesto su total postración política. Metido entre bastidores, Tseretelli conducía negociaciones muy complicadas con Kerensky y con los representantes de los *elementos propietarios*, como se les llamaba en el Consejo, para evitar el término *burgués,* conceptuado como insultante. El informe de Tseretelli sobre el progreso y resultados de aquellas negociaciones parecía la oración fúnebre pronunciada junto a la tumba de la revolución. Aparecía claramente que ni Kerensky, ni los elementos propietarios, se avenían a aceptar el principio de responsabilidad ante el nuevo cuerpo semirrepresentativo.

Por otra parte, era imposible encontrar «hombres prácticos» fuera del partido cadete. Uno y otro punto serían las normas para la resolución del negocio, hecho tanto más increíble cuanto que la Conferencia Democrática había sido convocada precisamente para poner fin al régimen de irresponsabilidad y que la asamblea había rechazado toda coalición con los cadetes.

En las últimas reuniones de las pocas que tuvo el Consejo Democrático, antes de la nueva revolución, había una atmósfera irrespirable de impotencia y desconfianza. El Consejo no reflejaba los progresos de la revolución, sino la disolución de los partidos que la revolución había dejado atrás.

Ya durante las sesiones de la Conferencia Democrática había planteado yo en el seno de nuestro partido la cuestión de abandonar ostensiblemente la Conferencia y de decidir la exclusión del Consejo Democrático. Era preciso poner de manifiesto ante las masas que los coalicionistas habían llevado la revolución al fondo de un callejón sin salida. La lucha en pro de la formación de un gobierno soviético sólo sería posible por métodos revolucionarios. Se

nos imponía por lo mismo arrancar la autoridad de manos de los que se habían mostrado incapaces, y que iban perdiendo aptitud hasta para causar daño.

Nuestro método político debía consistir en la movilización de fuerzas en torno de los soviets y en el levantamiento armado, para contrarrestar el método de nuestros adversarios, que los llevaba al Parlamento Provisional, arteramente seleccionado y a una problemática Asamblea Constituyente.

El programa que yo proponía sólo podía realizarse rompiendo abierta y públicamente con el organismo creado por Tseretelli y sus amigos y concentrando toda la atención y fuerza de las clases obreras en las organizaciones soviéticas.

En esto se fundaba mi plan de salida aparatosa de la Conferencia Democrática y de agitación revolucionaria en fábricas y cuarteles, para que no se adulterase la voluntad revolucionaria y se impidiese la pretendida fusión con la burguesía.

Lenin opinaba en el mismo sentido que yo, según carta suya que recibimos pocos días después. Pero los jefes del partido eran presa de la vacilación. Las jornadas de julio dejaron una impresión muy profunda en el ánimo de nuestros correligionarios. Los obreros y soldados habían logrado reponerse del efecto moral producido por la represión, mucho antes de que nuestros compañeros depusiesen todo temor. Estos creían, en efecto, que otra tentativa prematura daría ocasión para que el adversario quebrantase la fuerza de la idea revolucionaria.

Cuando fuimos a la Conferencia Democrática, yo obtuve cincuenta votos para la proposición que condenaba toda participación en el Consejo Democrático, y hubo setenta votos en contra. Pero la experiencia de lo que era el Consejo robusteció el ala izquierda del partido. Parecía desde todo punto vista evidente que el método de los compromisos que sólo disfrazaban simples robos, cuyo fin era dar la dirección de la revolución a las clases propietarias asistidas por los coalicionistas, ya sin eco entre las masas, no constituía el mejor de los procedimientos para salir del embrollo a que nos habían llevado los demócratas de la clase media.

Cuando el Consejo Democrático, reforzado con representantes de las clases adineradas, se transformó en Parlamento Provisional, ya nuestro partido estaba maduro para aceptar la idea de la ruptura.

15. LOS SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS Y LOS MENCHEVIQUES

La cuestión que entonces se discutía era la de saber si nos seguirían los socialistas revolucionarios de izquierda. Este grupo estaba en un período de formación, lo que para nuestro punto de vista significaba lentitud y vacilaciones. Durante el primer ímpetu de la revolución, el Partido Socialista Revolucionario era el más fuerte de todos. Los campesinos y soldados, y aun la gran mayoría de los obreros, votaban por los socialistas revolucionarios. Como esta popularidad era inesperada para los mismos que disfrutaban de ella, más de una vez pareció que el partido estaba a punto de naufragar entre los oleajes de su victoria. Efectivamente, todo el mundo quería alistarse bajo las banderas de los socialistas revolucionarios, salvo naturalmente los capitalistas, los grandes terratenientes y los intelectuales de alta posición. Eso pasaba durante el primer período de la revolución, cuando los límites de clases no estaban muy marcados aún, cuando la aspiración común que tendía a la unificación del frente hallaba expresión en el programa nebuloso de un partido dispuesto a amparar las reivindicaciones de la clase obrera, temerosa de perder contacto con los campesinos, de éstos que pedían tierra y libertad, de los intelectuales deseosos de tomar la jefatura de ambas clases, y de los elementos oficiales, empeñados en adaptarse al nuevo orden de cosas. En los tiempos del zarismo, Kerensky estuvo afiliado al Partido del Trabajo, y después de la victoria alcanzada por la revolución, entró en el de los socialistas revolucionarios, lo que aumentó la popularidad de este grupo, ya que Kerensky parecía avanzar hacia el poder. Muchos generales y coroneles, movidos por su adhesión al ministro de Guerra, inscribieron sus nombres en el partido de los que habían sido llamados terroristas. Los viejos socialistas revolucionarios, que pertenecían a la escuela de los intransigentes, comenzaron a sentirse cohibidos en compañía de tantos socialistas revolucionarios *de Marzo*, es decir de socialistas revolucionarios que

anochecieron conservadores y amanecieron progresistas debido al encanto del cambio de régimen.

Resumiendo, pues, el partido contenía en su masa amorfa no sólo las contradicciones internas propias del desarrollo revolucionario, sino las de los prejuicios de las atrasadas masas campesinas y las del sentimentalismo, inestabilidad y ambiciones de los intelectuales. El partido no podía perdurar con aquellos elementos.

Desde el punto de vista de las ideas, su impotencia fue manifiesta a partir del día en que se organizó.

El papel principal corría a cargo de los mencheviques mientras el país se iniciaba en la revolución. Esos hombres habían pasado por la escuela marxista, y sacaron de ella ciertos métodos y ciertos hábitos de que se valieron para sortear las dificultades políticas, adulterando «científicamente» el sentido real de la lucha de clases, al grado de obtener, hasta donde esto era posible dentro de las nuevas condiciones, la supremacía del liberalismo burgués. Tal fue la causa de que se desgastaran tan pronto los mencheviques, verdaderos abogados del derecho de la burguesía al ejercicio del poder. En los días de la Revolución de Noviembre, ya el menchevismo era una mera expresión política.

Por su parte, los socialistas revolucionarios perdían rápidamente su influencia, primero entre los obreros y finalmente en el campo. Sin embargo, la Revolución de Noviembre los encontró muy fuertes numéricamente y con una apariencia de dominio que desmentía los antagonismos internos. El ala derecha, en la que preponderaban patrioteros del tipo de Catalina Breshko-Breshkovskaia y Boris Savinkov[72], acabó por adherirse a los contrarrevolucionarios. En cambio, comenzó a formarse un ala izquierda que hacía lo posible por mantenerse en contacto con las clases laboriosas. Si tenemos en cuenta que el socialista revolucionario Avksentiev, ministro de la Gobernación, ordenaba que fuesen detenidos los miembros de los Comités de Tierras, compuestos casi exclusivamente por socialistas revolucionarios, por ejecutar actos relacionados con la cuestión agraria, veremos hasta qué grado de desorganización había llegado ese partido.

Chernov, jefe tradicional del partido, ocupaba el centro. Escritor experto, muy conocedor de la literatura socialista, habilísimo en la táctica de las luchas políticas, asumió siempre la jefatura del partido mientras la vida de éste se redujo a la actividad de los expatriados. La revolución, que durante su primer movimiento impulsivo había elevado a los socialistas revolucionarios hasta una altura increíble, automáticamente levantó también a Chernov, pero sólo

para poner de manifiesto su total incapacidad, aun entre los personajes del período a que me refiero. Las cualidades secundarias que aseguraron la preponderancia de Chernov durante la expatriación eran demasiado insignificantes para la época revolucionaria. Se abstuvo de resoluciones que lo comprometiesen, evitó las ocasiones críticas, fue un perpetuo contemporizador y rehuyó toda acción decisiva. Esta táctica negativa le aseguró el dominio de una zona neutral, entre los dos extremos, que cada vez se distanciaban más y más. Pero la unidad del partido era ya imposible. Savinkov, el antiguo terrorista, se había complicado en la tentativa de Kornilov y estaba en los mejores términos con los círculos contrarrevolucionarios de los oficiales cosacos. A la sazón, preparaba un golpe de muerte contra los soldados y obreros de Petrogrado, entre los cuales había algunos miembros de la izquierda socialista revolucionaria. En obsequio a la izquierda el centro expulsó del partido a Savinkov, pero ese mismo centro no dio un solo paso para combatir a Kerensky.

En el Parlamento Provisional, el partido se mostraba incoherente hasta lo inverosímil. Los tres grupos que lo constituían obraban con total independencia, aunque se agrupaban bajo la misma bandera. La verdad era que ninguno de aquellos grupos tenía noción clara de lo que se proponían. El predominio formal del partido en la Asamblea Constituyente había significado la continuación de una política estéril.

16. LA VOZ DE LOS COMBATIENTES

Antes de abandonar el Parlamento Provisional, en donde teníamos apenas cincuenta votos, según la estadística de Kerensky y Tseretelli, organizamos una reunión y en ella solicitamos el concurso de la izquierda socialista revolucionaria. No fuimos atendidos, pues aquel grupo alegaba que era necesario demostrar a la clase campesina la inutilidad del Parlamento y que tal demostración no podía hacerse sino por medio de una experiencia práctica.

> *«Nuestro deber es advertirlos —dijo uno de los jefes— que si van a abandonar el Parlamento provisional para salir a la calle y llevar a cabo la lucha de barricadas, no los seguiremos».*

En efecto, la prensa burguesa y coalicionista nos acusaba de intentar una ruptura con el único fin de crear una situación revolucionaria. No aguardamos, pues, a los socialistas revolucionarios y resolvimos obrar con total independencia. La declaración que hizo nuestro partido en la tribuna del Parlamento Provisional para explicar nuestra separación de aquel cuerpo fue recibido con gritos de execración y rabia impotente. En cambio, cuando la dimos a conocer en el Soviet de Petrogrado, éste la aprobó por imponente mayoría. Martov, jefe del pequeño grupo de mencheviques intemacionalistas[73], sostuvo que nuestra salida del Consejo Provisional de la República, nombre oficial de esa desacreditada institución, sería comprensible en el caso de que nos propusiéramos pasar inmediatamente a la ofensiva contra el gobierno actual, y no de otro modo. Era precisamente lo que nosotros queríamos hacer. Los agentes de la burguesía liberal acertaban al acusarnos de tendencias revolucionarias, pues la única salida que veíamos para aquella situación desesperada era el alzamiento en armas y la toma de posesión del poder público.

Otra vez, como en los días de julio, la prensa y todos los órganos de la llamada opinión pública, levantaban su voz contra nosotros. Se acudía a los

arsenales de la pasada lucha para tomar las armas envenenadas con que habíamos sido atacados, y que no se empleaban desde los días de Kornilov. ¡Inútil esfuerzo! Las masas acudían hacia nosotros con poder irresistible, y el espíritu público se animaba de hora en hora. Llegaban delegados de las trincheras, y nos decían:

> «—*¿Cuánto tiempo va a durar esta situación? Los soldados nos facultan para declarar que si el 15 de noviembre no se ha tomado una determinación en el sentido de la paz abandonarán las trincheras y marcharán hacia el interior*».

Efectivamente, esa resolución había sido adoptada en todo el frente del campo de batalla. De mano en mano y de sector en sector corrían las proclamas escritas por los mismos soldados, en las que se ponía como límite máximo la caída de las primeras nieves. Y los delegados del ejército agregaban:

> «—*Nos han olvidado por completo. Si no encuentran una resolución satisfactoria, vendremos con las bayonetas caladas, no sólo para atacar a nuestros enemigos sino también a vosotros*».

Pocas semanas después, el Soviet de Petrogrado, en donde pasaban tales cosas era el centro de atracción de todo el ejército.

Después del cambio de política que se había efectuado en el seno del Soviet y de la elección de otra Mesa directiva, las resoluciones infundían nuevas esperanzas en el ánimo abatido de las exhaustas tropas. Esas esperanzas se cifraban por entero en el bolchevismo, pues todos creían que no le faltaría la entereza necesaria para publicar los tratados secretos y para proponer sin tardanza un armisticio en todos los frentes.

> «—*¿Creen que los soviets deben asumir la autoridad suprema? Pues tómenla. ¿Temen que los soldados no los apoyen? Depongan toda duda: la gran mayoría del ejército está incondicionalmente con ustedes*».

Además, el conflicto sobre la evacuación parcial de Petrogrado se acercaba a su punto crítico. La guarnición tenía reuniones casi diarias en las que deliberaban los Comités de las compañías y regimientos. Nuestra influencia sobre los soldados había llegado a ser absoluta. El cuartel general del distrito militar de Petrogrado se hallaba en un estado de incertidumbre. A

veces entraba en relaciones normales con nosotros; a veces, incitado por los jefes del Comité Ejecutivo Central, nos amenazaba con medidas de represión.

17. LOS COMISIONADOS DEL COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO

Hemos mencionado ya la formación de un Comité Militar Revolucionario, dependiente del Soviet de Petrogrado, que según nuestros cálculos sería la Comandancia Soviética de la guarnición, para contrarrestar la acción de la Comandancia Militar de Kerensky.

Los doctrinarios del coalicionismo decían que no podía haber dos Comandancias Generales. Nosotros respondíamos en estos términos: «¿Podría tolerarse un estado de cosas en que la guarnición desconfiara de la Comandancia temiendo que la remoción de tropas obedeciese a un plan contrarrevolucionario?».

A esto nos replicaban que la creación de una nueva Comandancia era una insurrección declarada, pues el Comité Militar Revolucionario podía tener por objeto, no ya el examen de las intenciones de las autoridades militares, sino la preparación y ejecución de un levantamiento contra el gobierno.

El argumento era incontestable pero, precisamente por serlo estábamos impasibles. Una aplastante mayoría del Soviet consideraba necesario derrocar al gobierno de coalición. Mientras más convincentes fueran las demostraciones de los mencheviques y socialistas revolucionarios sobre el carácter amenazador del Comité Militar, más seguro sería el apoyo del Soviet al nuevo organismo.

Lo primero que hizo fue nombrar comisionados en todas las secciones de la guarnición de Petrogrado y en las instituciones más importantes de la capital y de los suburbios. Entretanto, supimos que el gobierno, o más bien que los partidarios del gobierno trabajaban empeñosamente en organizar fuerzas. Acudían a los depósitos de armas oficiales y particulares para sacar fusiles, pistolas, ametralladoras y cartuchos que repartían entre los estudiantes y empleados, y en general entre los jóvenes de la burguesía. Consideramos, pues, urgente, tomar una medida que se anticipase a sus planes. Nombrando comisionados para el incautamiento de los depósitos de armas y municiones,

nos hicimos dueños de la situación, y casi no hubo quien nos opusiese resistencia. Cierto que los comandantes encargados del resguardo de los almacenes y los dueños de las armerías, pretendieron desconocer la autoridad de nuestros comisionados; pero bastó que éstos apelasen al Comité Militar o hiciesen una breve explicación a los propietarios para que cesase toda resistencia. La entrega de armas quedó por lo mismo bajo la dependencia directa de nuestros agentes. Los regimientos de la guarnición de Petrogrado habían tenido también agentes comisionados, pero su nombramiento se hacía por medio del Comité Central Ejecutivo. Ya dije que después del Congreso de Soviets, reunido en junio, y particularmente después de la manifestación del 1.º de julio, con la que patentizamos la fuerza del bolchevismo, los partidos de coalición habían segregado al Soviet de la capital, a fin de que no influyese en los asuntos de aquella ciudad eminentemente revolucionaria. Comenzaron por confiar al Ejecutivo Central todos los asuntos que se relacionaban con la guarnición. Dado esto, no era fácil la distribución de los Comisionados soviéticos, y si el plan pudo realizarse fue gracias a la cooperación de las masas armadas. Uno tras otro, los regimientos declararon que sólo reconocerían a los agentes del Soviet de Petrogrado y que no darían paso alguno sin la sanción de esos agentes. La declaración se hizo después de reuniones en las que hablaron oradores de todos los partidos.

El organismo militar de los bolcheviques[74] tuvo una participación muy directa en el nombramiento de los agentes comisionados. La obra no hubiera sido posible sin la propaganda hecha por aquel organismo antes de las Jornadas de julio. Debe recordarse que el 18 del citado mes, el Batallón de Ciclistas, llevado a la capital por Kerensky, atacó la villa de la señorita Krzeszlnka[75], en donde tenía sus oficinas nuestro centro militar. Fueron detenidos casi todos los jefes y muchos miembros inferiores del centro militar bolchevique, los papeles cayeron en manos de la fuerza enemiga y se procedió a la destrucción de las prensas. El partido no volvió a contar con medios de propaganda hasta que pudo instalar prensas ocultas, y para esto transcurrió mucho tiempo. El organismo militar al que vengo refiriéndome se componía de unos cuantos centenares de individuos pertenecientes a la guarnición de Petrogrado, pero había entre ellos muchos jóvenes oficiales y soldados de ánimo resuelto y absolutamente adictos a la revolución. Se distinguían sobre todos los aspirantes a quienes Kerensky tuvo presos en los días de julio y agosto. El Comité Militar Revolucionario tenía plena confianza en esos elementos, y les dio los puestos de mayor importancia para los fines de la propaganda. Es útil recordar que precisamente los miembros del

organismo militar bolchevique fueron los más cautos cuando se trató del levantamiento de noviembre, y aún se mostraron escépticos respecto de los resultados. Al tener un carácter exclusivamente militar, aquel organismo se inclinaba involuntariamente a sopesar sobre todo los medios técnicos de la insurrección, y no podía negársele que desde este punto de vista nuestra situación era débil. Nuestra fuerza consistía en el espíritu revolucionario de las masas y en la disposición que las animaba para luchar bajo nuestras banderas.

18. MAREA CRECIENTE

Junto a la obra de organización, proseguía sin descanso la de agitación apasionada. Había reuniones frecuentes en las fábricas, en el Circo Moderno y en el de Ciniselli, en los centros políticos y en los cuarteles. La atmósfera de esas reuniones estaba cargada de electricidad. La palabra insurrección era saludada con tempestades de aplausos y gritos de aprobación.

El estado de alarma pública se intensificaba más aún por la propaganda de la prensa burguesa. La orden que yo expedí para que la Fábrica de Armas de Sestroretski entregase 5000 fusiles a la Guardia Roja sembró el pánico en los círculos de la burguesía. De viva voz y por escrito se anunciaba una matanza general preparada por el bolchevismo. Esto, como es de suponer, no impedía que los obreros de la Fábrica Sestroretski diesen armas a la Guardia Roja[76]. Mientras más furiosamente rugía la prensa burguesa, las masas acudían con mayor entusiasmo a nuestro llamamiento.

Ambos bandos veían cada día más claramente que se aproximaba el instante de la crisis. La prensa menchevique y socialista revolucionaria estaba frenética. Todos sus órganos repetían: «¡La Revolución corre un peligro inminente! Se prepara una repetición de los días de julio, en escala mucho mayor, cuyos resultados serán incalculablemente ruinosos».

En su periódico *Novaia zhizn* (Nueva Vida), Gorki[77] profetizaba diariamente el fin de la civilización.

En general, los Intelectuales de la burguesía empezaban a encontrar muy pálido el rojo del socialismo, y, sin embargo, temblaban a la aproximación de la rígida dictadura proletaria. Por su parte, los soldados, aun los de regimientos poco avanzados, aclamaban entusiastamente a los agentes del Comité Militar Revolucionario. Entretanto, llegaban delegados de las fuerzas cosacas y de la minoría socialista para ofrecer que, en caso de una colisión abierta, no les sería difícil conseguir por lo menos que sus soldados observasen una actitud neutral. Evidentemente, el gobierno de Kerensky vacilaba sobre el abismo y no hallaba modo de asentar el pie. La Comandancia del Distrito Militar de Petrogrado abrió negociaciones con

nosotros y nos propuso una transacción. Aceptamos las conversaciones, aunque sólo para tener una idea de la fuerza con que contaba el adversario. No nos fue difícil advertir que la Comandancia estaba con los nervios muy excitados, pues pasó de las admoniciones a las amenazas y acabó por declarar que nuestros agentes eran ilegales, lo que, por lo demás, no impedía la obra a que estaban consagrados. Después de todo esto, el Comité Ejecutivo Central, de acuerdo con la Comandancia de Petrogrado, nombró al capitán Malevski comisionado superior de la guarnición, y consintió en reconocer a nuestros comisionados siempre que se sometiesen a la autoridad de Malevski. Rechazada esta propuesta, las negociaciones quedaron rotas. No se reanudaron, por más que se empeñaron en ello muchos eminentes socialistas revolucionarios y mencheviques, de quienes recibimos oficiosas advertencias, unas veces amenazadoras y otras de tono persuasivo, en las que predominaba la nota pesimista sobre el próximo fin de la revolución.

19. LA JORNADA DEL SOVIET DE PETROGRADO

El edificio del Instituto Smolny[78] estaba ya en poder del Soviet de Petrogrado y de nuestro partido. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios de derecha se habían trasladado al palacio María, en donde agonizaba el recién nacido Parlamento Provisional.

Kerensky pronunció un gran discurso en esta asamblea, y con sus frases histéricas, coronadas por los aplausos atronadores de la burguesía, quiso ocultar la impotencia del régimen que presidía.

La Comandancia Militar hizo una tentativa suprema. Dirigiéndose a varias unidades de la guarnición, las invitó para que nombrasen delegados, a razón de dos por cada unidad, con el fin de discutir la salida de las tropas. Esta conferencia debía efectuarse el 4 de noviembre a la una de la tarde.

Los regimientos nos informaron de la invitación y nosotros convocamos telefónicamente para una junta de la guarnición de Petrogrado, que se reuniría a las once de la mañana. Hubo quien acudió a la Comandancia, pero sólo para declarar que sin permiso del Soviet las tropas no podrían dar un solo paso fuera de la ciudad. La junta de la guarnición reafirmó unánimemente su lealtad al Comité Militar Revolucionario, y la única oposición que encontramos procedía de los antiguos partidos soviéticos, pero no tuvieron eco entre los delegados de los regimientos. En suma, la tentativa de la Comandancia sólo sirvió para demostrarnos que pisábamos sobre terreno firme. Llamó la atención que entre los más animosos figurase como partidario nuestro el Regimiento de Volinia, que en la noche del 16 al 17 de julio había marchado con música y banderas para disolver a los bolcheviques en el Palacio de Táurida.

El Comité Ejecutivo Central, como ya dije, se había apoderado de los fondos y prensa del Soviet de Petrogrado. Habían sido inútiles los esfuerzos para restituirlos, y en vista de ello, a mediados octubre comenzamos a dar los

pasos necesarios para fundar un periódico independiente, órgano del Soviet. Ocupadas como estaban todas las imprentas, no teníamos acceso a ellas.

Para salir de aquella situación, fijamos un «Día del Soviet» en el que haríamos amplia propaganda y recolectaríamos fondos destinados a la publicación de nuestro periódico. Ese acuerdo se tomó a mediados de octubre, y la fecha señalada fue el 4 de noviembre. Así coincidió ésta con los rumores públicos acerca del movimiento próximo a estallar. La prensa enemiga decía que en noviembre saldrían a la calle los bolcheviques armados. Nadie lo dudaba, y lo único que se prestaba a conjeturas era la fecha. Por más esfuerzos que se hicieron para llegar a una predicción, a fin de arrancarnos la confesión o la negativa, todo fue inútil. El Soviet seguía su marcha con serenidad y confianza, sin reparar en los rugidos de la opinión burguesa.

El 4 de noviembre fue el día de revista de las fuerzas del ejército proletario. Las horas de ese día transcurrieron espléndidamente en todos sentidos. No obstante las advertencias de la derecha, que hablaban de ríos de sangre en las calles de Petrogrado, todo el mundo salió para tomar parte en la reunión del Soviet. Hicimos uso de toda nuestra fuerza oratoria. El público era numerosísimo, y las reuniones duraron largas horas. Además de los oradores de nuestro partido hablaron los delegados que llegaban de todo el país para formar parte en el Congreso de los Soviets. No faltaban representantes del ejército en campaña, e incluso hubo discursos de los socialistas revolucionarios y de los anarquistas. Las salas estaban atestadas de obreros y soldados. Pocas veces se había visto en Petrogrado tanta animación. Una gran parte de la clase media baja estaba singularmente inquieta. Si bien no la asustaba lo que veía, la desazonaban los vaticinios de la prensa burguesa. Millares de individuos se agolpaban frente al Palacio del Pueblo, penetraban por los corredores y llenaban las salas. En las columnas colgaban racimos de gentes, como racimos de uvas. La atmósfera era recorrida por corrientes eléctricas, semejantes a las de los días más críticos de toda revolución. ¡Muera el gobierno de Kerensky! ¡Viva, la paz! ¡Viva el gobierno soviético! Tales eran los gritos que resonaban en el edificio. No había un solo partidario de los antiguos grupos que se atreviera a afrontar las iras de aquella manifestación colosal. El triunfo del Soviet de Petrogrado era único. En realidad, la campaña había terminado. Sólo faltaba dar el golpe de gracia al gobierno fantasma.

20. LA CONQUISTA DE LOS VACILANTES

Los más cautos de nuestros amigos nos advertían que ciertas unidades del ejército eran extrañas al movimiento.

Citaban a los Cosacos, al Regimiento de Caballería, a los guardias de Semenov y al Regimiento de Ciclistas. Enviamos agentes de propaganda y comisionados que visitasen a esas unidades. Los informes que nos dieron eran de lo más satisfactorio. La atmósfera caldeaba los espíritus, y aun los elementos más tranquilos del ejército no podían resistir la tendencia general de la guarnición de Petrogrado.

Fui a una reunión del Regimiento de Semenov, celebrada al aire libre, por considerar que ese cuerpo era una de las columnas del gobierno de Kerensky. Allí estaban algunos de los oradores más elocuentes de la derecha, para fortalecer el espíritu del regimiento leal, última esperanza del ministerio de coalición. Pero todo fue inútil. El regimiento se declaró en nuestro favor por una mayoría sorprendente, y ni siquiera permitió que los ministros terminasen sus discursos.

Los enemigos de las nuevas reivindicaciones eran principalmente los oficiales, los voluntarios y los intelectuales de alta y baja estofa. Los obreros y campesinos estaban totalmente con nosotros. Era difícil trazar la línea divisoria, que no tenía sinuosidades.

La base militar de Petrogrado es la fortaleza de Pedro y Pablo[79]. Nombramos para que comandara esa posición a un joven oficial que se mostró bien pronto digno de aquel puesto, y que antes de que pasara el día era completamente dueño de la situación. La guarnición de la legalidad se hizo a un lado y asumió una actitud expectante.

Por razones que ya he dado anteriormente, el Regimiento de Ciclistas era considerado por nosotros como unidad sospechosa. El 5 de noviembre, a las dos de la tarde, fui a la fortaleza. Había una reunión en el patio. Los oradores de la derecha hablaban con mucha cautela y evitaban toda alusión a Kerensky, cuyo nombre levantaba gritos de indignación y protesta hasta entre los

soldados. Cuando hablamos nosotros, se nos escuchó con muestras de adhesión.

A las cuatro de la tarde, los ciclistas tuvieron una reunión en el Circo Moderno, que se halla cerca de allí. Entre los oradores figuraba el general Paradelov. Sus palabras fueron también muy mesuradas. Habían pasado los días en que los oradores oficiales o semioficiales aprovechaban cualquier ocasión que se les presentara para llamarnos traidores al servicio del Káiser. El primer ayudante de la Comandancia se acercó a mí para decirme: «*¿Por qué no llegamos a un arreglo?*». Era tarde para entrar en arreglos. Después del debate, todo el batallón, con sólo treinta votos en contra, se declaró por el cambio de gobierno en favor del partido soviético.

21. EL COMIENZO DE LA INSURRECCIÓN

El gobierno de Kerensky iba de un lado a otro buscando ayuda. Llamó del frente a dos batallones de ciclistas y una batería de morteros. Expidió órdenes para aumentar su caballería.

Durante el camino, los ciclistas telegrafiaron al Soviet de Petrogrado: «*Se nos lleva a esa capital. Ignoramos los fines de la orden. Sírvanse ustedes explicárnosla*». Contestamos diciéndoles que detuvieran su marcha y que enviaran una delegación. Al llegar ésta, sus miembros declararon en la junta del Soviet que el batallón estaba de nuestra parte. El entusiasmo aumentó, naturalmente, y se ordenó que el batallón entrara inmediatamente en la ciudad.

El número de delegados del frente engrosaba de día en día. Se informaban del estado de los asuntos, recibían folletos de propaganda y volvían al frente, en donde daban a conocer los esfuerzos del Soviet de Petrogrado para que la autoridad pasara a los obreros, soldados y campesinos. «*Las trincheras los apoyan*». Tal era la seguridad que nos daban las delegaciones.

Entretanto, los antiguos Comités del Ejército, reelectos hacía cuatro o cinco meses, enviaban telegramas amenazadores. Pero nadie les daba importancia, pues sabíamos perfectamente bien que los Comités no estaban en contacto con las masas de soldados, y que se hallaban en el mismo caso del Comité Ejecutivo Central respecto de las asambleas soviéticas.

El Comité Militar Revolucionario envió agentes a todas las estaciones de ferrocarril para que inspeccionasen la entrada y salida de trenes y sobre todo para que se diesen cuenta del movimiento de tropas. Tenían comunicación constante, ya por teléfono, ya por medio de automóviles, con las ciudades más próximas y sus guarniciones. Todo soviet unido al de Petrogrado debía impedir que la capital fuese ocupada por tropas contrarrevolucionarias, o cuando menos, adictas al gobierno. Los empleados inferiores y los obreros de ferrocarril reconocían el carácter oficial de nuestros agentes.

El 6 de noviembre surgió un conflicto en la Central de Teléfonos. Se nos negó la comunicación que pedíamos. Los alumnos de la escuela militar se

habían adueñado del edificio y, protegidas por ellos, las empleadas se nos oponían. Ésta fue la primera manifestación del futuro *sabotaje* que nos opusieron la oficialidad y la burocracia. El Comité Militar Revolucionario envió un destacamento a la Central de Teléfonos, y colocó dos piezas de artillería ligera en la puerta del edificio. Así comenzó la ocupación de las oficinas públicas. Agrupamos pequeños destacamentos de marineros y Guardias Rojos en el Telégrafo, en el Correo y en otras oficinas, a la vez que dábamos los pasos necesarios para el incautamiento del Banco del Estado.

El centro soviético, establecido en el Instituto Smolny, fue convertido en fortaleza. El ático guardaba veintitantas ametralladoras, legado del Comité Ejecutivo Central, que estaban abandonadas o poco menos, y cuyos encargados habían perdido toda disciplina. Llamamos a otros destacamentos de ametralladoras, y en las primeras horas de la mañana las máquinas rodaban a lo largo de los corredores del Instituto. Algunos mencheviques y socialistas revolucionarios que estaban aún en el edificio se asomaban por las rendijas de las puertas, entre sorprendidos y asustados.

El Soviet y la guarnición celebraban reuniones cotidianas en el Instituto.

Un pequeño aposento del tercer piso, oculto en un rincón de los corredores, era el local donde se reunían los miembros del Comité Militar Revolucionario y donde a la sazón se hallaba éste en sesión permanente. Allí se recibían todas las noticias relacionadas con los movimientos de tropas, con el espíritu reinante entre soldados y obreros, con los progresos de la propaganda en los cuarteles, con las fechorías de los alborotadores, con las conferencias de los políticos burgueses, con la vida del Palacio de Invierno y con las intenciones de los antiguos partidos soviéticos. Todo lo sabíamos. Nuestros informantes eran obreros, oficiales, porteros de casas ricas, lacayos, y hasta señoras de la alta sociedad. Algunos de esos informantes llevaban cuentos ridículos; otros, datos de la mayor importancia.

El momento decisivo se aproximaba. Y lo que en él ocurriera sería irreparable.

En la noche del 6 de noviembre, Kerensky acudió al Parlamento Provisional y solicitó que se aprobase una serie de medidas de represión contra los bolcheviques. Pero el Parlamento Provisional se hallaba en un estado de confusión lamentable que llegaba a los límites de la disolución. Los cadetes apremiaban a los socialistas revolucionarios de la derecha para que aceptasen un voto de confianza, los socialistas revolucionarios de la derecha hacían presión sobre el centro, el centro vacilaba, los socialistas revolucionarios de la izquierda proseguían una campaña de oposición.

Después de muchas conferencias, discusiones y vacilaciones, se adoptó la resolución del ala izquierda, por la que se condenaba el movimiento sedicioso del Soviet, aunque se hacía pesar la responsabilidad sobre la política antidemocrática del gobierno.

Diariamente nos llevaba el correo cartas en las que se nos informaba que estábamos condenados a muerte, que había muchas máquinas infernales, que el Instituto Smolny no tardaría en ser volado, que toda precaución por nuestra parte era inútil, etc. La prensa burguesa expresaba su odio y su miedo en forma violentísima. Gorki, olvidando completamente *La canción del Albatros*[80], anunciaba en su periódico *Novaia Zhizn* la proximidad de la catástrofe.

Durante una semana entera no habían salido del Instituto Smolny los miembros del Comité Militar Revolucionario. Dormían a ratos tendidos en sofás, se les despertaba para que dieran audiencia a correos, exploradores, ciclistas y telegrafistas. Las campanillas del teléfono sonaban sin cesar.

La noche más agitada fue la del 6 al 7. De Pavlovsk[81] nos informaron por teléfono que el gobierno llamaba a los artilleros de esa ciudad y a los alumnos de la Escuela Militar de Peterhoff. Kerensky estaba en el Palacio de Invierno, rodeado de oficiales, subalternos y bravucones. Dimos órdenes telefónicas para que se cubriesen los puntos de acceso a Petrogrado con destacamentos leales y para que se llevase la agitación a las tropas llamadas por el gobierno. Si éstas no retrocedían, movidas por la persuasión, se acudiría al uso de la fuerza. Hablábamos por teléfono sin ocultar nuestros planes, y éstos eran conocidos de los agentes del gobierno.

Tuvimos noticias de que las entradas de la capital estaban completamente resguardadas por nuestros partidarios. Los alumnos de la Escuela militar de Oranienbaum[82] lograron atravesar nuestras líneas por la noche, pero lo supimos y nos fue fácil seguir sus movimientos por medio del teléfono. Como medida de precaución, llamamos a una compañía adicional para que se situase en las afueras del Instituto Smolny. Nuestra comunicación con las fuerzas de la guarnición no sufría interrupciones. Los regimientos eran vigilados por nuestra gente. Cada unidad tenía constantemente una delegación a las órdenes del Comité Militar Revolucionario, tanto de día como de noche.

Había órdenes muy estrictas para reprimir toda manifestación de las Centurias Negras y de tentativas de pogroms, empleando la fuerza de las armas sin contemplaciones ni piedad. Durante las horas de la noche, fueron pasando a nuestro poder los puntos más importantes de la ciudad, y nos adueñamos de ellos casi sin encontrar resistencia, sin lucha, sin sangre.

En el Banco del Estado había centinelas del gobierno y un automóvil blindado; pero nuestros destacamentos rodearon el edificio, el automóvil cayó en nuestras manos por sorpresa, y el Banco quedó a disposición del Comité Militar Revolucionario, sin que fuera necesario disparar un solo tiro.

El crucero *Aurora* estaba en el Neva, abajo de los muelles de la Compañía Franco-Rusa, y se le tenía allí por causa de reparaciones. No había a bordo otro resguardo que el de los marineros, enteramente adictos al movimiento revolucionario. Cuando en los últimos días de agosto, KorniIov amenazó a Petrogrado, los marineros del *Aurora* fueron llamados para que protegieran el Palacio de Invierno. Y aun cuando eran extraordinariamente hostiles al gobierno, consideraron como un deber suyo repeler el movimiento contrarrevolucionario. Ocuparon, pues, el punto sin una sola palabra de protesta. Pasado el peligro, se les hizo a un lado. En los días críticos de noviembre, su intervención podía ser muy peligrosa para el gobierno y a fin de evitar algún mal, recibieron órdenes de abandonar las aguas de Petrogrado con el crucero. La tripulación nos comunicó la disposición del ministro de Marina, y nosotros dimos contraorden. El crucero estaba en espera de que se le llamase, para poner todas sus fuerzas al servicio del Soviet.

22. LA JORNADA DECISIVA

En la madrugada del 7 de noviembre, los operarlos de ambos sexos que trabajaban en la imprenta del partido acudieron al Instituto Smolny y nos participaron que el gobierno había ordenado secuestrar nuestro periódico más importante y el nuevo órgano del Soviet de Petrogrado. Las puertas de la imprenta estaban selladas por disposición del gobierno. El Comité militar revolucionario dio inmediatamente la contraorden que correspondía, tomó ambos periódicos bajo su protección y encomendó al valiente Regimiento de Volinia el alto honor de mantener la libertad de la prensa socialista, amparándola contra toda tentativa del adversario. Inmediatamente se reanudó el trabajo, y los periódicos salieron a la hora acostumbrada.

La junta de ministros proseguía en el Palacio de Invierno, pero allí no se veía sino una sombra de gobierno. Políticamente, había dejado de existir. Durante el 7 de noviembre, las tropas soviéticas rodearon gradualmente aquel edificio. A la una de la tarde, yo, como representante del Comité Militar Revolucionario, anuncié en el Soviet que el gobierno de Kerensky había desaparecido, y que en espera de lo que resolviese el Congreso de los Soviets, la autoridad pública sería asumida por el organismo en cuyo nombre hablaba. Lenin había salido de Finlandia pocos días antes y estaba oculto en un barrio obrero de los alrededores. El mismo día 7 llegó secretamente al Instituto Smolny. Juzgando por las noticias de la prensa, creía que habíamos llegado a una transacción con el gobierno de Kerensky. La prensa burguesa había gritado tanto en sus vaticinios de insurrección, se había excitado a sí misma en tal grado, pintando los desfiles de soldados en las calles, el pillaje, los ríos de sangre y la confusión general, que no vio la insurrección cuando ésta se iba desarrollando. Presenció nuestras negociaciones con la Comandancia y las tomó en serio, por su valor nominal. Entretanto, sosegadamente, sin luchas callejeras, sin disparos ni sangre, las dependencias oficiales iban cayendo en nuestro poder, y eran ocupadas por fuerzas de soldados, marineros y Guardias Rojos, en los que imperaba una perfecta disciplina y que obedecían a las

órdenes telefónicas emanadas desde un aposento oculto en el tercer piso del Instituto Smolny.

Por la noche, la segunda Asamblea soviética tenía sesión preliminar.

Dan presentó el informe del Comité Ejecutivo Central. Habló en términos duros contra los rebeldes, los usurpadores, los autores de la agitación, y pretendió atemorizar a la asamblea prediciendo el fracaso inevitable de la insurrección, que en uno o dos días sería aplastada por las tropas del frente. Sus palabras no persuadieron a nadie, y parecían muy inadecuadas en un salón cuyos concurrentes seguían con el mayor entusiasmo la marcha victoriosa del alzamiento de la guarnición.

A aquella misma hora el Palacio de Invierno estaba completamente rodeado, si no tomado. De vez en cuando salían disparos de las ventanas para rechazar a los sitiadores que, lenta y cuidadosamente, cerraban el círculo del asedio. El Palacio recibió algunas granadas de la fortaleza de Pedro y Pablo, y el ruido de las explosiones llegó al Instituto Smolny.

Martov, con indignación impotente, hablaba de guerra civil, y se refería especialmente al sitio del Palacio de Invierno, en donde había —¡horror de los horrores!— algunos miembros del partido menchevique. Dos marineros que acababan de llegar del teatro de los acontecimientos y que ocuparon la tribuna para informar, hablaron contra Martov. Dijeron lo que tenían que decir sobre la ofensiva de julio, sobre la política pérfida del antiguo gobierno, sobre el restablecimiento de la pena de muerte para los soldados, sobre las detenciones, sobre la ocupación de oficinas revolucionarias, y acabaron declarando que no querían sino morir o vencer. Ellos fueron quienes nos dieron la noticia de las primeras víctimas, pertenecientes a nuestro partido, que cayeron en la Plaza del Palacio.

Todo el mundo se levantó como si un resorte hubiera movido a los concurrentes, y con unanimidad que sólo se manifiesta cuando hay una profunda intensidad moral de sentimientos, se entonó una marcha fúnebre. No la olvidará ninguno de los que allí estaban. La reunión acabó violentamente, pues era imposible seguir discutiendo cuestiones teóricas de gobierno, oyendo los ecos de los disparos que atronaban en torno del Palacio de Invierno, donde se decidía la suerte de ese mismo gobierno cuya política daba materia al debate.

La toma del Palacio, sin embargo, no fue cosa fácil, y la indecisión de la lucha se comunicaba al espíritu de una parte de la asamblea. Los oradores de la derecha seguían vaticinando nuestra derrota. Todo el mundo aguardaba ansiosamente las noticias del Palacio de Invierno. Por fin llegó Antonov[83],

que había estado a cargo de las operaciones. La sala quedó en mortal silencio, aguardando la noticia. El Palacio de Invierno había sido tomado. Kerensky estaba fugitivo. Los otros miembros del gobierno se hallaban presos en la fortaleza de Pedro y Pablo. Así acababa el primer capítulo de la Revolución de Noviembre. Los socialistas revolucionarios de la derecha y los mencheviques, que formaban un total de sesenta personas, o sea la décima parte de la asamblea, abandonaron el salón protestando. No pudiendo hacer otra cosa, «descargaban toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder» sobre los bolcheviques y sobre los socialistas revolucionarios de la izquierda. Estos últimos vacilaban aún. Su pasado los ligaba al partido de Chernov. La derecha de ese partido se confundía ya con la clase media baja, con sus intelectuales y con los aldeanos acomodados. Siempre que se presentaba una cuestión capital, el grupo de que hablo se ponía al lado de la burguesía liberal, contra nosotros. Los elementos más revolucionarios del partido, que reflejaban el radicalismo de las reivindicaciones sociales de los campesinos paupérrimos, se inclinaban hacia el proletariado y hacia los que servían de órgano a este partido. Temían, sin embargo, cortar el cordón umbilical que los mantenía unidos al antiguo grupo. En los momentos de nuestra salida del Parlamento Provisional, se negaron a seguirnos, y nos previnieron contra el peligro de las «aventuras». Pero la insurrección los obligaba a tomar una resolución, en pro o en contra del Soviet. No sin vacilaciones, fueron concentrando sus fuerzas en el mismo lado de la barricada que nosotros ocupábamos.

23. FORMACIÓN DEL CONSEJO DE COMISARIOS DEL PUEBLO

La victoria de Petrogrado fue completa. El Comité Militar Revolucionario tenía las riendas del poder totalmente en sus manos. Expedimos los primeros decretos, que eran de abolición de la pena de muerte, de nueva elección de los Comités Militares, y de medidas semejantes. Pero no tardamos en ver que estábamos aislados de las provincias. Los empleados superiores de los ferrocarriles, correos y telégrafos eran enemigos nuestros. Los antiguos Comités del ejército, los ayuntamientos y zemstvos seguían enviando telegramas amenazadores al Instituto Smolny. Nos habían declarado la guerra y anunciaban que la rebelión sería sofocada en breve.

Nuestros telegramas, decretos y explicaciones no podían llegar a las provincias, pues la Agencia Telegráfica de Petrogrado se negaba a servirnos. Aislada así la capital, nada más fácil que la difusión de rumores fantásticos e inquietantes.

Viendo que el Soviet había asumido el poder en realidad, que los miembros del gobierno anterior estaban detenidos y que en las calles de Petrogrado dominaban las bandas de soldados, la prensa burguesa y coalicionista puso el grito en el cielo, diciendo contra nosotros cosas inauditas. El Comité Militar Revolucionario era objeto de las más abominables calumnias.

El 8 de noviembre hubo una junta del Soviet de Petrogrado y en ella estuvieron presentes los delegados del Congreso de los Soviets, los soldados de la Conferencia Militar y muchos miembros del partido. Por primera vez, después de un intervalo de cuatro meses, hablaron públicamente Lenin y Zinoviev, a quienes se tributó una gran ovación. Pero el júbilo que nos causaba la victoria estaba enturbiado por la inquietud con que aguardábamos las noticias del interior, pues ignorábamos por una parte cómo se recibiría nuestra actuación, y por la otra necesitábamos datos que nos indicasen la fuerza real de las asambleas soviéticas para imponer su autoridad.

En la noche de ese mismo día, hubo una reunión del Congreso, que era para nosotros de esencial importancia. Lenin propuso dos decretos: uno sobre la paz y otro sobre las tierras[84]. Los dos fueron aprobados por unanimidad después de una breve discusión. En la misma junta se constituyó una autoridad central, formada por el Consejo de Comisarios del Pueblo.

El Comité central de nuestro partido hizo un esfuerzo para ponerse de acuerdo con la izquierda socialista revolucionaria, y ésta fue invitada para que tomara parte en la formación del gobierno soviético. Encontramos cierta indecisión, pues los miembros del grupo creían que el nuevo gobierno debería formarse con elementos de todos los partidos representados en el Soviet, sobre la base de una coalición.

Sin embargo, los mencheviques y los socialistas revolucionarios de la derecha habían roto sus relaciones con el Congreso de los Soviets, considerando imperativa una coalición con los grupos antisoviéticos. Dada esta situación, no podíamos hacer otra cosa que indicar a los socialistas revolucionarios de la izquierda la conveniencia de atraer a los de la derecha hacia una combinación con el elemento triunfante. Mientras ellos se ocupaban en realizar esta imposible tarea, nosotros asumíamos la responsabilidad íntegra del gobierno, y la lista de Comisarios del Pueblo se compuso íntegramente de bolcheviques.

Este paso era indudablemente peligroso. La transformación se hizo con demasiada rapidez. Basta para verlo pensar que veinticuatro horas antes los que ahora dominaban la situación estaban acusados según los términos del artículo 108 del Código, o sea de alta traición. Pero no había alternativa posible. Los otros grupos del Soviet vacilaban y no accedían, prefiriendo que los acontecimientos les diesen una norma de conducta.

Después de todo, no teníamos la menor duda que nuestro partido era el único capacitado para una situación realmente revolucionaria.

24. LOS PRIMEROS DÍAS DEL NUEVO RÉGIMEN

Los decretos relativos a las tierras y a la paz, confirmados por el Congreso, se imprimieron copiosamente para que circularan en todo el país, a cuyo efecto se buscó la cooperación de los delegados del ejército, de los que venían de los pueblos, y de propagandistas especiales destinados a las trincheras y a las provincias del interior.

Entretanto, proseguía la organización y armamento de la Guardia Roja, que junto con la guarnición y los marinos, desempeñaba las arduas tareas de la vigilancia y la custodia.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo iba adueñándose sucesivamente de los organismos oficiales, y en todos ellos encontraba la resistencia pasiva de los empleados de alta y mediana categoría. Los antiguos partidos soviéticos, por su lado, hacían cuanto les era dable para buscar el apoyo de esos elementos burocráticos y para entorpecer la marcha de la nueva administración. Nuestros enemigos tenían la certeza de que éramos una nube de estío. Duraríamos uno o dos días, a lo sumo, una semana… Los cónsules y empleados de las embajadas fueron al Instituto Smolny, llevados en parte por el apremio de sus atenciones oficiales, pero en parte también por mera curiosidad. Los corresponsales de periódicos acudían con sus libros de apuntes y sus máquinas fotográficas. Se apresuraban, pues creían que aquella actualidad era muy pasajera. En la ciudad reinaba el orden más perfecto. Los marineros, soldados y Guardias Rojos se conducían con una disciplina ejemplar y mantenían el orden revolucionario más estricto. Nuestros enemigos abrigaban el temor creciente de que la «actualidad episódica» continuara durante largo tiempo, y no tardaron en organizar su primer ataque al nuevo gobierno. La iniciativa emanaba de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques, hombres que en períodos anteriores se habían mostrado bien poco dispuestos a asumir la responsabilidad íntegra del poder. Como consecuencia de su situación política de intermediarios, se contentaban con el

papel de segundones de la coalición. Eran a la vez auxiliares, críticos, oposicionistas benévolos y apologistas de la burguesía. En todas las elecciones maldecían concienzudamente a la burguesía liberal, pero en el gobierno vivían unidos estrechamente a ella. Gracias a esta táctica, perdieron completamente la confianza de las clases populares y del ejército en los seis primeros meses de la revolución. No era pues de extrañar, que los acontecimientos de noviembre fueran el coronamiento de su descrédito. Sin embargo, pocas horas antes se creían dueños de la situación. Los jefes bolcheviques quienes ellos perseguían, estaban obligados a vivir fuera de la *legalidad* y a ocultarse como en los tiempos del zarismo. El poder era de los perseguidos de la víspera, y los ministros, así como sus auxiliares, se veían en cambio privados de toda influencia. Naturalmente, se negaban a aceptar que ese cambio súbito de condiciones fuese el principio de una nueva época. Se esforzaban por convencerse a sí mismos de que todo ello era un mero accidente, obra de malas inteligencias y confusiones, para cuya rectificación bastaría una serie de discursos enérgicos y de artículos acusatorios. Pero a cada momento, sus pasos eran más difíciles y los obstáculos se les amontonaban en el camino. De ahí el odio ciego y feroz que nos profesan.

Los políticos burgueses no tenían muchos deseos de presentarse en la línea de fuego. Se contentaban con empujar a los socialistas revolucionarios y mencheviques que, en su lucha contra nosotros, habían adquirido aquella energía de que tan tristemente se les vio privados cuando compartían el poder como subalternos. Sus órganos periodísticos prodigaban rumores alarmantes y escandalosos. Hacían apelaciones al pueblo, invitándolo a que destruyese el nuevo estado de cosas. Organizaron a los burócratas y a la oficialidad para contrarrestar nuestras disposiciones. Durante los días 9 y 10 de noviembre, siguieron llegando telegramas amenazadores, procedentes de los centros militares, de las asambleas municipales y locales, y del Comité Directivo de Ferrocarriles.

La avenida Nevski, arteria principal de la vida burguesa de Petrogrado, se animaba por momentos. La juventud despertaba de su letargo, y, excitada por la prensa, hacía una enérgica propaganda callejera contra el Soviet. Esa juventud burguesa, auxiliada por los alumnos de las escuelas militares, se propuso desarmar a la Guardia Roja, y comenzó a hacerlo.

De vez en cuando se disparaba en las calles contra los Guardias Rojos y los marineros. La Oficina Central de Teléfonos cayó en poder de los alumnos, quienes atacaron también el Telégrafo y el Correo. Por último, supimos que

tres automóviles blindados estaban en manos de un núcleo militar hostil a nosotros. Evidentemente, los burgueses levantaban la cabeza.

La prensa anunciaba que se aproximaba el momento de nuestra caída.

Logramos interceptar ciertas órdenes, por las que tuvimos conocimiento de que se había formado una organización militar contra el Soviet de Petrogrado, y que tenía a su frente un *Comité de Defensa Revolucionaria*, creación del Consejo Municipal y del antiguo Comité Ejecutivo Central, organismos donde tenían preponderancia los socialistas revolucionarios de la derecha y los mencheviques. El Comité de nueva creación disponía de estudiantes y oficiales de tendencias contrarrevolucionarias que, ocultos tras de los coalicionistas, pretendían dar un golpe de muerte al gobierno soviético.

25. EL LEVANTAMIENTO DE LOS ALUMNOS MILITARES

La Escuela militar y la de Ingenieros eran el núcleo de las organizaciones contrarrevolucionarias, pues en esos establecimientos había grandes cantidades de armas y municiones, y de allí partía todo movimiento contra las instituciones revolucionarias. La Escuela militar fue rodeada por la Guardia Roja y los marineros, quienes enviaron un parlamentario para pedir la entrega de las armas y municiones. Los sitiados contestaron rompiendo el fuego. Los sitiadores se proponían sólo ganar tiempo. Entretanto, aumentaba la afluencia de gente. Los transeúntes caían de vez en cuando, heridos por una bala perdida. La escaramuza se prolongaba indefinidamente, y amenazaba con producir un efecto depresivo en las fuerzas revolucionarias. Se imponía la urgencia de medidas enérgicas. El oficial B…,a quien se había confiado el mando de la fortaleza Pedro y Pablo, recibió instrucciones y facultades para proceder al desarme de los rebeldes. El jefe de estas operaciones rodeó completamente la Escuela militar, llevó automóviles blindados y situó baterías. Hecho todo esto, envió una intimación formal de rendirse en el plazo de diez minutos. La respuesta fue una descarga desde las ventanas. Pasados los diez minutos, B… dio la orden de romper el fuego de artillería. A los primeros cañonazos se abrió una ancha brecha en los muros del edificio, y los sitiados se rindieron, aunque algunos de ellos intentaron huir, sin dejar de hacer fuego contra sus perseguidores.

Pronto se vieron las manifestaciones de la exasperación y amargura propias de las guerras civiles. Es indudable que los marineros cometieron actos individuales de crueldad con los rendidos.

Posteriormente, la prensa burguesa acusó al gobierno soviético de inhumanidad y salvajismo. Pero no dijo una cosa; calló que la Revolución del 7 al 8 de noviembre se había desarrollado sin un solo disparo, sin una sola víctima, y que la contrarrevolución burguesa, arrojando su propia juventud al

fragor de la guerra civil, era causante de las inevitables atrocidades posteriores.

Los acontecimientos del 11 de noviembre crearon un nuevo espíritu en el pueblo de Petrogrado. La lucha se hizo trágica. Nuestros enemigos acabaron por comprender que la cuestión era más seria de lo que suponían, y que el Soviet no estaba dispuesto a entregar el poder del que se había adueñado, sólo porque así se lo pidiesen la prensa burguesa y un grupo de oficiales.

La destrucción de los gérmenes contrarrevolucionarios fue proseguida con gran intensidad. Los enemigos quedaron desarmados en su gran mayoría, y los que habían tomado parte en el levantamiento pasaron presos a la fortaleza Pedro y Pablo o a Kronstadt. Se suprimió la prensa que había incitado públicamente a la insurrección contra el Soviet. También se ordenó la captura de algunos jefes de los antiguos partidos soviéticos, cuyos nombres figuraban en las órdenes contrarrevolucionarias interceptadas. Después de esto, cesó en la capital toda resistencia armada.

Pero siguió la lucha contra la huelga de brazos caídos de los funcionarios y empleados, cuerpos técnicos del gobierno y otros elementos administrativos. Éstos, aun cuando de acuerdo a sus salarios son miembros de la clase oprimida, pertenecen por su espíritu a la burguesía. Sirvieron lealmente al Estado en los tiempos del zarismo, y continuaron con la misma adhesión cuando el poder pasó a manos del imperialismo burgués. Después, en el siguiente período revolucionario, prestaron sus conocimientos y su habilidad técnica al gobierno de coalición. Cuando los obreros, soldados y campesinos arrojaron de su sitio a las clases explotadoras y se propusieron tomar a su cargo la dirección de los negocios, los burócratas y militares se rebelaron y negaron toda cooperación al nuevo gobierno. Con el tiempo, la huelga de brazos caídos se generalizó, dirigida por los socialistas revolucionarios y los mencheviques, y sostenida con los fondos que proporcionaban las embajadas de los aliados.

26. LA MARCHA DE KERENSKY A PETROGRADO

La creciente estabilidad del poder soviético en Petrogrado hizo que los grupos de la clase media pusieran todas sus esperanzas en el auxilio militar por fuera de la población. La Agencia Telegráfica de Petrogrado, el Telégrafo de Ferrocarriles y la Estación Radiotelegráfica de Zarskoie-Selo[85] enviaban mensaje tras mensaje en los que se comunicaba el avance de grandes masas armadas contra Petrogrado para sofocar la rebelión y restablecer el orden.

Kerensky había huido hacia el frente de batalla y los periódicos burgueses anunciaban que tenía incontables tropas, listas para luchar contra los bolcheviques.

Nosotros estábamos aislados de las provincias, pues como se ha dicho, las líneas telegráficas no transmitían nuestros mensajes. En cambio, los soldados que llegaban diariamente del campo de batalla, en grupos de decenas y centenas, decían invariablemente, hablando en nombre de los regimientos, divisiones y cuerpos de ejército:

> *«No teman nada de parte de los soldados del frente; todos están con ustedes; den sus órdenes, y enviaremos una división o un cuerpo de ejército para que los apoyen».*

Los de abajo estaban con nosotros, en efecto, y sólo se nos oponían los miembros de la alta oficialidad, como pasaba en la burocracia. Varias secciones de nuestro ejército, formado por millones de hombres, quedaron aisladas entre sí. Y a su vez, nosotros estábamos aislados de las provincias. Sin embargo, las noticias del poder que había adquirido el Soviet de Petrogrado y de sus decretos, se extendían a pesar de todos los obstáculos, y provocaban la insurrección de los centros similares contra las antiguas instituciones.

No tardó en confirmarse el movimiento de Kerensky hacia la capital, y cada día los datos eran más precisos. Por ejemplo, se nos informó de Zarskoie-Selo que se acercaban los cosacos y que ya habían pasado por Luga. En Petrogrado circuló una proclama, firmada por Kerensky y por el general Krasnov[86], en la que se invitaba a la guarnición para que secundase el movimiento de las fuerzas que en breve ocuparían la capital. Sin duda, la rebelión del día 11 estaba relacionada con la empresa de Kerensky, pero se anticipó demasiado, gracias a la energía de nuestras medidas. Fue expedida una orden a la guarnición de Zarskoie-Selo para que intimase sumisión a las avanzadas cosacas, y en caso de negativa, para que las desarmase. Pero la guarnición de Zarskoie-Selo no estaba en condiciones de realizar una ofensiva. Le faltaba artillería, y no había jefes que la mandaran, pues la oficialidad era enemiga del Soviet. Los cosacos se apoderaron de la estación radiotelegráfica de aquel punto, la más poderosa del país, y prosiguieron su avance. Las guarniciones de Peterhoff, Krasnoie-Selo y Gatchina[87] carecían de iniciativa y de resolución.

Después de una victoria sin sangre en Petrogrado, los soldados tenían la convicción de que todo seguiría por el mismo carril en el futuro y que bastaría enviar un agitador hábil a los cosacos para que éstos depusieran las armas. Con discursos y fraternización se había sofocado el movimiento de Kornilov; con agitación y hábiles medidas de ocupación de oficinas, había sido derrocado Kerensky. No extrañará que los jefes soviéticos de Zarskoie-Selo, Krasnoie-Selo y Gatchina, aplicaran estas medidas para dominar a los cosacos del general Krasnov. Pero esta vez, el procedimiento se aplicó sin buen éxito. Los cosacos no se sintieron contagiados por el entusiasmo de las guarniciones y continuaron su avance. En las escaramuzas que hubo entre las vanguardias cosacas y las guarniciones de Gatchina y Krasnoie-Selo, éstas fueron vencidas y desarmadas. Nosotros no teníamos idea de la importancia del contingente de que disponía Kerensky. Hubo quien aseguró que el general Krasnov estaba al frente de diez mil hombres, y otras personas suponían que su fuerza no pasaba de un millar. Según los periódicos y manifiestos del adversario, había dos cuerpos de ejército cerca de Zarskoie-Selo.

También la guarnición de Petrogrado se hallaba perpleja. Apenas conseguida su incruenta victoria, era llamada a combatir contra un enemigo cuya fuerza desconocía y a librar batallas de resultado incierto. El plan de envío de agitadores con proclamas dirigidas a los cosacos se había discutido una y otra vez en las conferencias de la guarnición, pues los soldados consideraban imposible que aquéllos no aprobaran las ideas por cuya victoria

acababan ellos de luchar. Entretanto, las avanzadas cosacas estaban ya muy cerca de Petrogrado, y esperábamos que la lucha decisiva se desarrollaría en las mismas calles de la capital.

Los soldados de la Guardia Roja eran los más animosos. Pidieron armas, municiones y jefes. Pero la máquina militar estaba en el más completo desorden, parte por descuido, y sobre todo, por maliciosas deficiencias. Los oficiales se habían marchado muchos de ellos como fugitivos. Los almacenes constituían un caos, pues era difícil dar con los cartuchos cuando se habían encontrado los fusiles. De la artillería, lo único que podía decirse era que tanto los cañones como los automóviles y proyectiles se hallaban donde nadie podría imaginarlo. A los regimientos les faltaban instrumentos de zapa y aparatos telefónicos de campaña. El Estado mayor revolucionario, que quiso poner orden, tenía que superar los más grandes obstáculos, pues era universal la conjura organizada por el personal técnico. Resolvimos dirigir una apelación a las clases obreras, explicándoles que las conquistas de la revolución estaban en peligro, y que sólo la energía, iniciativa y abnegación del pueblo podrían salvar y consolidar la vida del nuevo régimen. El resultado que alcanzó esta proclama fue instantáneo, y sorprendentes sus consecuencias prácticas. Millares de obreros salieron de la ciudad, y dirigiéndose hacia donde estaban las posiciones de Kerensky, comenzaron a abrir trincheras. Los obreros de las fábricas de armas se dedicaron a trabajar con el mayor ahínco.

Salían cañones y proyectiles de los almacenes, se realizaba activamente la requisa de caballo, las baterías quedaron instaladas, se organizó la comisaría militar, se trató de completar la dotación de máquinas, automóviles y camiones, fueron requisadas todas las existencias de víveres y forrajes, el cuerpo sanitario comenzó a funcionar. En una palabra, los obreros construyeron y prepararon el mecanismo militar que no había acertado a crear con sus órdenes el Estado Mayor revolucionario.

Cuando los soldados vieron las baterías, su espíritu se levantó instantáneamente. Protegidos por la artillería, no consideraban imposible la resistencia contra los cosacos.

La primera línea se componía de la Guardia Roja y los marineros. Algunos oficiales que políticamente no estaban con nosotros, pero que en lo militar se identificaban con sus regimientos, dirigieron las operaciones de los soldados contra los cosacos de Krasnov.

27. EL FRACASO DE KERENSKY

El telégrafo comunicaba a todas las provincias y a los países extranjeros que los bolcheviques habían sucumbido, que Kerensky era dueño de Petrogrado y que había restablecido el orden con mano de hierro.

A la vez, la prensa burguesa de Petrogrado, reanimada por la proximidad de Kerensky, anunciaba la desmoralización de las tropas de la guarnición y el irresistible avance de los cosacos, provistos de una artillería poderosa. Daban por seguro el fin del gobierno bolchevique.

La mayor de las dificultades, como hemos dicho, consistía en la ausencia de organización técnica y de hombres competentes que se encargaran de su funcionamiento. El puesto de Comandante en Jefe era declinado aun por aquellos oficiales que conscientemente seguían a sus soldados. El problema fue finalmente resuelto, después de varias tentativas y mediante una combinación que consistía en la formación de un comité de cinco personas, elegidas por la guarnición, y cuyas funciones eran supremas para todo lo relativo a la lucha contra el elemento cosaco de ataque. Este comité se puso después de acuerdo con el coronel del Estado Mayor, Muraviev, adversario de Kerensky, quien espontáneamente ofreció sus servicios al gobierno soviético[88].

La noche del 12 de noviembre fue muy fría. Muraviev y yo nos dirigimos en automóvil a las posiciones ocupadas por nuestras fuerzas. El camino estaba lleno de carros con víveres y forrajes, cañones y cartuchos. Todo ese inmenso servicio era obra de los trabajadores de varias fábricas. Los destacamentos de la Guardia Roja detenían nuestro automóvil para examinar el pase. Desde los primeros días de la Revolución de Noviembre, se había comenzado a controlar todos los medios de transporte y no se dejaba circular uno sólo sin pases del Instituto Smolny, ya fuera en las calles de la ciudad, ya en los suburbios. La vigilancia de la Guardia Roja era muy escrupulosa. No podía darse una imagen más fiel de la revolución proletaria que el espectáculo de aquellos jóvenes, armados de fusiles, cuyas figuras se destacaban a la luz de las fogatas en la extensión de los campos cubiertos de nieve. Ya había muchas

baterías, y no faltaban proyectiles. En ese mismo día se dio la acción decisiva, entre Zarskoie-Selo y Krasnoie-Selo.

Después de un violento cañoneo, los cosacos retrocedieron atropelladamente. Su avance había sido muy rápido en tanto que no encontraron resistencia. Se les había engañado contándoles mil horrores de los bolcheviques, que tenían el propósito de vender la patria rusa al Káiser. Naturalmente, los cosacos suponían que toda la guarnición de Petrogrado aguardaba ansiosamente su presencia libertadora. La resistencia que encontraron sembró el desorden en sus escuadrones, y echó por tierra los aventurados planes de Kerensky.

La retirada de los cosacos de Krasnov puso nuevamente en nuestras manos la estación radiotelegráfica de Zarskoie-Selo y yo la utilicé inmediatamente para comunicar la noticia de la victoria. He aquí el texto de mi telegrama:

Cuartel General, en Pulkovo**[89]**.
A las 2,10 de la mañana.

«La noche del 2 al 3 de noviembre será histórica. La tentativa de Kerensky para llevar tropas contrarrevolucionarias a la capital, centro de la revolución, ha sufrido un completo fracaso. Kerensky, emprende la retirada. Nuestras fuerzas avanzan. Los obreros, soldados y marineros de Petrogrado acaban de demostrar que están resueltos a sostener con las armas el poder de la democracia obrera y que saben hacerlo. La burguesía se propuso aislar al ejército revolucionario; Kerensky pretendió aplastarlo con la bota de los cosacos. Una y otra tentativa fracasaron desastrosamente.

»La gran idea del supremo poder de la democracia obrera y campesina es el estímulo de entusiasmo para el ejército y la coraza de acero con que se reviste su voluntad. Todo el país verá que el poder soviético no es efímero, sino que constituye un hecho irrefutable: el régimen de los obreros, soldados y campesinos. La derrota de Kerensky es la derrota de la burguesía, de los terratenientes y de los kornilovistas. La derrota de Kerensky es el restablecimiento de los derechos del pueblo que quiere una vida pacífica y libre; pan, tierra y poder. El destacamento de Pulkovo ha consolidado valientemente la causa de la revolución obrera y campesina. Es imposible volver hacia atrás. Tendremos que luchar, tendremos que vencer obstáculos, tendremos que hacer sacrificios; pero el camino está abierto y la victoria es segura.

»La Rusia revolucionaria y el gobierno de los soviets tienen derecho a enorgullecerse del destacamento de Pulkovo y de su jefe el coronel Walden.

»¡Honor eterno a los que han muerto! ¡Gloria para los paladines de la revolución, para los soldados y oficiales que sirven con fidelidad la causa del pueblo!

»¡Viva la Rusia revolucionaria, popular y socialista!

»Por el Consejo de los Comisarios del Pueblo,

L. Trotsky
13 de noviembre de 1917»

Después supimos que las estaciones radiográficas alemanas habían recibido orden del Estado Mayor de no retransmitir el telegrama anterior.

Este primer paso del gobierno alemán, en relación con los acontecimientos de noviembre, denunciaba el miedo de que dichos acontecimientos causasen una fermentación en el imperio.

Las autoridades austrohúngaras utilizaron ciertos párrafos del despacho y, según nos dijeron luego algunas personas, ése fue el origen de la noticia que corrió por Europa acerca del miserable fracaso de Kerensky.

Había signos de deterioro en las tropas cosacas de Krasnov. Enviaron espías a Petrogrado, y hasta se presentaron algunos delegados en el Instituto Smolny. Unos y otros pudieron ser testigos del orden perfecto que reinaba en la capital, y de que este orden era debido a la guarnición, apoyo del gobierno soviético. Cuando tuvieron conocimiento de tales hechos, los cosacos entraron en una viva agitación, comprendiendo lo absurdo de intentar la toma de una plaza bien defendida, con un millar de hombres a caballo, aun suponiendo que del frente no les llegaran los anunciados refuerzos.

Krasnov se retiró a Gatchina con sus cosacos, y cuando llegamos a ese lugar, un día después, ya los miembros de su Estado Mayor se encontraban de hecho prisioneros, a merced de sus propios soldados. Nuestra guarnición ocupaba las posiciones más importantes en Gatchina. Los cosacos, aun cuando no estaban desarmados, fueron incapaces de oponer resistencia. Sólo deseaban una cosa, y era que se les dejase volver al Don tan pronto como fuera posible, o por lo menos a las trincheras. El palacio imperial de Gatchina presentaba un espectáculo digno de verse. Todas las puertas estaban custodiadas. En las verjas había artillería y automóviles blindados. Las espaciosas cámaras del palacio, en cuyos muros hay tantos cuadros valiosos, se hallaban atestadas de soldados, marineros y guardias. Las pipas, los

capotes y las latas vacías de sardinas se amontonaban en las mesas incrustadas de marfil. El Estado Mayor de Krasnov ocupaba uno de aquellos aposentos. En el suelo había colchones y prendas de ropa. El representante del Comité Militar Revolucionario, que me acompañaba, entró en el cuarto del Estado Mayor de Krasnov, dio con su fusil en el suelo y dijo:

> *«—General Krasnov, usted y su Estado Mayor son prisioneros del Soviet».*

La Guardia Roja se había adueñado de ambas puertas. Kerensky no estaba allí. Había huido, como en el día de los acontecimientos del Palacio de Invierno. El general Krasnov refiere la fuga de Kerensky en la declaración escrita que rindió el día 14. Reproduzco literalmente ese curioso documento:

> *«14 de noviembre de 1917. A las 6 p. m.*
>
> *Serían las 3 de la tarde cuando se me llamó de parte del Comandante General (Kerensky). Estaba muy agitado y nervioso.*
>
> *— General —dijo— usted me ha traicionado. Sus cosacos dicen a voces que van a detenerme y que me entregarán a los marineros.*
>
> *— Sí —le contesté—. Así lo dicen; y me consta que usted no goza de sus simpatías.*
>
> *— ¿Y los oficiales, se expresan en el mismo sentido?*
>
> *— Sí; pero debo añadir que ellos están más descontentos aún.*
>
> *— ¿Qué haré? ¿Cree usted que debo suicidarme?*
>
> *— Como hombre honrado, provéase usted de una bandera blanca, diríjase a Petrogrado, comparezca ante el Comité Revolucionario y discuta la cuestión.*
>
> *— Lo haré, mi general.*
>
> *— Le daré una escolta, y buscaré un marinero que lo acompañe.*
>
> *— No; marineros, no. Usted sabe que aquí está Dibenko*[90].
>
> *— No sé quién es Dibenko.*
>
> *— Mi enemigo.*
>
> *— ¿Y qué le vamos a hacer? Se ha comprometido usted en una aventura muy seria, y debe atenerse a las consecuencias.*
>
> *— Tiene usted razón. Partiré esta noche.*
>
> *— ¿Por qué de noche? Eso sería una fuga. Vaya usted ostensiblemente, y con calma. Debe usted convencer a todo el mundo de que no pretende huir.*

— Muy bien. Lo único que le ruego a usted es que me acompañen personas de confianza.

— Convenido.

Yo salí, llamé a un cosaco del 10.º regimiento del Don, y le encargué que escogiese ocho camaradas para que escoltasen al Comandante General.

Media hora después se presentaron los cosacos, y me dijeron que no encontraban a Kerensky por parte alguna del edificio. Aseguraban que había huido. Yo di la voz de alarma, y se envió en su busca. No creo que haya podido salir de Gatchina, y probablemente se encuentra oculto aquí.

El general de brigada Krasnov,
Comandante del 11.º Cuerpo»

Así acabó la aventura.

Sin embargo nuestros adversarios no querían dar el brazo a torcer ni aceptaban que la cuestión gubernamental estuviese resuelta. Conservaban la esperanza de que el frente les apoyaría.

Los jefes de los antiguos partidos soviéticos Chernov, Tseretelli, Avksentiev, Gotz y otros, uno a uno, se dirigieron hacia el frente para negociar con los Comités del Ejército reunidos en el cuartel general de Dujonin[91]. Invitaban a la resistencia, y según la prensa llegaron hasta intentar la formación de un ministerio allí mismo. Pero todo quedó en palabras. Los antiguos Comités del Ejército habían perdido toda influencia, y los soldados de las trincheras se reunían febrilmente en conferencias para proceder a nuevas elecciones de los organismos militares. El régimen soviético salía triunfante de todas esas juntas.

Nuestros destacamentos avanzaban por ferrocarril de Gatchina a Luga y Pskov. Allí encontraron muchos trenes de cosacos y gente de confianza para la contrarrevolución, que si no habían sido llamados por Kerensky, habían sido enviados por los generales. Hubo una colisión entre nuestras tropas y uno de esos destacamentos.

Pero el hecho careció de importancia, pues la mayoría de los delegados del frente que acudían a Petrogrado se entendían con las tropas de la guarnición y no llamándose a engaño, declaraban categóricamente que no se batirían para derrocar la autoridad de los obreros y soldados.

28. DIVERGENCIAS INTERIORES

La lucha para el establecimiento del régimen soviético se extendía por todo el país. En Moscú fue especialmente encarnizada y sangrienta. Esto se debió tal vez a que los jefes del movimiento no lo iniciaron con la resolución que reclama toda ofensiva.

En las guerras civiles, más que en las otras, la victoria es siempre fruto de una acometida pronta y persistente. Nada hay tan peligroso como la vacilación; las negociaciones tienen muchos escollos; la contemporización es un suicidio. Conviene tener presente que el pueblo jamás ha estado en posesión del poder, sino sujeto a lo opresión de las otras clases, y que carece por lo mismo de esa confianza política en sí mismo, que es condición de la victoria. La vacilación en los centros revolucionarios trasciende al pueblo bajo la forma de apocamiento. Sólo cuando el partido revolucionario corre firme y resueltamente hacia su meta, despoja al pueblo de los hábitos de esclavo formados en el larguísimo transcurso de los siglos, y lo lleva a la victoria. Sólo una ofensiva resuelta produce los resultados que busca la revolución, con un mínimo de desgaste y de sacrificios.

Pero precisamente la dificultad estriba en llegar a las concepciones tácticas que la situación reclama. La falta de confianza del pueblo en sí mismo y su inexperiencia política obran por reacción en los jefes, a quienes por otra parte no cesa de rodear la poderosa influencia de la opinión burguesa.

La simple idea de que se estableciese un gobierno de obreros, llenó de odio y despecho a los liberales burgueses. Sus sentimientos encontraban eco fiel en los numerosos periódicos de que disponían. Después de esos elementos, venían los *intelectuales* que, a pesar de su decantado radicalismo y de la tintura socialista de sus ideas eran interiormente de un profundo servilismo por lo que respecta a la fuerza y a las capacidades de la burguesía. Todos esos intelectuales, vestidos con el plumaje del socialismo, se agruparon en la derecha y declararon que la consolidación del régimen soviético era el fin del mundo.

La vieja burocracia siguió en pos de los profesores. Todo este personal, administrativo y técnico vive material y moralmente de las migajas que los burgueses dejan caer de sus mesas.

La oposición de las clases mencionadas era pasiva por naturaleza, sobre todo después de haber sucumbido la rebelión de los oficiales del ejército; pero precisamente por ser pasiva, revestía un carácter formidable. No podíamos dar un solo paso sin encontrar que la cooperación era imposible. O bien se ausentaban los empleados, o quedándose en sus puestos, permanecían cruzados de brazos. Nos negaban el acceso a los archivos y los fondos de que habíamos menester. Los telefonistas no establecían la comunicación. Los telegrafistas retardaban nuestros mensajes o alteraban su sentido. No encontrábamos traductores, taquígrafos ni aun copistas. Todo esto creaba una atmósfera tan densa en nuestro campo, que muchos de los nuestros, aun entre los jefes, comenzaron a dudar que las clases obreras pudieran mantenerse al frente de los negocios públicos y mover el mecanismo gubernamental contra la resistencia de los burgueses. Se nos aconsejaba una transacción; ¿pero con quién íbamos a hacerla? Si la intentábamos con el liberalismo burgués, caeríamos en la pasada coalición, causa de que el movimiento revolucionario se hubiese empantanado. La insurrección del 7 de noviembre había sido sólo un acto de legítima defensa por parte de las masas populares, después del período de impotencia y traición representado por el coalicionismo. La única coalición que aún quedaba por experimentar era la que podría formarse en las filas de la llamada democracia revolucionaria, es decir, la de los partidos soviéticos. Ésa era la coalición que habíamos propuesto virtualmente desde el principio, en el Segundo Congreso de los Soviets, el 7 de noviembre. El gobierno de Kerensky había sido derribado justamente en esa ocasión, y nosotros propusimos a la asamblea encargarnos del poder. Pero las derechas y las izquierdas se alejaron de nosotros y metiéndose en el edificio, atrancaron la puerta. No podían en verdad hacer otra cosa, pues constituían una fracción mínima de la representación reunida en el Congreso. Carecían de apoyo en las masas populares, y aun aquellos elementos que por su apatía les habían servido de sostén, avanzaban gradualmente hacia nosotros. Una coalición con la derecha socialista revolucionaria y menchevique no habría dado mayor amplitud social a la base del gobierno soviético y, por el contrario, habría introducido en su personal elementos de desmoralización, dominados por el escepticismo político y por la adoración al liberalismo burgués. Toda la fuerza de la nueva autoridad radicaba en las afirmaciones extremas de su programa y en la determinación con que procedía a aplicarlas. Ligarse con los

grupos de Chernov y Tseretelli hubiera significado tanto como atarse de pies y manos y perder para siempre la confianza pública.

Nuestros afines más inmediatos de la derecha eran los llamados socialistas revolucionarios de la izquierda. En general, estaban dispuestos a una cooperación, ayudándonos bajo la condición de que se formase un gobierno de coalición socialista. El Comité Central de la Unión de Ferrocarriles, el de Empleados de Correos y Telégrafos, y la Unión de Funcionarios Administrativos del Estado se declararon enemigos del bolchevismo. Algunos de los jefes de nuestro partido abogaban por la conciliación con esas asociaciones. ¿Pero sobre qué bases podía hacerse el pacto? Los organismos mencionados, hijos del antiguo régimen, se habían sobrevivido a sí mismos. Las relaciones que mantenían con las clases subalternas de las Uniones, eran las mismas que habían establecido los Comités del Ejército con los soldados en las trincheras. La historia había trazado una profunda línea de separación entre las capas superiores y las inferiores. Una alianza con organismos caducos, hecha fuera del terreno de los principios, estaba condenada de antemano a un seguro fracaso.

Para sobreponernos a la resistencia pasiva y a las pretensiones aristocráticas de las capas superiores no había otro medio que buscar con toda franqueza el apoyo de las masas, y lo hicimos abandonando a los socialistas revolucionarios el vano empeño de proponer bases para una transacción. Nuestra política consistía en todo lo contrario: movilizar las fuerzas trabajadoras de la capa inferior contra los organismos que habían apoyado el régimen de Kerensky. Este programa de intransigencia causó ciertas discrepancias de opinión en el seno de nuestro partido, e incluso hubo disidentes. En el Comité Ejecutivo Central, la izquierda socialista revolucionaria protestó contra la severidad de las medidas adoptadas por el nuevo gobierno e insistió en la necesidad de transigir. La protesta fue sostenida por una parte de los bolcheviques, y renunciaron tres Comisarios del Pueblo, separándose del gobierno. Algunos otros miembros activos del partido se manifestaron fundamentalmente solidarizados con los que habían renunciado. Esto causó la más profunda impresión en algunos círculos intelectuales y burgueses. Era evidente que los bolcheviques, a quienes no pudieron aplastar los alumnos militares y los cosacos de Krasnov, perecerían por obra de la propia descomposición interna de su partido. Sin embargo, las masas no se dieron cuenta de la sedición, y apoyaron unánimemente al Consejo de los Comisarios del Pueblo, no sólo contra la conjura reaccionaria

y la huelga de brazos caídos, sino contra todos los escépticos y contra todos los consejeros que proponían transacciones.

29. LA SUERTE DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Cuando terminada la aventura de Kornilov, algunos grupos soviéticos preponderantes hicieron una tentativa de rectificación de su conducta, benévola hacia la burguesía contrarrevolucionaria, propusieron la inmediata convocatoria de una Asamblea Constituyente. Kerensky, salvado por el Soviet del abrazo mortal de su cómplice Kornilov, tuvo que ceder y aceptar esa iniciativa. La Asamblea fue convocada para los últimos días de noviembre. Pero las circunstancias habían variado tanto que no se podía contar con la reunión de la Asamblea como con una cosa cierta. En efecto, la desorganización era general en el frente y el número de las deserciones aumentaba diariamente. Los soldados amenazaban con el abandono total de las trincheras, separándose por regimientos y cuerpos de ejército, cuyo paso en el interior tenía que marcarse con una huella de devastación.

La ocupación de tierras y de ganados en los distritos rurales había tomado proporciones gigantescas, y para impedirla se proclamó la ley marcial en muchos de esos distritos.

El ejército alemán avanzaba. Después de la toma de Riga, amagó a Petrogrado. La derecha burguesa se regocijaba viendo en peligro la capital revolucionaria. Las oficinas públicas se trasladaban a otras ciudades, y Kerensky tenía la intención de establecer el centro del gobierno en Moscú.

Todos estos hechos posponían la reunión de la Asamblea Constituyente, que era ya una posibilidad remotísima, casi improbable.

Consideradas así las cosas, el movimiento de fuerza de noviembre puede juzgarse como la salvación. Cuando decíamos que el camino hacia la Asamblea Constituyente no pasaría por el Parlamento Provisional de Tseretelli, sino por el Soviet, hablábamos con toda sinceridad. Pero tantos dificultades y aplazamientos de la Asamblea Constituyente no podían dejar de haber producido efecto en la idea. Anunciada desde los primeros días de la revolución, se realizaba después de ocho o nueve meses de lucha encarnizada

entre clases y partidos. Llegaba, pues, muy tarde, si se quería que su acción fuese constructiva. La inutilidad intrínseca del proyecto estaba predeterminada por un hecho que pudo parecer de pequeña importancia en los primeros tiempos, pero que más tarde afectó de un modo muy profundo el ser mismo de la Asamblea.

Durante las primeras fases de la revolución, el Partido Socialista Revolucionario había sido numéricamente el más fuerte. Mencioné ya su estado amorfo y su composición social irregular. La revolución había marchado irresistiblemente en el sentido de una diferenciación interna de los grupos que llevaban una bandera *populista*. La izquierda de este partido, representante de una porción de obreros industriales y de masas campesinas paupérrimas, se distanciaba más y más del resto, y llegó a situarse en una oposición irreconciliable respecto de los jefes que en el socialismo revolucionario representaban la burguesía media e inferior. Pero la inercia de la estructura y las tradiciones del partido retardaron la inevitable sedición.

Como es bien sabido, el sistema proporcional de elecciones se basa en listas de partido. Ahora bien; las listas fueron hechas dos o tres meses antes de la Revolución de Noviembre, y los nombres de los socialistas revolucionarios de la derecha y de la izquierda figuraban confundidos en ellas, bajo una sola bandera que los amparaba indistintamente. A eso se debió que cuando ya los socialistas revolucionarios de la derecha encarcelaban a los socialistas revolucionarios de la izquierda, y cuando éstos se unían a los bolcheviques para derrocar el gobierno del socialista revolucionario Kerensky, las antiguas listas mantenían toda su validez, y los campesinos votaban según ellas, o en otros términos, votaban a la vez por Kerensky y por los conspiradores que pretendían derrocar a Kerensky.

Los meses anteriores a la Revolución de Noviembre se caracterizaron por una continua orientación de las masas hacia la izquierda, y un ingreso constante de los obreros, soldados y campesinos en las filas del bolchevismo. Durante el mismo período, el proceso era idéntico en el seno del Partido Socialista Revolucionario, pues la izquierda crecía a medida que la derecha se debilitaba. Sin embargo, las tres cuartas partes de los nombres que figuraban en las listas electorales del Partido Socialista Revolucionario pertenecían a los antiguos jefes de la derecha, cuya reputación revolucionaria había naufragado completamente por su unión con la burguesía liberal. A esto debe agregarse que las elecciones se efectuaron en las semanas siguientes a la Revolución de Noviembre. Las noticias de los cambios ocurridos se iban propagando lentamente por provincias, cada vez en círculos más extensos, pasando de las

ciudades a los pueblos y a las aldeas. En muchos distritos, las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo ocurrido en Petrogrado y en Moscú. Votaban por *Tierra y Libertad* en las representaciones de Comités Agrarios, que seguían la bandera *populista*. En efecto, votaban a Kerensky y Avksentiev, es decir, por los gobernantes que disolvían esos mismos Comités Agrarios y que decretaban la captura de sus miembros. El resultado era una paradoja política inverosímil: uno de los partidos que debía disolver la Asamblea Constituyente, es decir la izquierda socialista revolucionaria, era elegido en las mismas listas del partido de mayoría de la Asamblea. Los hechos referidos demuestran que esa Asamblea Constituyente era un producto tardío extraño a la realidad de los conflictos de partido y a sus diferenciaciones. Examinemos ahora la cuestión desde el punto de vista de los principios.

30. LOS PRINCIPIOS DEMOCRÁTICOS Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Como marxistas, jamás hemos sido partidarios del formalismo democrático. En una sociedad dividida en clases, las instituciones democráticas, lejos de anular la lucha de unas clases contra otras, no hacen sino dar a los intereses de esas clases una forma imperfecta de expresión. Las clases pudientes tienen siempre a su disposición millares de medios para alterar y adulterar la voluntad de las clases laboriosas. En tiempos de revolución, las instituciones democráticas son todavía menos adecuadas para servir de expresión a las luchas de clase. Marx llamó a la revolución *la locomotora de la historia*. Una lucha franca y directa por la conquista del poder capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasar rápidamente de un estadio a otro en el proceso de su evolución mental. La pesada máquina de las instituciones democráticas no puede seguir ese rápido movimiento y tienen un retraso tanto mayor cuanto más vasto es el país y más imperfecto el material técnico de que dispone la democracia.

Los socialistas revolucionarios de la derecha formaban la mayoría de la Asamblea Constituyente.

Según las prácticas parlamentarias, a ellos les correspondía encargarse del gobierno. Pero los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido ocasión de ser gobierno desde que comenzó el período revolucionario hasta el movimiento de noviembre, y no lo habían intentado, sino que antes bien pusieron la parte del león en manos de la burguesía liberal, con lo que perdieron el último vestigio de influencia entre los elementos más revolucionarios del pueblo, justamente cuando se veían de pronto obligados a formar gobierno, dado que eran mayoría en la Asamblea Constituyente. Las clases trabajadoras y la Guardia Roja tenían una profunda aversión contra los socialistas revolucionarios de la derecha. La gran mayoría del ejército apoyaba a los bolcheviques. Los elementos revolucionarios de los campos y

aldeas repartían sus simpatías entre los socialistas revolucionarios de la izquierda y los bolcheviques. Los marineros, tan destacados en todos los episodios de la revolución, eran casi unánimes en su aceptación de nuestros principios. Los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido que dejar, en efecto, las juntas soviéticas, centro de la autoridad suprema, antes de que se reuniese la Asamblea Constituyente. ¿En qué se basaría un gabinete de ese grupo? Lo sostendrían sin duda los campesinos ricos, los intelectuales y la vieja burocracia. Acaso podría contar temporalmente con la clase media. Pero en el caso más favorable carecería de toda apariencia material del poder. En los centros de la vida política tales como Petrogrado, habría encontrado una resistencia ilimitada. Si de acuerdo con la lógica de las instituciones democráticas, las organizaciones soviéticas hubieran entregado el poder al partido de Kerensky y Chernov, el nuevo gobierno, desacreditado e impotente, no habría producido otro resultado que aumentar la confusión en el país, sin evitar por eso una caída estrepitosa al cabo de tres o cuatro semanas. Los grupos soviéticos resolvieron evitar aquella complicación inútil, reduciendo al mínimo la experiencia histórica que se les presentaba, y disolvieron la Asamblea Constituyente el mismo día de su primera reunión. Esto ha sido causa de graves acusaciones contra nuestro partido. No puede negarse que la disolución de la Asamblea Constituyente produjo una impresión muy desfavorable en los grupos dirigentes de los partidos socialistas occidentales, y que un acto necesario, políticamente inevitable, fue presentado como obra de la tiranía partidista y de la arbitrariedad sectaria. Kautsky[92], con su invariable pedantería, explicó en una serie de artículos las relaciones mutuas entre el socialismo revolucionario y la democracia. Pretendió demostrar que el cumplimiento del principio democrático ha sido siempre favorable a las clases trabajadoras. Esto es verdad en términos generales y tomando los hechos en conjunto; pero Kautsky redujo una verdad histórica a una vulgaridad profesional. Si es verdad que siempre resulta ventajoso para el proletariado llevar a las últimas consecuencias la lucha de clases, y aún ejercer su dictadura, dentro del cuadro de las instituciones democráticas, no es verdad que la historia presente invariablemente circunstancias propicias para combinaciones de ese tipo. La teoría de Marx no implica de ningún modo que los acontecimientos creen condiciones «ventajosas» para el proletariado. Hoy es difícil decir cuál habría sido el curso de la revolución, si la Asamblea Constituyente se hubiera formado en el segundo o tercer mes del nuevo régimen. Probablemente los socialistas revolucionarios y mencheviques, predominantes a la sazón, se habrían

hundido en el descrédito, juntamente con la Asamblea, no sólo a los ojos de los grupos soviéticos, sino ante las masas populares más atrasadas, cuya suerte hubiera estado ligada por fuerza, no al sovietismo, sino a la Asamblea Constituyente. En tales circunstancias, la disolución de este cuerpo habría sido seguida de nuevas elecciones, evidentemente favorables a la izquierda. Pero el curso de los acontecimientos tomó otro rumbo. Las elecciones para la Asamblea Constituyente se hicieron nueve meses después de iniciada la revolución, y en aquel momento la lucha de clases alcanzaba tal grado de intensidad que rompió el recipiente democrático por presión interna de su contenido.

El proletariado arrastró en pos suyo al ejército y a las masas inferiores de los campesinos. Tanto los agricultores como los soldados se hallaban en estado de violenta rebelión contra la derecha socialista revolucionaria. Sin embargo, gracias a la pesadez e ineficacia de las elecciones democráticas, el socialismo revolucionario obtuvo mayoría en la Constituyente[93], y ésta fue en realidad representativa de la opinión dominante durante el período anterior a las jornadas de noviembre. La contradicción no podía resolverse dentro del marco de la democracia y sólo un pedante político incapaz de comprender la lógica revolucionaria de las relaciones de clases, podía predicarle al proletariado, contra la evidencia resultante de los acontecimientos de noviembre, que aplicase las perogrulladas de las ventajas inherentes a la democracia para el mejor éxito de la lucha de clases.

La historia quiso plantear el problema en forma mucho más concreta y aguda. La Asamblea Constituyente, por su composición, tenía que entregar las riendas del poder al grupo Chernov-Kerensky-Tseretelli. ¿Eran estos hombres capaces de guiar a la Revolución? No. El contenido material de la revolución, que era una lucha de clases, entró en conflicto con sus formas democráticas. Esto marcaba de antemano la suerte de la Asamblea constituyente, y su disolución aparecía como la única operación quirúrgica aplicable.

Nosotros no éramos autores de la contradicción interna en que se basaban los hechos, producto fatal de los acontecimientos anteriores.

31. LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

En una sesión histórica, el Segundo Congreso de los Soviets adoptó el famoso decreto relativo a la paz.

El poder soviético estaba entonces consolidándose en los centros más importantes del país, y fuera de ellos, el número de las personas que confiaban en ese poder era de lo más insignificante.

Nuestros decretos fueron aprobados por unanimidad, pero para muchas personas su significación tenía un aspecto de simple opinión.

Los partidarios de la transacción decían en todas partes que nuestro voto carecía de eficacia práctica, puesto que los imperialistas alemanes no negociarían con nosotros, ni aun se dignarían a tomarnos en cuenta. Por otra parte, nuestros aliados nos declararían la guerra por haber abierto negociaciones de paz separada.

El decreto fue adoptado el 8 de noviembre, cuando Kerensky y Krasnov estaban a las puertas de Petrogrado, y el 20 de noviembre comunicábamos telegráficamente por radio nuestra propuesta de paz general, tanto a los aliados como a los enemigos. La única respuesta de aquéllos fue dirigir amonestaciones al general Dujonin, por medio de sus agentes militares. Decían que si dábamos otro paso más en el sentido de las negociaciones, sufriríamos serias consecuencias. Nosotros replicamos el 24, dando a conocer un manifiesto destinado a todos los obreros, campesinos y soldados, en el que declarábamos nuestra firme resolución de no permitir que la sangre rusa corriera por acatar las órdenes de una burguesía extranjera. Desdeñábamos las amenazas del imperialismo occidental, y asumíamos la total responsabilidad de nuestra política de paz ante la clase obrera internacional.

Lo primero que hicimos, para cumplir nuestros compromisos anteriores, fue publicar los tratados secretos y declarar que repudiábamos todo lo que en ellos se opusiese a los intereses de las masas trabajadoras de cualquier parte del mundo. Los gobiernos capitalistas intentaron desvirtuar ese acto, oponiendo falacias a cada una de nuestras revelaciones, pero el pueblo de todos los países nos comprendió y aprobó la conducta que seguíamos. Ni uno

solo de los periódicos del socialismo patriótico se atrevió a protestar contra el cambio radical que el gobierno de obreros y campesinos efectuaba en los métodos tradicionales de la diplomacia, repudiando sus pérfidas y dañosas intrigas. Toda nuestra diplomacia se basó en el propósito de instruir a las masas, abriéndoles los ojos para que conociesen la verdadera política de sus respectivos gobiernos y para unificar el sentimiento de todas ellas en un odio general y en una lucha contra el régimen del capitalismo burgués. La prensa burguesa de Alemania nos acusó de entorpecer las negociaciones, pero los pueblos escuchaban el diálogo de Brest-Litovsk, y durante los dos meses y medio que tardaron esas negociaciones, prestamos a la causa de la paz un servicio reconocido aun por honrados adversarios nuestros. En efecto, por primera vez se planteaba la cuestión de una paz sin que hubiese tergiversaciones engañosas entre bastidores.

El 5 de diciembre firmamos el convenio para la suspensión de las hostilidades en todo el frente, desde el Báltico hasta el mar Negro. Una vez más, hicimos un llamamiento a los aliados, invitándolos a que se nos uniesen para que las negociaciones se sustanciaran en una sola conferencia. No se nos dio respuesta alguna, aunque en esta ocasión ya no recibimos amenazas.

Las negociaciones de paz comenzaron el 22 de diciembre, mes y medio después de haberse aprobado el decreto expedido para que se propusieran al enemigo. Este hecho basta para destruir la calumnia sustentada por la prensa socialista de alquiler, traidora a nuestra causa. Ésa prensa dijo, en efecto, que no dimos ningún paso para buscar un terreno de inteligencia con nuestros aliados. Durante mes y medio no cesamos de tenerlos al corriente de todo cuanto hacíamos, y renovábamos nuestras invitaciones para que se nos uniesen. Sobre este punto, nada podrán reprocharnos los pueblos de Francia, Italia y Gran Bretaña. Nuestra conciencia está tranquila. Hicimos cuanto nos fue dado para persuadir a las naciones beligerantes, y si éstas no se unieron a nosotros, si hubo negociaciones de paz separada, la responsabilidad no es nuestra, sino de los imperialistas occidentales y de aquellas agrupaciones políticas rusas que predecían el próximo fin del gobierno de obreros y campesinos, y que instaban a los aliados para que no diesen importancia a nuestra iniciativa de paz.

El día 22, como dije, se abrieron las negociaciones. Nuestros delegados hicieron una declaración de principios, definiendo las bases de una paz general democrática, de acuerdo con los propios términos del decreto expedido el 8 de noviembre. El adversario pidió un aplazamiento de las juntas, y a petición de Kühlmann este aplazamiento se fue prolongando día

tras días. Evidentemente, los delegados de la Cuádruple Alianza se veían muy cohibidos para formular la respuesta que pedía nuestra declaración. Por último la recibimos el día 25. Los diplomáticos de la Cuádruple Alianza aceptaban las bases democráticas de una paz sin anexiones ni indemnizaciones, y reconocían el principio de la libre determinación de los pueblos. Esto era puramente verbal, pero ni aun la adhesión verbal esperábamos. La hipocresía es el tributo que el vicio rinde a la virtud. El hecho que los imperialistas alemanes considerasen necesaria esta pleitesía a nuestros principios democráticos, era para nosotros muy significativo por lo que se refiere al estado interno de Alemania. Pero aun cuando no pasaban de límites moderados nuestras ilusiones respecto de las tendencias democráticas de Kühlmann y Czernin, conocida como nos era la naturaleza de las clases dirigentes de Alemania y Austria, debemos reconocer francamente que no llegó nuestra previsión hasta suponer las proposiciones de los imperialistas alemanes se apartasen tanto de las fórmulas presentadas por Kühlmann el día 25 como una especie de plagio de la revolución rusa. Tanto falta de pudor era, en efecto, el colmo de lo imprevisible.

Las clases obreras de Rusia se impresionaron mucho con la respuesta de Kühlmann, y vieron en ella el miedo de las clases dirigentes de los imperios centrales, frente al descontento y a la creciente Inquietud del pueblo. El día 28 de diciembre, Petrogrado presenció una manifestación gigantesca de obreros y soldados en favor de la paz democrática. Pero a la mañana siguiente, nuestros delegados llegaron de Brest-Litovsk, trayéndonos las rapaces demandas que Kühlmann había presentado en nombre de los imperios centrales, y que se encubrían detrás de sus fórmulas democráticas.

A primera vista, puede parecer difícil comprender lo que esperaba la diplomacia alemana cuando presentó esas famosas fórmulas democráticas, sólo para revelar dos o tres días después el extremo a que llegaban su brutales propósitos. Los debates teóricos acerca de las fórmulas democráticas, iniciados en gran parte por el propio Kühlmann, podían parecer un juego peligroso. No se requería un ingenio muy perspicaz para prever que la diplomacia alemana no saldría coronada de laureles. Todo el secreto de la táctica de Kühlmann radicaba en su convencimiento de que estábamos dispuestos a bailar al son que él nos tocara.

Su pensamiento íntimo era éste: Rusia necesita llegar a la paz, y los bolcheviques no quieren abandonar el poder. Para que los bolcheviques conserven el poder, les es forzoso firmar la paz con Alemania. Verdad era que los bolcheviques habían formulado un programa de paz democrática; ¿pero

para qué son los diplomáticos sino para convertir lo negro en blanco? Los alemanes facilitarían la combinación bolchevique, ocultando el despojo bajo una apariencia democrática. La diplomacia bolchevique tenía un interés muy grande en no profundizar demasiado, hasta poner a prueba la esencia política de sus seductoras fórmulas, o más bien, en no revelar la verdadera naturaleza de esas fórmulas. En suma, Kühlmann abrigaba la esperanza de llegar a, un acuerdo tácito con nosotros. Hablaría nuestro lenguaje y, mediante ese cumplido, entregaríamos provincias y naciones a los imperios centrales. Como no protestaríamos, la anexión violenta quedaría justificada a los ojos de las clases trabajadoras de Alemania, debido a la tácita sanción de la revolución rusa.

Cuando en el curso de las negociaciones hicimos ver claramente que no íbamos a discutir fórmulas huecas ni a colocar trabas que permitiesen engañar impunemente, sino a sentar los cimientos de una convivencia honrada de las naciones, Kühlmann se sintió tan ofendido como si hubiésemos violado maliciosamente un acuerdo tácito. No se apartó ni un ápice de la fórmula del 25 de diciembre. Confiando en su refinada lógica de burócrata legalista, hizo todo lo posible para convencer al Universo de que lo blanco y lo negro no difieren, y de que si nosotros afirmábamos otra cosa era con intención de hacer daño.

El conde Czernin, representante de Austria-Hungría, desempeñó en las negociaciones un papel que no podría calificarse de digno o noble. No era más que un bandido que secundaba a Kühlmann, y que en los momentos críticos llegó a las declaraciones más violentas y cínicas. El general Hoffmann[94] llevaba a las negociaciones una nota reconfortante. No mostraba mucho acatamiento a las delicadezas diplomáticas de Kühlmann, y a veces ponía su bota sobre la mesa en que se discutían intrincadas cuestiones jurídicas. Por nuestra parte, considerábamos que esa bota era la única realidad digna de tomarse en cuenta.

La asistencia de los representantes de la Rada de Kiev en las negociaciones, servía de comodín a Kühlmann. Para la clase media baja de Ucrania, que ocupaba entonces el poder, no había nada más importante que ser «reconocida» por los gobiernos capitalistas de Europa. En un principio, la Rada ofreció su cooperación a los imperialistas aliados, y se le dio una propina. Después envió delegados a Brest-Litovsk para que los gobiernos austroalemanes reconociesen como legítimo su nacimiento, a espaldas de los pueblos de Rusia. Desde sus primeros pasos en las «relaciones» internacionales, los diplomáticos de Kiev se revelaron poseedores de las

mismas ideas y de la moral que ha caracterizado siempre a los diminutos políticos de los Balcanes.

Los señores Kühlmann y Czernin no tenían una fe muy grande en el aporte que les llevaba aquel socio, pero no se engañaban al pensar que la presencia de un tercero, a la vez que complicaba las negociaciones, daba a éstas un sesgo más favorable para la causa que ellos defendían. No bien se presentaron en Brest-Litovsk los delegados de Kiev, definieron su papel declarando que Ucrania era un Estado de la naciente República Federal de Rusia. Eso creaba una situación embarazosa para los diplomáticos de las potencias centrales, cuyo propósito era la balcanización de la República Rusa[95]. En la segunda conferencia a que asistieron, los representantes de la Rada declararon, por inspiraciones de la diplomacia austroalemana, que desde aquel momento Ucrania no deseaba seguir formando parte de la Federación Rusa, y que, en lo sucesivo, constituiría una república independiente. Para que mis lectores tengan una idea clara de la situación que ocupaba el Gobierno soviético en el último período de las negociaciones, considero conveniente reproducir los principales pasajes del discurso que pronuncié, en mi carácter de Comisario del Pueblo encargado del Departamento de Relaciones Exteriores, en la sesión celebrada por el Comité Ejecutivo Central el 27 de Febrero de 1918.

Discurso del Comisario encargado de la sección de Relaciones Exteriores:

«Camaradas:

La Rusia soviética no sólo está obligada a construir lo nuevo, sino a liquidar lo viejo. Gran parte de sus esfuerzos deben dedicarse a cancelar cuentas atrasadas, y entre otras las de esta guerra, que ha durado ya tres años y medio. La guerra ha sido una prueba terrible para la resistencia económica de las naciones beligerantes. La suerte de Rusia, país pobre y atrasado, estaba predeterminada en una guerra de desgaste. El papel decisivo ha correspondido en último extremo a la aptitud de cada nación de adaptar en breve término su industria, poniéndola al servicio del mecanismo militar, esto es, para producir cada vez con mayor rapidez y en cantidad mayor los elementos de destrucción incesantemente empleados en esta horrorosa matanza de naciones. Durante los primeros tiempos de la guerra, todos los países, o casi todos cuando menos, aun los más atrasados, poseían medios poderosos de destrucción, ya que bastaba pedirlos al extranjero. Todos tenían, pues, esos medios, hasta Rusia. Pero la guerra consumía todos los capitales muertos, y era necesario

renovar las existencias. La potencia militar de cada una de las naciones arrastradas al torbellino de la guerra mundial se medía por la capacidad constructora de cañones, granadas y otros medios de exterminio con los propios recursos y mientras la guerra continuara. Si ésta hubiera resuelto la cuestión de equilibrio de fuerzas en un término breve, hablando teóricamente, habría podido salir victoriosa. Pero la guerra se prolongó, y no por mero accidente. Tenía que ser necesariamente larga, aunque no fuera sino por el mero hecho de que durante medio siglo, toda la política internacional ha estado reducida al establecimiento del llamado equilibrio, esto es, de la igualdad máxima de fuerzas militares entre los adversarios. El primero y el más notable de los resultados de este antecedente tenía que ser el agotamiento de los países más pobres, de los menos desarrollados económicamente.

Militarmente, Alemania era la nación más poderosa, gracias al extraordinario desenvolvimiento de su industria y a la coexistencia de la estructura racional, modernísima, de esa industria, y de su arcaica estructura política. Francia, con su sistema económico ampliamente basado en la pequeña producción, estaba muy lejos de nivelarse con Alemania, y hasta el poderoso imperio colonial de Inglaterra se mostró más débil que Alemania por el carácter conservador y rutinario de sus industrias.

Cuando la voluntad de la historia impuso a Rusia la iniciación de negociaciones de paz, no teníamos la menor duda de que, al no intervenir la fuerza decisiva del proletariado revolucionario universal, habríamos tenido que pagar íntegramente las consecuencias de tres años y medio de guerra. Sabíamos perfectamente bien que el imperialismo alemán era un enemigo consciente de su fuerza colosal, como lo ha manifestado con deslumbradora evidencia durante la presente guerra.

Todos los argumentos de los círculos burgueses que sostienen la superioridad de que hubiéramos dado muestras en el caso de realizar una acción conjunta con nuestros aliados en las negociaciones adolecen de un error fundamental. Para estar unidos a nuestros aliados en las negociaciones de paz, habría sido necesario, en primer lugar, seguir unidos con ellos en la guerra; pero dada la debilidad y el agotamiento de nuestro país, la continuación de la guerra debía producir mayor debilidad y mayor agotamiento. El saldo tenía que presentarse con apremios más imperativos en el caso de la continuación del estado de guerra. Aun suponiendo que hubiera salido victorioso el partido a que nos ligaron las intrigas internacionales del zarismo y de la burguesía —esto es, el partido que encabeza Gran Bretaña— aun suponiendo, digo, que ese partido hubiera salido completamente

victorioso —eventualidad que concedo momentáneamente, y que es improbable—, no se sigue de ello, camaradas, que nuestro país saliera victorioso también, pues dentro de la victoria de sus aliados, Rusia habría quedado en condiciones de mayor ruina y agotamiento que las actuales. Los que llevan la voz en este campo, y los que recogerían el fruto de la victoria —esto es Inglaterra y los Estados Unidos—, habrían empleado con nuestro país los mismos métodos que ha empleado Alemania en las negociaciones de paz. Sería absurdo y pueril estimar la política de los países imperialistas partiendo de otras premisas que las del interés descarnado y la fuerza material. De aquí se deduce que si nosotros, como nación, somos hoy débiles frente al mundo imperialista, no lo somos porque hayamos roto el férreo círculo de la guerra, después de haber sacudido las cadenas de las obligaciones militares; somos débiles, porque nos ha traído a esta condición la política del zarismo y de la burguesía, contra la cual hemos combatido como partido revolucionario, antes de la guerra y después de haber comenzado las hostilidades.

Recordarán, camaradas, las condiciones en que partieron nuestros delegados para Brest-Litovsk, inmediatamente después de una sesión del Tercer Congreso de los Soviets. Les habíamos dicho cuál era el estado de las negociaciones y hasta dónde llegaban las exigencias del enemigo. Recordarán que se nos pedía la anexión disfrazada, o a medio disfrazar, de Lituania, Curlandia, parte de Livonia y las islas del estrecho de Moon-Sound y una indemnización semienmascarada que creíamos ascendería de seis a diez mil millones de rublos. En un intervalo que duró diez días, estallaron serios disturbios en Austria, y hubo huelgas que nos indicaban la comprensión de nuestros métodos diplomáticos por parte del proletariado de las potencias centrales, frente a las demandas anexionistas del imperialismo. Falsea los hechos la prensa de la burguesía cuando afirma que necesitamos dos meses de "conversaciones" con Kühlmann para descubrir que los imperialistas alemanes se conducirían como unos bandidos. No; eso lo sabíamos de antemano. Pero nosotros procurábamos utilizar las "conversaciones" con los representantes del imperialismo alemán, para robustecer las fuerzas que luchaban contra él. No ofrecimos hacer milagros, pero afirmamos que nuestro método era el único de que podía disponer la democracia revolucionaria para asegurar su futuro desarrollo. Podemos quejarnos de que el proletariado de otros países, y especialmente el de los imperios centrales, camina muy lentamente hacia el estado de abierta lucha revolucionaria. Sí; el ritmo de su paso es demasiado lento. Pero ya hemos visto en Austria-Hungría un movimiento que asumió las proporciones de un hecho nacional y que se

produjo como resultado directo e inmediato de las negociaciones Brest-Litovsk.

Antes de que partiéramos de aquí, discutimos la situación y vimos que no había razones para creer que el oleaje sumergiría al militarismo austrohúngaro. Si hubiéramos estado convencidos de lo contrario, habríamos formulado la protesta que ciertas personas pedían de nosotros, esto es, la de no firmar una paz separada con Alemania. Yo dije entonces que era imposible formular esa protesta, equivalente a aceptar el compromiso de hacer frente al imperialismo alemán y derrotarlo. Carecíamos de elementos para alcanzar esa victoria, y estando en la imposibilidad de cambiar el equilibrio y correlación de las potencias mundiales en un breve término, declaramos abierta y honradamente que el gobierno revolucionario podría verse obligado por las circunstancias a aceptar una paz de anexiones. No la aceptación de una paz que se nos impusiera por los acontecimientos, sino la tentativa tan sólo de ocultar su carácter de rapiña a los ojos de nuestro pueblo, era lo que verdaderamente podría poner término al Gobierno Revolucionario.

Anunciamos entonces que partíamos a Brest con el fin de continuar las negociaciones en circunstancias que, al parecer, eran más favorables para nosotros y menos ventajosas para nuestros adversarios. Seguíamos con atención los acontecimientos de Austria-Hungría, y ciertas circunstancias nos daban motivos para creer que Alemania estaba también próxima a ser teatro de acontecimientos del mismo orden, según podía deducirse de las insinuaciones hechas por los oradores socialistas en el Reichstag[96]. Tales eran nuestras esperanzas, y después, durante la segunda estancia en Brest la telegrafía inalámbrica nos llevó, por la vía de Vilna, las primeras noticias de la gran huelga que había estallado en Berlín, huelga que, como el movimiento de Austria-Hungría, era resultado de las negociaciones de Brest-Litovsk. Pero, sucede frecuentemente por virtud del carácter *dialéctico* de dos filos que tiene la lucha de clases, precisamente el poderoso sacudimiento del proletariado, tal como nunca se había visto otro igual en Alemania, despertó a las clases acaudaladas y las unió en una actitud más irreconciliable.

Esas clases tenían suficientemente vivo el instinto de conservación para comprender que las concesiones, aunque parciales, otorgadas en tales circunstancias, hubieran sido poco menos que una capitulación ante la amenaza revolucionaria. A eso se debió que después del primer período de las conferencias —en el que Kühlmann siguió invariablemente la táctica de los retardos— ya sea con aplazamientos de las juntas o poniendo sobre el tapete cuestiones secundarias de forma, no bien se reprimió el movimiento

huelguista y consideró el delegado alemán que por el momento sus amos estaban fuera de peligro, volvió a tener confianza en sí mismo y asumió nuevamente su actitud agresiva. Las negociaciones se complicaron por la intervención de la Rada de Kiev. Ya lo dijimos la vez anterior: los delegados de la Rada se presentaron cuando su fuerza de organización era grande y cuando no se había resuelto aún la victoria. Hicimos una propuesta oficial a la Rada para que pactase con nosotros un arreglo definitivo, cuyos puntos esenciales serían declarar a Kaledin y a Kornilov enemigos de la revolución, y abstenerse de intervenir en nuestra lucha contra ellos. Los delegados de Kiev llegaron cuando más esperanzas teníamos de concertar ese arreglo a nuestra satisfacción. Claramente habíamos manifestado a la Rada que si ella era reconocida por el pueblo ucraniano, la admitiríamos en las conferencias como miembro independiente. Pero, a medida que los acontecimientos se desarrollaban en Rusia y en Ucrania, y que los antagonismos entre las masas democráticas y la Rada se hacían más profundos, los delegados de esa asamblea aumentaban sus disposiciones en favor de una paz, de cualquier género que fuese, con las potencias centrales, y aún en caso necesario, para solicitar del imperialismo germánico que interviniese en los asuntos interiores de la República de Ucrania, a fin de que sostuviese la Rada contra la Revolución Rusa.

El día 9 de febrero supimos que las negociaciones de paz entre la Rada y las potencias centrales se habían concertado a espaldas de nosotros. El día 9 de febrero era el cumpleaños del príncipe Leopoldo de Baviera, y, según la costumbre de los países monárquicos, la ceremonia histórica de la firma del tratado se fijó para ese día festivo. Ignorábamos si el acuerdo sobre la fecha se hizo contando con la voluntad de la Rada, o sin solicitar su consentimiento. El general Hoffmann ordenó que se hiciesen salvas de artillería en honor de Leopoldo de Baviera, y pidió el permiso previamente a los ucranianos, pues según el tratado, Brest-Litovsk se incorporaba a Ucrania.

Sin embargo, precisamente en el momento de solicitarse ese permiso de salvas de artillería en honor del príncipe Leopoldo, los acontecimientos habían avanzado tanto que, salvo Brest-Litovsk, muy poco territorio le quedaba a la Rada. Apoyándonos en telegramas que acabábamos de recibir de Petrogrado, notificamos oficialmente a los delegados de las potencias centrales que la Rada de Kiev había dejado de existir, hecho cuya significación no podía ser extraña al desarrollo de las negociaciones de paz. Propusimos al conde Czernin el envío de representantes, acompañados de oficiales nuestros para que visitasen el territorio de Ucrania y pudiesen saber

si existía o no su asociada la Rada de Kiev. Czernin pareció en un principio aceptar la idea, pero cuando le dijimos que la firma del tratado con la delegación de Kiev no debía hacerse sino después del regreso de sus enviados, empezó a vacilar, contestó que consultaría el asunto con Kühlmann, acabó por darnos una respuesta negativa. Esto pasaba el 8 de febrero, y al siguiente día se firmó el tratado. La ceremonia no podía retardarse, en primer lugar por ser el cumpleaños del Príncipe Leopoldo, y en segundo lugar por una circunstancia muy seria que, naturalmente, Kühlmann había explicado a Czernin en estos términos:

Si enviamos nuestros representantes a Kiev, y éstos descubren que ya no hay Rada, será necesario que nos entendamos sólo con los delegados rusos, lo que nos pondrá en situación desfavorable para el buen éxito de las negociaciones».

Los delegados austrohúngaros nos dijeron:

«—Abandonen el terreno de los principios; sitúense en el de las realidades. Si lo hacen, los delegados alemanes procurarán llegar a una inteligencia con ustedes. Es imposible que los alemanes quieran continuar la guerra sólo para obtener las islas del estrecho, si formulan sus condiciones en términos más concretos…».

Nosotros contestamos:

«—Muy bien. Estamos dispuestos a asumir una actitud que ponga a prueba los sentimientos benévolos de nuestros colegas los delegados alemanes. Hasta hoy hemos estado discutiendo el derecho de los lituanos, polacos, letones y estonios a disponer de sí mismos, y hemos acabado por persuadirnos de que no hay probabilidades de conseguir ese fin, acaso por tratarse de naciones muy pequeñas. Ahora veamos qué clase de libre disposición de sí mismo conceden al pueblo ruso, y cuáles son los planes de estrategia que se ocultan en su apoderamiento de las islas de Moon-Sound. Estas islas, como parte de la República Estonia, como posesión de la República Federal Rusa, tienen un valor defensivo, mientras que en poder de Alemania constituyen un medio ofensivo, una amenaza a los centros más vitales de nuestro país, y especialmente a Petrogrado».

Naturalmente, Hoffmann no tenía la intención de hacer la concesión más insignificante. Y llegó el momento decisivo. Nosotros no podíamos declarar la guerra; éramos demasiado débiles para ello. El ejército se hallaba en un estado de completa disolución interna. Para salvar a nuestro país de la ruina, era necesario reforzar la organización interior de las clases trabajadoras. Esta unión moral podía realizarse únicamente por medio de una obra constructiva

en los pueblos, en los talleres y en las fábricas. Las masas que habían atravesado la época colosal de miserias y catástrofes de la guerra eran llamadas por los centros de trabajo, en donde se rejuvenecerían moralmente y encontrarían la perdida disciplina. No había otro camino de salvación para el país, a quien se exige la expiación de los pecados cometidos por el zarismo y la burguesía. Teníamos la obligación de librarnos de la guerra y de sacar a nuestro ejército del matadero. Al hacerlo, nos dirigíamos al imperialismo germánico para decirle:

«*La paz que me imponen es una paz de violencia y despojo. No te autorizamos para que tus diplomáticos digan a las clases obreras alemanas que la revolución rusa aceptó tus demandas, condenadas por el proletariado alemán. Sí; somos débiles; no podemos luchar actualmente; pero nos sobra valor revolucionario para decirte que nuestra libre voluntad no acepta las condiciones escritas por tu espada sobre las carnes palpitantes de los pueblos.*

No firmamos, y creo, camaradas, que cumplimos con nuestro deber.

Camaradas:

No digo que sea quimérico un nuevo avance de los alemanes contra nosotros. Antes creo demasiado peligroso negar esa posibilidad, si se considera el poder del partido imperialista alemán. Pero también creo que por la posición en que nos hemos colocado, todo avance pondrá en situación muy embarazosa a los militaristas alemanes. ¿Qué sucedería si avanzaran? Esta pregunta tiene una sola respuesta. Si aún es posible levantar el espíritu en los elementos más revolucionarios y sanos de nuestro agotado país, reducido como está a la desesperación; si es posible que Rusia se levante en defensa de nuestra revolución, lo será sólo como resultado de la situación presente, como resultado de nuestro abandono del campo de batalla y de nuestra negativa a firmar el tratado de paz».

32. LA SEGUNDA GUERRA Y LA FIRMA DEL TRATADO DE PAZ

Rotas ya las negociaciones, el gobierno alemán se sintió vacilante, sin atreverse a tomar un partido resuelto. Los políticos y diplomáticos creían al parecer que lo principal estaba hecho, y que no les hacía falta nuestra firma. Los militares, sin embargo, se mostraban dispuestos a romper el marco del tratado de Brest-Litovsk. El profesor Kriege, consultor de la delegación alemana, dijo a uno de nuestros delegados que, dadas las circunstancias, no podría haber una nueva ofensiva alemana contra Rusia. El conde Mirbach[97], que encabeza la misión alemana en Rusia, salió para Berlín, asegurándonos que se había llegado a un acuerdo satisfactorio respecto del canje de prisioneros de guerra. Pero nada de esto impidió que el general Hoffmann anunciase cinco días después de rotas las negociaciones, que el armisticio de siete días había terminado, pues se contaban dos anteriores, ya que su notificación condicional se hizo el día de la última junta en Brest. No vale la pena de perder el tiempo empleándolo en desahogos de justa indignación por ese acto deshonroso, enteramente; de acuerdo con la moral militar y diplomática de todas las clases gobernantes.

La nueva ofensiva alemana se desarrolló bajo condiciones mortales para Rusia. En vez de los siete días concedidos, tuvimos sólo dos. Esto sembró el pánico en las filas del ejército, ya en estado de disolución crónica. Apenas si se podía hablar de resistencia. Los soldados no querían creer en el avance alemán, después de habérseles anunciado por nosotros el término de la guerra. La desmoralización de la retirada paralizó hasta la voluntad de los regimientos que tenían el propósito de ocupar posiciones de combate.

En los barrios obreros de Petrogrado y Moscú[98] no tuvo límites la indignación provocada por el ataque traidor y verdaderamente filibustero del ejército alemán. Los obreros se alistaban para luchar, y lo hacían por grupos de decenas de millares. Pero faltaba todo lo necesario para la organización. Las guerrillas independientes, llenas de entusiasmo, se veían incapacitadas

para hacer algo eficaz, y comprendían su impotencia en los primeros encuentros con las fuerzas regulares del enemigo. Esto, naturalmente, aumentaba la depresión. El antiguo ejército, ya herido de muerte, caía en pedazos y obstruía todas las vías de comunicación. El nuevo ejército se formaba con extrema lentitud por las dificultades que creaba el agotamiento del país y por la espantosa desorganización de la industria y de los transportes. El único obstáculo serio que se oponía a los alemanes era el de las enormes distancias…

Austria-Hungría no apartaba los ojos de Ucrania. La Rada había usado a sus delegados para pedir el auxilio de los imperios centrales contra el régimen soviético, victorioso ya en todo el territorio ucraniano. La democracia de la clase media baja de ese país abría las puertas a la invasión extranjera para defenderse contra los obreros y las capas bajas del campo.

En aquellos mismos días el gobierno de Svinhud buscaba la protección de las bayonetas alemanas contra el proletariado finlandés. El militarismo alemán asumía abiertamente, a la faz del mundo entero, el papel de ejecutor de los obreros y campesinos revolucionarios de Rusia.

Nuestro partido fue teatro de una discusión ardiente sobre la conveniencia de someternos al ultimátum alemán y firmar un nuevo tratado que nos impondría condiciones más onerosas aún que el de Brest-Litovsk. Sobre esto último no había discrepancias de opinión. Los representantes de una corriente de opinión consideraban que supuesta la intervención efectiva de los alemanes en el territorio de la República Rusa, para la resolución de los conflictos civiles del país, era absurdo celebrar un tratado de paz que se aplicaría sólo a una porción del territorio, y ver pasivamente los esfuerzos de las tropas alemanas para establecer la dictadura burguesa en el norte y en el sur. Otra corriente de opinión, encabezada por Lenin, argüía que todo intervalo, todo respiro, por corto que fuera, tendría un valor inestimable para la consolidación interna de Rusia y para la restauración de su capacidad defensiva. Después de nuestra absoluta imposibilidad para defendernos de los ataques del enemigo, hecho que se hacía trágicamente visible a todo el pueblo y a todos los pueblos de la tierra, la aceptación de la paz sería comprendida como acto de imposición, obra de una dura ley de correlación de fuerzas. Hubiera sido infantil tener como base de nuestros actos la moral abstracta de la revolución. El problema no era sucumbir con honor, sino sobrevivir para una futura victoria. La Revolución Rusa quiere vivir, debe vivir, y para ello debe rehusar toda batalla superior a sus fuerzas.

Debe ganar tiempo hasta que el movimiento revolucionario del mundo occidental venga en su auxilio.

El imperialismo alemán estaba en lucha cuerpo a cuerpo con el militarismo británico y norteamericano.

Sólo por esta razón era posible pactar la paz entre Alemania y Rusia. Debíamos aprovechar la ocasión que se nos presentaba. Era imperioso posponerlo todo a la salud de la Revolución, ley suprema de nuestra conducta. Aceptando una paz que no nos era dado rehusar, ganaríamos tiempo empleándolo en una obra intensiva en la que estaría incluida la reconstrucción del ejército.

En el Congreso del Partido Comunista y en el Cuarto Congreso de los Soviets[99], predominó el voto favorable a la firma de la paz. Muchos de los que en enero se oponían a aceptar el tratado, eran ya de la opinión de que se concluyese la paz.

«—Entonces —decían— nuestra firma habría significado a los ojos de los obreros ingleses y franceses una capitulación infame sin esfuerzos para evitarla».

Hasta las bajas insinuaciones del patrioterismo anglo-francés, sobre una secreta inteligencia entre el régimen soviético y los alemanes, tal vez habrían encontrado crédito en ciertos elementos del pueblo obrero occidental, si hubiéramos firmado la paz en aquel tiempo. Pero después de nuestra negativa y después de las nuevas operaciones emprendidas contra nosotros, después de la tentativa de resistencia y de la demostración de nuestra debilidad, hechos que el mundo entero veía con claridad meridiana, nadie podría echarnos en cara una capitulación sin lucha.

El tratado de Brest-Litovsk, segunda edición del primero, corregida y aumentada se firmó y ratificó debidamente.

Entretanto, los alemanes proseguían su triste tarea en Ucrania y en Finlandia, amenazando cada vez más los centros vitales de la Gran Rusia. Así, la existencia misma de Rusia como país independiente se ligó indisolublemente a la causa de una revolución europea.

33. CONCLUSIÓN

Cuando nuestro partido tomaba las riendas del gobierno, lo hizo sabiendo las dificultades que se encontraría a su paso. Económicamente el país se había agotado en la guerra hasta el último extremo. La revolución ha destruido la vieja máquina administrativa, y no ha podido crear otra que la reemplace. Millones de obreros fueron arrancados de su ambiente, moral y mentalmente triturados por tres años de guerra. Una lucha colosal sostenida sobre la base de un desarrollo económico insuficiente desgastó las fuerzas vitales de la nación, y la desmovilización presentó dificultades de proporciones increíbles. Aparecieron todas las manifestaciones inherentes a la anarquía económica y política, difundiéndose por el inmenso territorio.

Los campesinos rusos han estado sujetos durante siglos y siglos a la tiranía bárbara de la tierra que los une en masas y han sentido sobre sus nucas la mano férrea del zarismo. Estas dos fuerzas coactivas de la tierra y del gobierno personal han desaparecido: la una, por la acción del desenvolvimiento económico, la otra, por los esfuerzos de la revolución. Psicológicamente, ésta significa el despertar de las masas campesinas a las ideas de individualidad. La forma anárquica del despertar era un resultado inevitable de la opresión anterior. Sólo se podrá llegar a un nuevo orden de cosas basándolo en una producción dirigida por los propios trabajadores, libres de las formas anárquicas de la revolución.

Por otra parte, las clases acomodadas, incluso privadas del poder, no abandonan sus posiciones sin una lucha. La revolución ha planteado en forma aguda la cuestión de la propiedad privada de las tierras y los medios de producción, o lo que es Igual, una cuestión de vida o muerte para las clases explotadoras. Políticamente, esto significa una guerra civil más violenta, ya se haga abiertamente o de un modo oculto. A su vez, la guerra civil engendra tendencias anárquicas entre las clases trabajadoras. Desorganizadas la hacienda, la industria, los transportes y el abastecimiento de las subsistencias, la prolongación de la guerra civil traerá consigo dificultades gigantescas para

la obra de reorganización. Sin embargo, el régimen soviético dirige confiadamente sus miradas hacia lo futuro. Sólo un inventario exacto de los recursos nacionales, sólo un plan de reconstrucción sobre la base general de la producción organizada, sólo una distribución prudente y económica de todos los productos, pueden salvar al país. Esto justamente es lo que se llama socialismo. O bajamos al nivel de una mera colonia, o nos transformamos en sentido socialista. Tal es la alternativa.

Esta guerra ha socavado los cimientos del mundo capitalista, y a eso se debe nuestra invencible fuerza. El cerco imperialista que nos está ahogando será roto por la acción de una revolución proletaria. No abrigamos respecto de esto duda alguna, como no la abrigamos respecto de la caída del zarismo durante los largos decenios de nuestra obra subterránea.

Luchar, estrechar nuestras filas, establecer la disciplina del trabajo, y del orden socialista, aumentar el producto del trabajo, sin retroceder ante ningún obstáculo: tal es nuestra consigna. La historia está de nuestra parte. Una revolución proletaria en Europa y en América estallará tarde o temprano, y esa revolución no sólo liberará a Ucrania, Polonia, Curlandia y Finlandia, sino a toda la humanidad que sufre.

La Revolución de Octubre[100]

por León Trotsky

A propósito del segundo aniversario de la Revolución de Octubre, que será próximamente conmemorado, me parece útil señalar algunos de los elementos distintivos de esta revolución que no han sido destacados como habría correspondido en las memorias y en los artículos que les fueron dedicados. La insurrección de Octubre fue, por así decirlo, fijada anticipadamente para una fecha precisa, la del 25 de octubre y fue fijada de tal modo no mediante una reunión secreta, sino abierta y públicamente. Tal como se había decidido, esta insurrección victoriosa sucedió el 25 de octubre de 1917.

La historia mundial conoce un gran número de revoluciones y de insurrecciones. Pero sería inútil buscar en la historia otra insurrección de la clase oprimida que haya sido fijada con anticipación y públicamente para una fecha precisa, y realizada victoriosamente en el día establecido. Desde este punto de vista, como así también desde otros, la Revolución de Octubre es única e incomparable.

La toma del poder en Petrogrado había sido fijada para el día de la reunión del Segundo Congreso de los Soviets. Esta «coincidencia» no era una ocurrencia de conspiradores prudentes sino el resultado del conjunto de acontecimientos que precedieron a la revolución y, en particular, de todo el trabajo de agitación y de organización de nuestro partido. Nosotros reivindicamos la entrega del poder a los soviets. En torno a esta consigna habíamos reagrupado, bajo el estandarte de nuestro partido, a una mayoría en todos los soviets más importantes. Y así ocurrió que no nos fue posible limitarnos a reivindicar la entrega del poder a los soviets, debíamos tomar este poder. No dudábamos que el Segundo Congreso nos habría dado la mayoría. Tampoco nuestros enemigos podían engañarse. Ellos, por lo demás, se habían opuesto con todas sus fuerzas a la convocatoria del segundo congreso. Por esto, en la reunión de la sesión soviética de la «Conferencia Democrática» el

menchevique Dan se había esforzado por todos los medios para hacer fracasar la convocatoria de un Segundo Congreso de los Soviets. Y cuando le fue imposible negarse a esto, intentó retrasar la convocatoria. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios habían fundado su oposición a la convocatoria del Segundo Congreso de los Soviets, sosteniendo que este Congreso podía servir de arena para una tentativa de los bolcheviques de apropiarse del poder. En lo que a nosotros respecta, vale la pena recordar que habíamos insistido en la convocatoria urgente del congreso, sin ocultar que esto era necesario precisamente para arrancar el poder de las manos del gobierno de Kerensky. Finalmente, en la votación de la sesión soviética de la Conferencia Democrática, Dan había logrado retrasar la fecha de convocatoria del congreso del 15 al 25 de octubre. De tal modo, el politiquero «realista» del menchevismo había traficado con la historia una postergación exactamente equivalente a diez días.

En todas las reuniones de obreros y de soldados que tenían lugar en Petrogrado, nosotros planteábamos la cuestión del siguiente modo: el 25 de octubre debe reunirse el Segundo Congreso de los Soviets; el proletariado y la guarnición de Petrogrado exigirán del congreso que ponga en el orden del día en primer lugar el problema del poder y que lo resuelva en el sentido de que el poder pertenece desde ahora al Congreso General de los Soviets; si el gobierno de Kerensky trata de disolver el congreso —éstos son los términos de innumerables resoluciones aprobadas sobre el tema— la guarnición de Petrogrado dirá la última palabra.

La propaganda estaba orientada fundamentalmente a esclarecer esta cuestión. Al fijar el Congreso para el 25 de octubre y al colocar como primer punto del orden del día, o mejor dicho, como único problema el de la efectivización (no la condena, sino la efectivización) de la entrega del poder a los soviets, o sea, en otras palabras, al fijar el golpe de Estado para el 25 de octubre, nosotros preparábamos abiertamente, ante los ojos de la «sociedad» y de su «gobierno» una fuerza armada para llevar a cabo la revolución.

La cuestión del retiro de Petrogrado de una parte considerable de la guarnición estaba íntimamente vinculada a la preparación del congreso. Kerensky temía (con razón, por otra parte) a los soldados de Petrogrado, y por eso propuso a Cheremisov, que por ese entonces comandaba el Ejército del Norte, llamar al frente a los regimientos considerados no seguros. Cheremisov, como testimonia la correspondencia encontrada después del 25 de octubre, se negó argumentando que la guarnición de Petrogrado estaba demasiado influenciada por la propaganda bolchevique y que, en

consecuencia, no podía prestar ninguna utilidad en la guerra imperialista; pero cediendo a las insistencias de Kerensky, que se basaban en motivos exclusivamente políticos, Cheremisov optó por dar la orden que se le reclamaba.

Apenas la orden relativa a la transferencia de las unidades de la guarnición fue transmitida «para su ejecución» por el Estado mayor del distrito militar al Comité Ejecutivo de los Soviets de Petrogrado, se tornó claro para nosotros, representantes de la oposición proletaria, que esta cuestión podía adquirir, en el curso de su desarrollo posterior, una decisiva importancia política. En la ansiosa espera del golpe de Estado fijado para el 25 de octubre, Kerensky intentaba desarmar a la capital rebelde. No nos quedaba otra alternativa que oponer al gobierno de Kerensky, sobre este terreno, no solamente a los obreros sino a toda la guarnición. En primer lugar decidimos crear, bajo la forma de un Comité Militar Revolucionario, un órgano destinado a verificar los motivos bélicos susceptibles de justificar la orden de transferencia de la guarnición de Petrogrado. Es así como se crea, junto a la representación política de la guarnición (la sección de los soldados en el soviet), el cuartel general revolucionario de esta guarnición. Una vez más los mencheviques y los socialistas revolucionarios «comprendieron» que se trataba de crear el aparato para una insurrección armada y lo declararon abiertamente en la sesión del Soviet. Aun votando en contra de la constitución del Comité Militar Revolucionario, los mencheviques entraron a formar parte de él —como empleados de registro o escribanos— en el momento mismo del golpe de Estado. Fue así como después de haber traficado preventivamente diez días más de existencia política, ellos se aseguraron luego el derecho de asistir, como espectadores de honor, a su muerte política.

El Congreso, por lo tanto, quedó fijado para el 25 de octubre. El partido, seguro de tener la mayoría, dio al Congreso el objetivo de la conquista del poder. La guarnición, que se había negado a abandonar Petrogrado, fue movilizada para asegurar la defensa del tan esperado congreso. El Comité Militar Revolucionario, opuesto al Estado Mayor del distrito, fue transformado en el Estado Mayor revolucionario del Soviet de Petrogrado. Todo esto fue hecho abiertamente, delante de todo Petrogrado, del gobierno de Kerensky y del mundo entero. El hecho es único en su género.

Durante este período el problema de la insurrección armada había sido objeto de abiertos debates, tanto en el partido como en la prensa. Sin embargo, en el curso de los acontecimientos las discusiones se alejaron bastante del punto de partida no vinculando la insurrección ni al Congreso ni

al retiro de la guarnición, sino viendo al golpe de Estado como un complot preparado mediante el sistema conspirativo. En realidad, la insurrección armada no fue solamente «aceptada» por nosotros, sino que fue preparada para una fecha precisa, fijada anticipadamente, y su carácter mismo fue determinado previamente —al menos en lo que respecta a Petrogrado— por el estado de la guarnición y por su actitud frente al Congreso de los Soviets. Algunos compañeros acogían con escepticismo la idea de que la revolución pudiese ser fijada así para una fecha precisa. A ellos les parecía más seguro hacerla de modo extremadamente conspirativo y aprovechándose de la notable ventaja que nos daba actuar de improviso. Kerensky, en efecto, sabiendo que la insurrección estaba fijada para el 25 de octubre, estaba en condiciones de prepararse concentrando tropas frescas y «depurando» la guarnición, etc.

Sin embargo, fue precisamente el problema de la modificación de la composición de la guarnición de Petrogrado lo que se convirtió en el centro mismo del golpe de Estado fijado para el 25 de octubre. La tentativa de Kerensky de modificar la composición de los regimientos de Petrogrado fue considerada —con razón— como la prosecución del atentado de Kornilov. Por otra parte, la insurrección «legalizada» en cierto modo, hipnotizaba al enemigo. Al no lograr que se cumpliera la orden que disponía el envío al frente de la guarnición, Kerensky contribuyó considerablemente a acrecentar la confianza de los soldados en sí mismos asegurando, de tal modo, el éxito del golpe de Estado. Después de la revolución del 25 de octubre, los mencheviques, sobre todo Martov, hablaron mucho de la conquista del poder por un puñado de conspiradores que habrían actuado, según ellos, a espaldas del soviet y de la clase obrera. Es difícil imaginar una ofensa mayor contra la verdad derivada de los hechos; es difícil también darse a sí mismo un desmentido tan flagrante. Cuando en la reunión de la sesión soviética de la Conferencia Democrática fijamos, con la mayoría de los votos, el congreso de los soviets para el 25 de octubre, los mencheviques declararon: «*Ustedes fijan la fecha del golpe de Estado*». Cuando representando a la inmensa mayoría del Soviet de Petrogrado, nos negamos a dejar salir a los regimientos de la capital, los mencheviques afirmaron: «*Es el comienzo de la insurrección armada*». Cuando en el Soviet de Petrogrado formamos el Comité Militar Revolucionario, los mencheviques comprobaron: «*Es el aparato de la insurrección armada*». Y cuando en el día preestablecido, con la ayuda del aparato preventivamente «desvelado» la insurrección que había sido predicha tuvo realmente lugar en el día anunciado, estos mismos mencheviques se

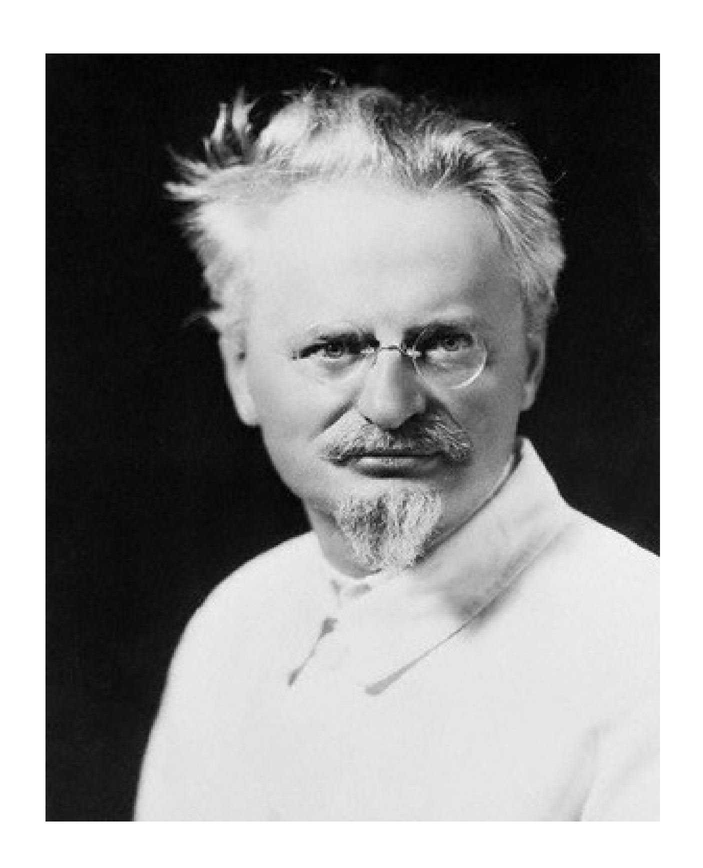
pusieron a gritar que «*un puñado de conspiradores habían hecho un golpe de Estado a espaldas de la clase obrera*». En realidad, la única acusación que podía ser hecha contra nosotros en este terreno era la de haber preparado, en el Comité Militar Revolucionario, algunos detalles técnicos «a espaldas» de los mencheviques. Es indudable que una tentativa de complot militar hecho al margen del Segundo Congreso de los Soviets y del Comité Militar Revolucionario, sólo podría haber llevado confusión en la marcha de los acontecimientos y hasta quizás habría hecho fracasar momentáneamente a la insurrección. La guarnición, a la que pertenecían regimientos sin formación política, habrían acogido a la toma del poder por nuestro partido a través de un complot como un acontecimiento ajeno a ellos y quizás hasta como una medida hostil en relación a ciertos regimientos. Estos regimientos, en cambio, consideraron completamente natural, fácil de entender y hasta necesario la negativa a abandonar Petrogrado a los fines de asegurar la protección del Congreso de los Soviets, que estaba destinado a convertirse en el poder del país. Los compañeros que calificaron de utópica la decisión de fijar la insurrección para el 25 de octubre, no hacían en el fondo sino desconocer nuestra fuerza y la potencia de nuestra situación política en Petrogrado frente al gobierno de Kerensky.

El Comité Militar Revolucionario, que existía legalmente, envió comisarios a todas las unidades de la guarnición de Petrogrado y se transformó así, en el verdadero sentido de la palabra, en el dueño de la situación. Nosotros teníamos ante nuestros ojos, de algún modo, la carta política de la guarnición.

Podíamos en cualquier momento provocar el reagrupamiento de las fuerzas necesarias y asegurarnos todos los puntos estratégicos. Quedaban por suprimir las disensiones y la eventual resistencia de las unidades más atrasadas políticamente, sobre todo de las unidades de caballería. Este trabajo fue realizado por nosotros en las condiciones más favorables. En los mítines organizados en los regimientos, nuestra consigna: «*No abandonar Petrogrado y asegurar con la fuerza armada la conquista del poder por los soviets*» fue adoptada por todos salvo poquísimas excepciones. En el regimiento Semenov, el más conservador, Skobelev y Gotz, que llevaban a los soldados la «atracción de la temporada» bajo la forma de un proyecto de viaje diplomático que Skobelev efectuaría a París con el propósito de aclararles las ideas a Lloyd George y a Clemenceau**[101]**, no sólo no provocaron ningún entusiasmo, sino que, por lo contrario, sufrieron un descalabro completo. La mayoría de los soldados votaron a favor de nuestra resolución. En el Circo

Moderno, durante la reunión de los ciclistas militares que eran considerados como el sostén de Kerensky, nuestra resolución obtuvo la inmensa mayoría de los votos. El jefe del cuartel general Poradelov pronunció un discurso fraudulento apelando a la reconciliación, pero sus enmiendas evasivas fueron rechazadas.

El golpe de gracia fue asestado al enemigo en el corazón mismo de Petrogrado, en la fortaleza de Pedro y Pablo. Viendo el estado de ánimo de la guarnición de la fortaleza, que asistía en su totalidad a nuestro mitin en el patio de la fortaleza, el comandante adjunto del distrito militar propuso, de la manera más amable, «*ponerse de acuerdo y acabar con el malentendido*». Por nuestro lado, nosotros prometimos tomar las medidas necesarias para acabar de una vez por todas con los malentendidos. Y, en efecto, dos o tres días después, habíamos acabado con el gobierno de Kerensky, el mayor de los malentendidos de la Revolución Rusa. La historia dio vuelta la página y abrió el capítulo de los soviets.



LEON TROTSKY (Lev Davidovich Bronstein; Yanovka, Ucrania, 1877 - Coyoacán, México, 1940). Revolucionario ruso. Nació en una familia judía de labradores propietarios y estudió Derecho en la Universidad de Odessa. Participó desde joven en la oposición clandestina contra el régimen autocrático de los zares, organizando una Liga Obrera del Sur de Rusia (1897).

Fue detenido varias veces y desterrado a Siberia; pero consiguió huir de allí en 1902 y se unió en Londres al que ya aparecía como jefe de la oposición socialdemócrata en el exilio: Lenin. Aunque discrepaba de su concepción autoritaria del partido, colaboró con él e intentó en vano reconciliar a la facción que dirigía (los bolcheviques) con la facción rival de la socialdemocracia rusa (los mencheviques).

Regresó a Rusia para participar en la Revolución de 1905 (en la cual organizó el primer sóviet o consejo revolucionario). Al fracasar la revolución, fue deportado otra vez a Siberia y nuevamente se escapó (1906). Tras recorrer medio mundo entrando en contacto con los focos de conspiradores revolucionarios, se trasladó a Rusia en cuanto estalló la Revolución de febrero de 1917, que derrocó a Nicolás II.

Abandonando su trayectoria anterior de socialista independiente (en relación con los mencheviques), puso su talento de organizador y de agitador al servicio del Partido Bolchevique y fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Desempeñó un papel central en la conquista del poder por Lenin: fue el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques, que instauró el régimen comunista en Rusia (Revolución de octubre de 1917).

Aunque Lenin ocupó la cúspide del poder, Trotski desempeñó un papel crucial en el gobierno soviético hasta la muerte de aquél. Como primer comisario de Asuntos Exteriores de la Rusia bolchevique (1917-18), negoció con los alemanes la Paz de Brest-Litovsk, que retiró al país de la Primera Guerra Mundial para responder a los deseos de paz de las masas y concentrarse en la consolidación de la Revolución. Luego fue comisario de Guerra (1918-25), cargo desde el cual organizó el Ejército Rojo en condiciones muy difíciles y derrotó en una larga guerra civil a los llamados ejércitos blancos (contrarrevolucionarios) y a sus aliados occidentales (1918-20). Su labor fue, por tanto, crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo.

Lenin le señaló como su sucesor antes de morir en 1924; pero la ambición de Stalin, que contaba con fuertes apoyos en el aparato del partido, le impidió acceder al poder. Trotski defendía la idea de la «revolución permanente» como vía de realización de los ideales marxista-leninistas (extendiendo gradualmente la Revolución a Alemania y a otros países); mientras que Stalin le opuso la concepción más conservadora de consolidar el «socialismo en un solo país». Las diferencias ideológicas, sin embargo, eran poco más que un pretexto para Stalin, que maniobró hábilmente en busca de aliados y después se deshizo de ellos (incluso físicamente); con estas maniobras consiguió apartar a Trotski de la dirección en 1925, expulsarle del partido en 1927, deportarle a Kazajistán en 1928 y desterrarle del país en 1929.

Trotski no cejó en su lucha revolucionaria, que canalizó desde el exilio escribiendo en defensa de sus ideas (obras como *La revolución permanente*, 1930; o la *Historia de la Revolución Rusa*, 1932) y encabezando una corriente comunista disidente (agrupada en la Cuarta Internacional desde 1938). Stalin le hizo asesinar por un agente soviético (Ramón Mercader).

Notas

[1] El siguiente artículo fue publicado en *Estrategia internacional*, año VI, N.º 16, invierno 2000. Al Richardson, fue el editor en jefe de la revista *Revolutionary History*, que en el curso de más de una década de trabajo sostenido publicó cerca de 30 volúmenes. Realizó aportes muy valiosos al conocimiento de la historia viviente del trotskismo en el siglo XX. Inició su estudio de la historia del movimiento trotskista en los años 70, y publicó diversos libros, entre ellos, «War and the International» sobre la actuación de los trotskistas ingleses en la segunda guerra mundial e «In defence of the Russian Revolution» (*En defensa de la revolución rusa*), compilación de escritos de los principales dirigentes bolcheviques, entre otros. <<

[2] El prefacio lleva la fecha 29 de mayo de 1918. <<

[3] Isaac Deutscher, *El profeta armado*, Oxford 1976, pág. 378. <<

[4] Ronal Segal, *La tragedia de León Trotsky*, Londres, 1979, pág. 200. **<<**

[5] Trotsky’s Great Book, en *The* Socialist, Vol. XVIII, n.º 215,24-29 de mayo 1919, pág. 222. <<

[6] H. S., Trotsky's Apology, en *The Manchester Guardian, 22* de abril de 1919. <<

[7] «Who ruined Russia?» (¿Quién arruinó a Rusia?), en *The New Statemen*, vol. XIII, n.º 326. <<

[8] «Trotsky's Apology» en *The Morning Post*, 17 de abril de 1919, pág. 5. Aquellos que iban a la brevedad a afiliarse al Partido Comunista, mostraban, por supuesto, más entusiasmo. Frank Horrabin lo describe como *«muy interesante y de un gran valor*» *(The Plebs,* vol. XI, n.º 5, junio de 1919, pág. 76), y William Paul como «*una historia brillante*» («Trotsky's Reply to Churchill» (*La respuesta de Trotsky a Churchill*), en *The Socialist*, n.º 212, vol. XVIII. 8 de mayo de 1919, pág. 197). <<

[9] Joel Carmichael, *Trotsky: An Appreciation of his life*, Londres, 1975, pág. 225. <<

[10] Segal, obra citada en nota 3. El autor anónimo de la reseña de *The New Statemen*, desilusionado por esperar una completa narrativa de los hechos de manera expositiva, también comentó sobre sus «páginas algo finitas» (op. cit. En nota número 7). En un intento similar de reducir la última historia de Trotsky a un «drama», c. f. Baruch Knei-Paz, *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford, 1978, págs. 497-513, plagiadas por Peter Beilharz, en *History Workshop*, XX, 985, y *Trotsky, el trotskismo y la transición al socialismo*, Londres, 1987, págs. 41-48. <<

[11] A pesar de esto, Trotsky señala que por varios años este libro «le sirvió como un manual de historia» fue traducido a una docena de idiomas y fue publicado por la Comintern en ediciones innumerables. (Mi *vida*, Nueva York, 1960, pág. 370; *Historia de la Revolución Rusa*, Londres, 1965, pág. 1134) <<

[12] L. D. Trotsky, *Mi vida*, pág. 370, de acuerdo al editor de la edición de 1963 se trata de «una considerable hazaña (proeza) de la memoria» (pág. 22). <<

[13] Kerensky era, por supuesto, totalmente desconocido en el exterior antes de que los eventos de 1917 lo lanzaran a la luz de manera tan inesperada, sus razones en favor de un gobierno provisional eran, incluso, mucho más débiles que las de la Asamblea Constituyente, y él era de cualquier modo un teórico de poco peso.(c. f. *The Crucifixion of Liberty*, Londres, 1934). Los argumentos de Kautsky como autoridad mundial en marxismo, en contra de la disolución de la Asamblea Constituyente eran mucho más serios. Los publicó por primera vez a principios de 1918 en «Demokratie and Diktatur» (*Leipziger Volkszeitung*, n.º 8, 9-10, I; *Sozialistische Auslandspolitik* IV, n.º 1-3.I), del que Trotsky debe de haber tenido conocimiento cuando estaba escribiendo este libro. Kautsky más tarde desarrolló sus tesis de manera completa en *La dictadura del proletariado* (agosto de 1918) y *Terrorismo y Comunismo* (junio de 1919), a los cuales Lenin respondió con *La revolución proletaria y el renegado Kautsky (Obras completas*, vol. XXXVIII, Moscú 1965, págs. 227-325; también págs. 105-113) y Trotsky respondió con *Terrorismo y Comunismo* (Londres, 1975). La Historia de Trotsky fue sucesivamente citada como parte de la polémica en el trabajo de Leipziger Wolkszeitung del 18 de octubre de 1918. <<

[14] «Trotsky’s Apology», en *The Morning Post*, 17 de abril de 1919, pág. 5. <<

[15] W. N. Ewer, «El nacimiento de los soviets», en *The Daily Herald*, 26 de abril de 1919, pág. 8. Ewer se encontró entre los primeros en atacar a Trotsky cuando Moscú dio la señal seis años más tarde. Luego, él mismo fue sometido al mismo tratamiento ignominioso. <<

[16] Op. cit en nota número 14. Ver también *The Manchester Guardian account*, nota 6. <<

[17] «Bolshevism and Jewry», en *The Morning Post*, 23 de abril de 1919, pág. 6. Al día siguiente los lectores se encontraron con otro artículo antisemita, esta vez con «el judaísmo y Alemania». Es sorprendente tener que recordar que Gollancz va a ser más tarde el editor de la versión completa de la historia de Trotsky, y luego continuó siendo el editor del *Left Book Club* que pasó los años anteriores a la guerra acusándolo de ser un agente de Hitler. **<<**

[18] La oposición dentro del Partido Bolchevique, ver *Tesis de los comunistas de izquierda* (1918), *Critique* 1977, Robert V. Daniels, *The Conscience of the Revolution*, Oxford 1960, págs. 70-91; Ronald L. Kowalski, *The Bolshevik Party in Conflict*, Londres 1991. Algunos comunistas de izquierda tales como los de la ICC definen hasta el día de hoy la firma de la Paz de Brest-Litovsk como una traición. <<

[19] Obra citada en nota número 15. <<

[20] Un club de caballeros, estos centros eran frecuentados por hombres de negocios y eran lugares de tinte muy reaccionario. (NdT) <<

[21] William Paul, «Trotsky’s reply to Churchill», en *The Socialist*, n.º 212,vol. XVIII, 8 de mayo de 1919,pág. 197. <<

[22] Segal, obra citada, en la nota 4 y Carmichael, en nota 9. <<

[23] Plejanov se vuelve un defensista durante la Primera Guerra Mundial. «El grupo de Plejanov» al cual Trotsky se refiere era el ala de extrema derecha del menchevismo, agrupados alrededor del periódico *Yedinstvo*. Radek también señala las contribuciones de Kautsky, Parvus y Rosa Luxemburgo, diciendo que aplican la teoría de la revolución permanente de Marx a las condiciones de Rusia: The paths of the Russian Revolution, *In Defence of the Russian Revolution*, págs. 35-40. <<

[24] Obra citada, en nota 21, pág. 22-23. <<

[25] «Lenin in 1917», en *Revolutionary History*, vol. V, n.º3, otoño 1994,pág. 22. <<

[26] F. F. Raskolnikov, *Kronstadt and Petrograd in 1917*, Londres, 1982, pág. 309; A. F. Ilyin-Zhenevsky, *The Bolsheviks in Power*, Londres, 1984, pág. X, 6-25. <<

[27] *Historia de la Revolución Rusa, pág. 55-57.* <<

[28] Es un cuento para niños cuya moraleja es que hay cosas que lucen mucho pero en el fondo no valen nada. (NdT) <<

[29] *Brest Litovsk*, pueblo en la frontera ruso-polaca donde se firmó el tratado de Paz, el 3 de marzo de 1918, entre la Rusia revolucionaria y la Alemania imperialista. Las negociaciones duraron desde el 22 de diciembre de 1917 hasta el 10 de febrero de 1918. Los términos del Tratado eran sumamente desfavorables al gobierno soviético. Trotsky demoró as negociaciones todo lo posible, para desarrollar las posiciones revolucionarias y permitir al proletariado alemán que saliera del clima creado por la guerra. La revolución de noviembre de 1918 en Alemania y su derrota en la Primera Guerra Mundial, le permitieron a la URSS recuperar la mayoría de los territorios. <<

[30] *Revolución Rusa de noviembre*. Hasta la Revolución, el viejo calendario ruso (Juliano) era diferente del usado en Occidente (el calendario Gregoriano). Esto producía una discrepancia de 12 días en el siglo XIX y de 13 días en el siglo XX. El 7 de noviembre es en el calendario occidental la fecha correspondiente al 25 de octubre del calendario ruso en que triunfa la insurrección que se conoce internacionalmente como la Revolución de octubre o el «octubre ruso» <<

[31] *Kühlmann, Richard von* (1873-1948): Plenipotenciario alemán en las negociaciones de paz de Brest-Litovsk junto al general Hoffmann. *Czernin, O. G.* (1872-1932): Nombrado ministro de Negocios Extranjeros por el emperador Carlos VIII, intervino en la gestación del Tratado de Brest-Litovsk, a cuya firma asistió al frente de la delegación austriaca. <<

[32] *Karl Liebknecht* (1871-1919): Diputado socialdemócrata en el Reichstag cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Aunque junto a su partido, votó los empréstitos de guerra el 4 de agosto de 1914, luego repudió esta política. Estuvo encarcelado de 1916 a 1918 por su actividad antibélica. Fundó, junto a Rosa Luxemburgo, la Liga Espartaco. Ambos fueron asesinados por orden del gobierno socialdemócrata, por dirigir la insurrección de enero de 1919. *Friedrich Adler* (1879-1960): Secretario del Partido Socialdemócrata Austríaco desde 1911 hasta 1916, cuando asesinó al premier austríaco y fue a la cárcel. Liberado por la Revolución en 1918, llamó a unificar la Internacional Dos y Media con la Segunda Internacional en 1923, convirtiéndose en su secretario. <<

[33] *Revolución de* 1905: Luego del «Domingo sangriento»; cuando una manifestación pacífica de los obreros de San Petersburgo, es reprimida con centenares de muertos y millares de heridos, el proletariado se revela como una fuerza social fundamental. La agitación económica y, más adelante, la política, van a arrastrar a centenares de miles de obreros a todo tipo de huelgas. Tras los motines del ejército y la marina —entre los que se destaca la célebre odisea del *Potemkin—, la* agitación culmina en el mes de octubre, con una huelga general. El zar publica un Manifiesto que satisface las reivindicaciones políticas esenciales de la burguesía, que pasa inmediatamente a su bando. Los obreros de Moscú luchan solos desde el 7 al 17 de diciembre, pero son fuertemente reprimidos. Sin embargo, la derrota deja profundas enseñanzas. <<

[34] Entre 1906 y 1912 prevaleció en Rusia una situación reaccionaria causada por la derrota de la Revolución de 1905. En 1912 comenzó una oleada huelguística. Sin embargo la Primera Guerra Mundial aún no había comenzado. <<

[35] Los *soviets* surgieron por primera vez en octubre de 1905 en la ciudad de Petersburgo. Su representación se constituía en base a las unidades de producción. Se elegía un delegado cada quinientos obreros, y su mandato era revocable. Puso en práctica la libertad de prensa, organizó patrullas para la protección de los ciudadanos; se apoderó en alguna medida de los correos, telégrafos, ferrocarriles; e intentó establecer de hecho la jornada de ocho horas. Fue la organización más adecuada para la clase obrera en su lucha independiente y mostró su potencialidad como organismo de poder obrero, como base para un nuevo tipo de Estado. <<

[36] Se refiere a la *Revolución de febrero de 1917* (23 al 27 de febrero-8 al 12 de marzo): Derrocó a la autocracia zarista. La oleada huelguística y las manifestaciones de masas comienzan en Petrogrado. El movimiento se extiende por las ciudades. Cae el zar. Se forman los Soviets de diputados obreros, de soldados y de campesinos y asume el gobierno provisional encabezado por los liberales cadetes. <<

[37] *Partido Socialista Revolucionario*, también llamado Eserista, fundado en 1900, llegó a ser la expresión política de todas las corrientes populistas que existían en Rusia y fue el que más influencia tuvo en el campesinado antes de la revolución. <<

[38] *Mencheviques*: fracción del Partido Obrero Socialdemócrata ruso opuesta a los bolcheviques y posteriormente a la Revolución de Octubre. <<

[39] En septiembre de 1915 se reunió en Zimmerwarld, Suiza, una conferencia que tenía el objetivo de reagrupar a las corrientes internacionalistas que había sobrevivido a la catástrofe que provocó en la II Internacional el estallido de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los que participaron eran pacifistas; una minoría constituida por Lenin constituyó la «izquierda de Zimmerwarld». <<

[40] *Chinovnik*: Burócrata. *Pokrovsky, N. N.:* Funcionario en el Gobierno Provisional ruso.

Ministro de asuntos extranjeros, luego vice presidente del Comité Central de las Industrias de Guerra y miembro del directorio del Banco Ruso para el Comercio Exterior. <<

[41] *Terechenko, Mijail* (1888-1959): Cadete, ministro de relaciones exteriores después de la renuncia de Miliukov. <<

[42] *Cadetes*: miembros del Partido Constitucional Demócrata que se formó en vísperas de la revolución de 1905. Compuesto casi exclusivamente de terratenientes liberales e intelectuales burgueses. Su jefe era el profesor *Miliukov* (1859-1943). Abogaban por una monarquía democrática. El primer gobierno provisional después de la caída del zarismo se compuso en su mayoría de cadetes bajo la presidencia del príncipe Lvov, que luego fue sustituido por el de coalición de Kerensky, formado por representantes de los cadetes, de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. <<

[43] *Ofensiva del 1.º de julio: Los* gobiernos aliados utilizaban la presión económica y la política sobre el gobierno provisional de Kerensky, para forzar una ofensiva que debilitase a los ejércitos alemanes en el frente occidental. Ésta fue preparada por el gobierno provisional, acompañada de una campaña «patriótica» contra los bolcheviques y terminaría fracasando y evidenciando el avanzado estado de descomposición del ejército zarista. <<

[44] *Guerra Civil Rusa*: La guerra civil a la que alude Trotsky aún no se había desarrollado. Ésta sucederá posteriormente a la finalización de este libro. Las potencias imperialistas intervinieron en Rusia sosteniendo a la reacción «blanca» de los generales zaristas e incluso directamente, enviando tropas y consejeros militares para derrocar al poder soviético. Durante 1919 se encuentran en Rusia 14 ejércitos imperialistas, además de las tropas zaristas. En algunos momentos, el Poder Soviético se encuentra confinado a los alrededores de Moscú y Petrogrado. El Ejército Rojo, organizado y dirigido por Trotsky, consigue derrotar a los ejércitos imperialistas y zaristas. En 1920, la guerra civil está prácticamente terminada. <<

[45] El *Primer Congreso de los Soviets* fue celebrado en junio de 1917. Fue convocado por el Soviet de Petrogrado. En él, los bolcheviques aún eran minoría. <<

[46] *Tseretelli, Iraklii* (1882-1959): menchevique georgiano. Después de la Revolución de Febrero de 1917 fue uno de los dirigentes de los «defensistas revolucionarios». Ministro de Correos y telégrafos en el Gobierno Provisional. <<

[47] Los *cosacos* eran antiguamente un pueblo de nómadas o seminómadas eslavos de la zona del Dnieper, el Don y el Volga. Pertenecían al ejército zarista por lo que eran eximidos del pago de impuestos. En su mayoría participaban de los pogromos contra los judíos y la represión a los obreros. <<

[48] *Plejanov, Georgii* (1856-1918): Fundador de la primera organización marxista rusa, el grupo Emancipación del Trabajo, en 1883. Después de colaborar con Lenin en el exilio en la redacción de *Iskra*, adhirió al menchevismo, apoyó al gobierno ruso en la Primera Guerra Mundial y fue adversario de la Revolución de Octubre. <<

[49] *Kerensky, Alexander* (1881-1970): Socialista revolucionario ruso. Era primer ministro del Gobierno Provisional cuando éste fue derrocado por los bolcheviques. En 1918 huyó al extranjero, desde donde comenzó una campaña de propaganda antisoviética. <<

[50] *Kornilov, Lavr* (1870-1918): oficial de carrera, fue nombrado Comandante en jefe por Kerensky en julio de 1917. Intentó un golpe contrarrevolucionario para derrocar al propio Kerensky. Huyó luego de su fracaso. Murió en la guerra civil. <<

[51] *Asamblea Constituyente*: Convocada previamente a la toma del poder por los soviets. Fue dilatada por el Gobierno provisional. Finalmente se realizaría en 1918, siendo disuelta por los bolcheviques. <<

[52] *Crisis ministerial por Ucrania del 15/7/17:* Ante el intento del gobierno de Ucrania de separarse de Rusia, el gobierno de Kerensky, envió a los ministros Tseretelli y Terechenko a entablar negociaciones. Las concesiones al gobierno ucraniano impulsaron la renuncia de los ministros del partido KDT (constitucional demócrata). <<

[53] Consejo de ministros (*Rada*) de Ucrania. **<<**

[54] Según la Constitución de los soviets, los obreros y campesinos tienen el derecho de revocar en cualquier momento los poderes que otorgan a sus delegados, sustituyendo a éstos por otros que reflejen mejor sus anhelos. (NdE original) <<

[55] *Acontecimientos del 16 al 18 de julio: Jornadas revolucionarias en las que las clase obrera y las masas populares de Petrogrado se manifestaron contra el gobierno provisional. Según Trotsky, «El semialzamiento de julio, que surge precisamente en la mitad del período comprendido entre la revolución de Febrero y la de Octubre, cierra la primera etapa y viene a ser un ensayo general de la segunda», Historia de la Revolución Rusa,*

Sarpe, Madrid, 1985, pág. 319. Las masas fueron fuertemente reprimidas y se intensificó la persecución a los bolcheviques. <<

[56] *Dan, Fyodor* (1871-1947): líder socialdemócrata, dirigente menchevique del presidium del Soviet de Petrogado en 1917. Fue un adversario de la Revolución de Octubre. *Cheidze, N. S.* (1864-1926): líder de la fracción menchevique de la Duma en 1908; primer presidente del Soviet de Petrogrado en 1917; opositor a la Revolución de Octubre. <<

[57] *Palacio de Táurida*: sede del Comité Central Ejecutivo, organismo directivo de los soviets. <<

[58] *Centurias Negras*: sociedad creada por los reaccionarios rusos, con apoyo del gobierno zarista, inmediatamente después de la revolución de 1905, para reprimir al pueblo. A ella pertenecían la mayor parte de los altos dignatarios, los ministros y el zar mismo. Estaban cuantiosamente subvencionados por el Tesoro público. Sembraban el pánico en la población recurriendo a los *pogroms*, es decir, a las matanzas de judíos, a quienes acusaban de fomentar la revolución. Eran odiadas por todo el pueblo. <<

[59] *Chernov, Víctor* (1876-1952): Uno de los fundadores y dirigentes del Partido Social Revolucionario (SR), fue ministro de agricultura del Gobierno Provisional que siguió a la Revolución de Febrero y estuvo en contra de la Revolución de Octubre. <<

[60] *Zinoviev, Grigori* (1883-1836): bolchevique. Miembro del Comité Central desde 1907. Luego de su emigración desde 1908,había llegado junto a Lenin en marzo de 1917. Fue condenado y fusilado en los Juicios de Moscú. <<

[61] *Kresty* era una prisión para presos políticos en la ciudad de San Petersburgo (luego llamada Petrogrado). Trotsky había estado preso en ella en su juventud y volvió a la misma cuando fue detenido por el gobierno de Kerensky. <<

[62] *Hohenzollern*-. Dinastía que gobernó Alemania desde 1871 hasta la Revolución de Noviembre de 1918, que derrocó a la monarquía y tras de la cual abdicó el Káiser Guillermo. <<

[63] La *Conferencia Nacional de Moscú*, convocada por Kerensky para llamar a la unidad nacional y salvar al gobierno provisional. <<

[64] *Marineros de Kronstadt*: Escuadra perteneciente a la flota del Báltico conocida por su combatividad durante las Revoluciones de Febrero y Octubre. Más tarde, los años de Guerra civil, cambiarán la composición de clase entre los marinos de Kronstadt y estos protagonizarán un levantamiento contra el gobierno bolchevique. <<

[65] Así se llamaba a la principal fuerza de que disponía Kornilov, porque esa división se componía de habitantes de las montañas caucásicas, todos medio salvajes y desconocedores de lo que pasaba en Rusia. (NdE original) <<

[66] *Skobelev, MatveiI.* (1885-1937): socialdemócrata ruso desde 1903, menchevique; social-chovinista durante la Primera Guerra Mundial. En abril de 1917 se convirtió en Ministro de Trabajo del segundo Gobierno provisional. <<

[67] Zemstfvos: organismos de autogobierno provinciales. En la práctica, sus competencias estaban limitadas a los asuntos locales: carreteras, escuelas, sanidad pública, alivio de la hambruna, etc. <<

[68] *Conferencia Democrática* (14-22 de septiembre de 1917): Convocada por el Gobierno provisional con el objeto de apuntalar la decreciente autoridad de la «democracia» para contrapesar a los soviets y dividir a los bolcheviques. <<

[69] *Parlamento Provisional*: Parlamento formado luego de la Conferencia Democrático. Era una ampliación del Consejo Democrático. <<

[70] *Rodzianko, M.* (1859-1924): Líder del Partido Octubrista, partido monárquico de la gran burguesía industrial, comercial y terrateniente. <<

[71] *Comités revolucionarios de campesinos*: organismos conformados por los campesinos pobres para luchar por el reparto de las tierras. <<

[72] *Breshko-Breshkovskaya, Catalina*: Perteneció al antiguo partido terrorista Voluntad del Pueblo. Liberada de la cárcel por la Revolución de Febrero, se opuso fervientemente a la Revolución de Octubre. *Savinkov, Boris* (1879-1925): célebre terrorista. Fue ministro de la Guerra de Kerensky. Se opuso a la Revolución de Octubre. <<

[73] *Martov, Iulius* (1872-1923): Colaborador de Lenin en la dirección de la socialdemocracia rusa hasta 1903, cuando se convirtió en dirigente de los mencheviques. Emigró a Berlín en 1920. Los *mencheviques intemacionalistas* eran un sector minoritario de los mencheviques, opuesto a la capitulación de la socialdemocracia internacional y de la mayoría menchevique en la Primera Guerra Mundial, encabezados por Martov. **<<**

[74] *Organismo militar de los bolcheviques: Organización* del Partido Bolchevique volcada al trabajo en la base del ejército. <<

[75] *Señorita Krzeszinka*: Célebre bailarina, amante del zar Nicolás II. <<

[76] *Guardias Rojos*: Formaciones armadas de autodefensa obrera con base en las fábricas. <<

[77] *Gorki, Máximo* (1874-1934): Conocido escritor ruso de cuentos populares cortos, novelas y dramas, fue hostil a la Revolución de Octubre de 1917, pero luego apoyó al gobierno de Stalin. <<

[78] *Instituto Smolny*: Antiguo colegio aristocrático de señoritas. <<

[79] *Fortaleza de Pedro y Pablo*: Cárcel estatal del zarismo desde 1718. <<

[80] Poema en verso libre de los primeros tiempos de Máximo Gorki. El albatros era un símbolo del amor a la libertad y del heroísmo en la rebeldía. <<

[81] *Pavlovsk*: Pequeña ciudad, a unos treinta kilómetros de Petrogrado. Antigua residencia veraniega de la familia imperial. (NdE original) <<

[82] *Oranienbaum*: Otra residencia veraniega de la familia imperial, cercana a Petrogrado. (NdE original) **<<**

[83] *Antonov Ovseienko, Vladimir A.* (18837-1939): En 1917 dirigió la toma del Palacio de Invierno de San Petersburgo. Fue miembro del comité revolucionario en el Segundo Congreso de los soviets (1917) y formó parte del presidium del nuevo comité. Cónsul general en Barcelona (1936-1938), tuvo una intervención decisiva en la desarticulación del POUM (1937) y en la desaparición de su líder A. Nin. De regreso a la URSS, fue procesado por trotskista y ejecutado. Rehabilitado en 1956. <<

[84] *Decretos sobre la paz y la Tierra*, 26-27 de octubre (8-9 de noviembre) de 1917: El Segundo Congreso de los Soviets dicta los primeros decretos: sobre los derechos del pueblo trabajador; sobre la tierra para los campesinos y sobre la paz. El de la tierra establecía el reparto y confiscación de la tierra que pertenecía a los grandes terratenientes, bajo el mando de los soviets campesinos. De esta manera el bolchevismo, da un gran impulso a las fuerzas revolucionarias en toda la extensión de Rusia, soldando así el destino de la revolución a la alianza con el campesinado. El otro decreto, daba por finalizada la participación de Rusia en la guerra imperialista. <<

[85] *Zarskoie-Selo*, en ruso: la aldea del zar. <<

[86] *Krasnov, P. N.* (1869-1947): General de los cosacos, formó parte de los «blancos» y en la Segunda Guerra Mundial organizó cuerpos de cosacos que pelearon junto con el ejército alemán contra la URSS. <<

[87] *Krasnoie-Selo*: zona cercana a Petrogrado donde se instaló el mando para la defensa de dicha ciudad contra el avance de Krasnov. *Gatchina*: Ciudad a 50 km de Petrogrado, donde se instaló el blanco Krasnov. <<

[88] Luego Muraviev abandonó la causa de los bolcheviques, siendo juzgado por un tribunal revolucionario. <<

[89] *Pulkovo*: Lugar a 30 km. de Petrogrado famoso por su observatorio astronómico. <<

[90] *Dibenko, Pavel E.* (1889-1938): Marinero de Kronstadt, Comisario de la Marina en el gobierno de Lenin. <<

[91] El Comandante en Jefe de las tropas antibolchevistas, general *Dujonin*, fue linchado más tarde por los guardias rojos. (NdE original) <<

[92] *Kautsky, Karl* (1854-1838): Se lo consideró el principal teórico marxista hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la Revolución de Octubre. Reunió los artículos a que alude Trotsky en un folleto (ver cita 13, pág. 10 de este libro). <<

[93] Tras la insurrección de octubre, se realizaron las elecciones a Constituyente. Éstas no reflejaron la relación real fuerzas posteriores a la revolución. La composición de la Asamblea Constituyente fue: 343 s. r. del centro y de la derecha, 185 bolcheviques, 40 s. r. de la izquierda, 25 mencheviques, 24 cadetes, entre otros. A comienzos de 1918 la Asamblea fue disuelta por el gobierno soviético. <<

[94] *Hoffmann, Max* (1869-1927): General que, en compañía del secretario de asuntos exteriores Külhman, encabezó la delegación alemana en las negociaciones de paz que se llevaron a cabo en Brest-Litovsk. Dirigió el Frente del Este de los ejércitos alemanes. <<

[95] Es decir, fomentar la discordia en Rusia, dividiéndola en pequeños estados hostiles entre sí. (NdE original) <<

[96] *Reichstag*: parlamento alemán. <<

[97] *Mirbach, Wilhelm von* (1871-1918): Embajador alemán en Moscú, fue asesinado en 1918 por los socialistas revolucionarios, quienes con ello esperaban desencadenar la guerra entre Alemania y la URSS. <<

[98] *Petrogrado* y *Moscú*: Ambas ciudades fueron la capital del país en distintos momentos de la historia rusa. Petrogrado fue la cuna de la revolución de Octubre. El gobierno revolucionario soviético funcionó en Petrogrado hasta marzo de 1918, cuando se trasladó a Moscú, frente a la posibilidad de un ataque alemán a Petrogrado. <<

[99] En 1918, el Partido Bolchevique cambió su nombre por el de Partido Comunista. El *IV Congreso de los soviets*: Se realizó el 15 de marzo de 1918 y ratificó el tratado de paz de Brest-Litovsk. <<

[100] Publicado en *L’Internationale Communiste* n.º 6, octubre de 1919. <<

[101] *Lloyd George, David* (1863-1945): Liberal, primer ministro de Gran Bretaña desde 1916 hasta 1922.Co-autor del Tratado de Versalles y uno de los organizadores de la intervención militar contra la Rusia soviética. *Clemenceau, George* (1841-1929): Primer Ministro francés a fines de la Primera Guerra Mundial, fue el principal inspirador de la paz de Versalles. Aplastó los motines en el ejército francés e instigó el bloqueo y la intervención contra la Unión Soviética. <<